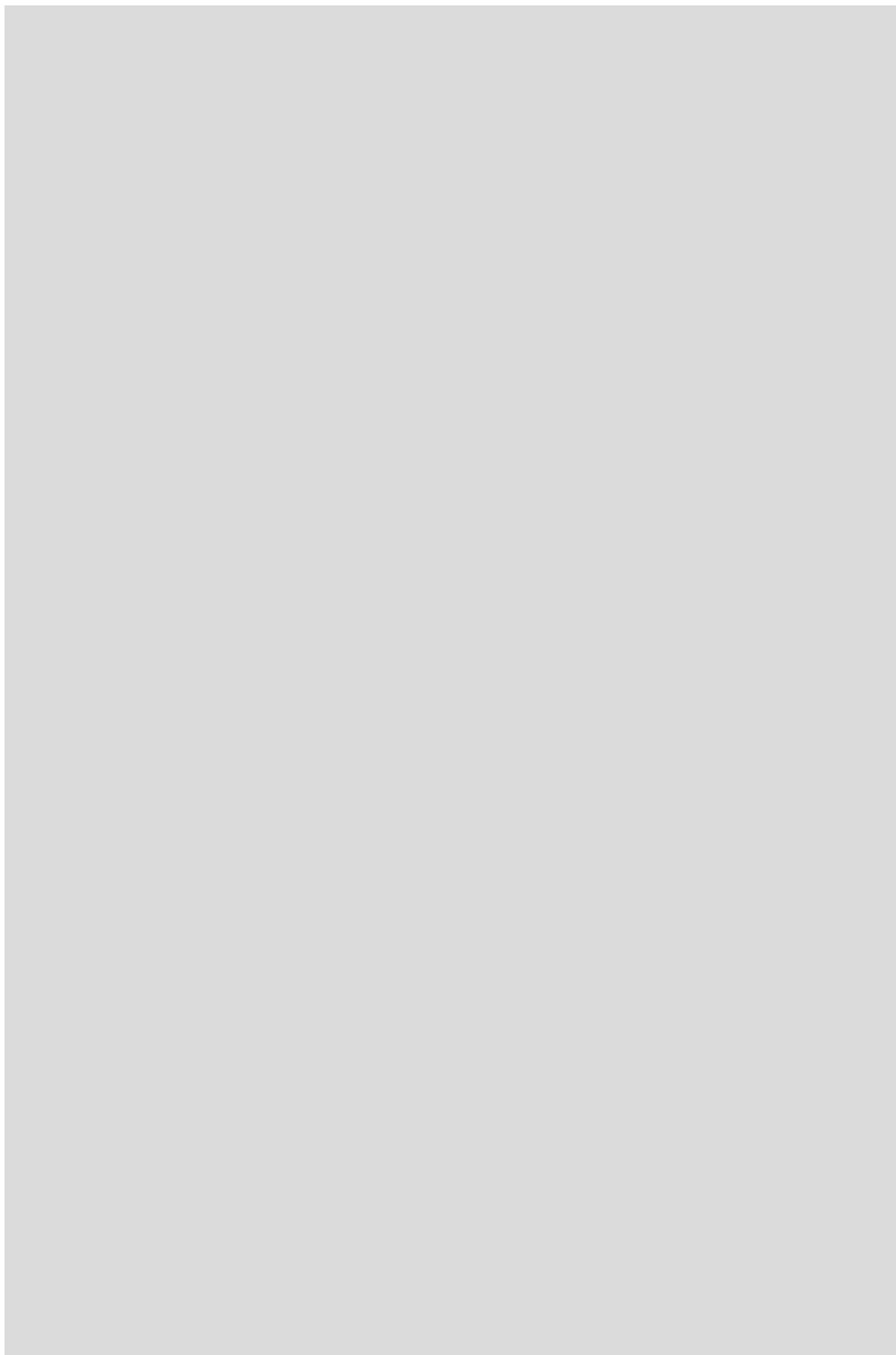


15^J24 x 22^J86 cm (9)

Luis Nelson Rodríguez Custodio



Capítulo 1

El misterio de El Dorado

AVENTURAS EN

PLENA SELVA DEL AMAZONAS

LUIS NELSON RODRÍGUEZ CUSTODIO 1

El veterano antropólogo Jorge Rodríguez se pasó la mano por el corto cabello canoso y enderezó su anguloso y largo cuerpo, quedando apoyado sobre el respaldo de la silla en que se encontraba sentado.

Ambos ojos se le habían agrandado por el asombro.

No podía creer lo que había leído en los antiguos papeles que tenía sobre la improvisada mesa de trabajo. Repasó lo que ya había visto, pensando que había interpretado mal. En sus casi treinta y cinco años de investigaciones (ya tenía cincuenta y siete) nunca se había topado con algo tan trascendente.

Llamó a gritos a su hija que se presentó de inmediato, algo asustada, acomodándose el pelo moreno que le llegaba hasta los hombros. Puso las blancas manos sobre el escritorio e inclinando su delgada y larga figura (en eso salía a su padre) preguntó:

–¿Qué es lo que pasa para hacer tanto alboroto?

–Alejandra, hice un descubrimiento que me parece muy importante. Pero tú como médica no vas a darle la suficiente importancia. Mejor llama a tu marido, que él al ser arqueólogo, va a saber valorar lo que cayó en mis manos.

La muchacha fue hasta el cuarto y regresó con un hombre cinco centímetros más bajo que ella y de prominente barriga, que con sus casi cincuenta años desentonaba con los veintiséis de su esposa.

–Marcelo, quiero que veas esto –dijo el veterano, señalando los papeles que se encontraban extendidos sobre el escritorio–, y me des tu opinión de experto.

–Por lo que veo están en portugués –dijo innecesariamente el aludido tras una rápida mirada. Los estudió sin levantarlos de la mesa, apoyando sus dos manos en ésta, debido a la fragilidad de los amarillentos documentos. luciendo en el rostro el mismo asombro que su suegro.

–¿De dónde salió esto?

–Lo encontramos dentro de un cilindro de metal liviano pero resistente, tapado con una resina muy sólida, en las húmedas arenas que quedaron al descubierto tras una bajante del río Tocantis.

Fue mientras ustedes descansaban de la otra expedición.

El que esté en portugués no tiene que asombrarnos porque te recuerdo que estamos en Brasil.

–Por lo que veo esto viene arrastrado por la corriente desde muchos kilómetros más arriba-acotó Marcelo–. Me atrevo a suponer que desde el río Araguara, que desemboca en éste.

–Coincido contigo en parte, pero creo que viene de más lejos. Yo diría que desde el Amazonas. El texto es bastante claro y creo que digno de

confianza, ya que lo firma Joao Da Silva Guimaraes con fecha de 1770. Fue un personaje muy curioso y con una larga historia, pero no tenemos por qué desconfiar de él. Sacrificó todo por su causa.

–Solo que se hubiera vuelto loco o delirara por alguna fiebre –dudó Marcelo–. El texto es bastante increíble.

–Pero muy coherente para alguien enajenado –opinó Jorge–. He visto textos de alguien perturbado y resultan más incoherentes.

–¿Tú qué opinas hija? Al fin y al cabo eres médica.

–El texto está en portugués, el cual no domino mucho. Además no tengo ni idea de lo qué están hablando. Yo no soy antropóloga ni arqueóloga, y no conozco sobre las personas que están mencionando, y mucho menos su historia. Por lo tanto no puedo formarme una opinión valedera. –Te voy a tratar de hacer un resumen lo más corto posible para no aburrirte –dijo su padre–.

Goao Da Silva Guimaraes, más conocido por su apodo de Francisco Raposo, buscó con sus hombres por más de diez años entre ciénagas, bosques y montañas.

Se toparon en el medio de la selva con una ciudad en ruinas habitada solo por murciélagos. Atravesaron una cascada bajo la cual se ensanchaba un río y comenzaron a aparecer ante sus ojos unas increíbles cuevas excavadas a mano en las rocas, algunas selladas con grandes losas de piedra y con inscripciones grabadas.

Supusieron que probablemente eran tumbas de grandes monarcas y sacerdotes.

Unos ochenta kilómetros más adelante se encontraron con una enorme ciudad de arquitectura monumental con templos inmensos, una gran plaza, obeliscos monolíticos y una tremenda figura de piedra negra que señalaba hacia el Norte, con misteriosas inscripciones en idioma desconocido.

Todo esto tapado por grandes árboles de unos cincuenta metros que apenas dejaban pasar la luz.

Un poco más adelante se toparon con unos indios muy pacíficos, y hablando en un portugués extremadamente tosco estos les explicaron que hacia el norte vivían unos seres extraños que tenían una gran ciudad escondida, y que a pesar de los árboles que cubrían todo, ellos podían capturar la luz del sol en algo duro y amarillo, muy brillante, que los indígenas calificaban de magia, por lo que sintiendo gran temor no se acercaban al lugar.

–¿Espejos para tener más luz? –conjeturó Alejandra.

–Sí –confirmó Jorge–. Pero por el reflejo que comentaban parecería que se trataba de un espejo de oro o por lo menos dorado.

Los tres se quedaron en silencio por unos instantes hasta que Alejandra rompió el mismo preguntando:

–¿Y qué fue de ellos? ¿Encontraron lo que buscaban? De repente era pintura dorada.

–Por desgracia no siguieron –dijo su padre–. Algunos de los integrantes de la expedición se encontraban enfermos y decidieron volver a la civilización para no arriesgar sus vidas.

Pero por supuesto Goao Da Silva, como jefe de la expedición, fue de inmediato a solicitar ayuda económica y logística al virrey Luis Peregrino, quien, siguiendo sumisamente las órdenes de la Iglesia, hizo caso omiso a la narración y se negó a otorgarle ayuda.

Hasta ahí la versión oficial, ya que nunca más se supo de él o su gente. O fueron asesinados por orden del clero para evitar que se difundiera la noticia, o patrocinados por el virrey para poder sacar beneficios personales. Nunca se supo, por lo menos hasta que apareció este documento que muestra datos precisos de su recorrido, asegurando que al fin habían tenido resultados positivos. Y por lo que veo no tiene nada que ver con los lugares que se manejaron antes. Supongo que quisieron guardar el secreto de su descubrimiento de manos inescrupulosas y nunca revelaron su destino.

–Que naturalmente vamos a recorrer –torció el gesto la muchacha–. Lo que no me queda claro es por qué motivo se decidieron a revelar el lugar.

–Supongo que correrían peligro sus vidas y no quisieron que se perdieran para siempre esos descubrimientos –meditó su padre–.

Para nosotros es una tentación demasiado grande, a pesar de los peligros. Tenemos que internarnos en lo profundo del Amazonas. Pero tú quedas al margen. ¡Es demasiado peligroso!

–Y demasiado emocionante para perderselo. ¡Yo quiero ir, pase lo que pase! Además una doctora es imprescindible en esos lugares.

–No te lo recomiendo... Pero pensándolo bien creo que es hora de que sigas mis pasos y sufras un poco. Después de todo has estado muchos años entre algodones.

–(Más bien entre alambre de púas) –pensó Alejandra–. Pero no me vendría mal tomarme unas vacaciones para romper la rutina.

.....

2

Después de esto su esposo y su padre se ausentaron por dos días para conseguir recursos económicos. A pesar de que estaba acostumbrada a sus ausencias imprevistas se encontraba sola y preocupada en su consultorio privado, sumida en muchas dudas y miedos. ¿El internarse en plena selva no era muy peligroso e incómodo? ¿Y por qué su marido, tan apático siempre, demostraba tanto interés en esa empresa en particular? Claro que estaba consciente de que él era arqueólogo, pero nunca lo había visto tan interesado en un proyecto. Tenía conciencia de que era una aventura no solo costosa sino de mucho riesgo. Y su esposo no se destacaba precisamente por asumir riesgos físicos ni monetarios. Más bien le gustaba el trabajo de oficina y clasificación.

Arrugó la nariz al recordar a su cónyuge. Estaba por cumplir cincuenta, iveinticuatro años más que ella!

Se casó con él sin estar enamorada, ni siquiera le atraía su aspecto y personalidad egoísta. Pero su progenitor, al que sí extrañaba en aquel momento, había insistido tercamente en su casamiento. Marcelo, su reciente marido, era un estudioso como su padre, y esto había inclinado la balanza a su favor. Para mejor se mostraba interesado en los proyectos

de su futuro suegro (falsamente y para conseguir sus fines), según pensaba Alejandra.

Tanto insistió su padre, tanto martilleó sobre el asunto, que al final terminó convenciéndola. Desde que nació estaba acostumbrada a seguir sus consejos ya que su madre había muerto cuando ella tenía cinco años de una dolorosa y grave enfermedad. Ahí nació su vocación de médica, y ahora cerca de los treinta y ya profesional, todavía él tenía influencia sobre ella.

Ahora el socio pasó a ser su yerno, y ella, luego de conocer a su flamante esposo un poco mejor, se había arrepentido largamente de su decisión. Cuando su padre estaba cerca Marcelo la trataba bastante bien, pero a solas la maltrataba de palabra. Eso sí, nunca llegó a pegarle, pero sentía claramente que no la quería.

–¡Ojalá lo coma un león!–deseó en voz alta–. Luego sonrió, recordando que en el Amazonas no había leones–. Mejor me conformo con una víbora o un escorpión –dijo medio en broma, medio en serio–.

Golpearon discretamente la puerta de su consultorio y entró la secretaria con una bandeja portando un humeante té, que depositó en el escritorio.

–Señora son las nueve. En media hora comienzan a llegar los pacientes.

–Gracias Ana. No me había olvidado, pero igual, gracias.

Después que su secretaria se retiró siguió con sus meditaciones, mientras probaba con precaución el té caliente.

(Si me divorcio le causaría una gran angustia a mi padre...En fin, no gano mucho con seguirme amargando. No me sirve de nada quejarme. Mejor que ponga mi mente en otra cosa.

Me doy cuenta, conociéndolos a los dos, de que en este asunto hay algo más de lo que me dijeron. ¿Pero qué?)

.....

3

Los dos hombres regresaron a los tres días. A pesar de estar cansados demostraban gran entusiasmo.

No pensaba que iba a ser tan fácil –opinó Marcelo, limitándose en darle un frío beso en la mejilla a su mujer. En cambio su padre le dio un fuerte abrazo, como si hiciera meses que no la veía.

Este último dijo una frase que intrigó aún más a la muchacha:

–Por interés baila el mono. Si fuera solamente una expedición rutinaria nos hubiera costado mucho más. Pero no te olvides de lo que hay en juego.

–Puede estar seguro de que no me olvidé en ningún momento –aseguró Marcelo–. Es demasiado importante.

–¿Se puede saber de qué están hablando? –dijo la muchacha–. Por lo visto solo me enteré de parte de la historia.

Su progenitor se acomodó en una cómoda butaca y comenzó el relato:

–Creo que mereces saber la historia completa...o casi, ya que es muy larga.

La leyenda se origina en el siglo XVI en Quito (Ecuador). Los españoles tenían noticias de una ceremonia realizada más al Norte (Altiplano Cundiboyacence) donde el rito de coronación del Cacique consistía en que

éste se dirigía al medio del río acompañado por cuatro indígenas y se tiraba al agua.

Luego emergía pálido por el ayuno ritual y ya en tierra embadurnaba su cuerpo con una sustancia pegajosa y después lo cubría con polvo de oro. A continuación los súbditos le ofrendaban metales preciosos y esmeraldas. Pero, conocida la leyenda por los europeos, ésta se comenzó a desvirtuar y se empezó a hablar de ciudades cubiertas de oro. Allí nació la leyenda Del Dorado.

Por muchos años la buscaron desesperadamente y sin resultados. Recorrieron la sabana de Bogotá, Quito (Ecuador), Santa Marta (Colombia) y Coro (Venezuela).

En 1538 coincidieron tres expediciones diferentes. Nunca se encontró más que un poco de oro.

Pasaron los años y la leyenda se comenzó a considerar eso, pura leyenda. Hasta que nos topamos con este documento asegurando que se había estado buscando en un lugar equivocado.

También se habla en otros documentos de grandes ciudades construidas por hombres blancos en medio de la selva amazónica brasileña. –Me voy dando cuenta cómo consiguieron fondos fácilmente –dijo Alejandra, algo irónica.

–La promesa de oro y fortuna abre muchas puertas –recordó Marcelo.

–Por lo que dicen el apoyo es más otorgado por intereses monetarios que científicos –reprochó la doctora–. Más que la historia el incentivo es el oro.

–No todos –le informó su padre–. Hay un grupo de National Geographic que nos va a acompañar con un equipo. Y ellos son imprescindibles para certificar el descubrimiento.

Además de un fotógrafo y un periodista aportan una arqueóloga, así que para tu suerte vas a tener compañía femenina.

A eso súmale un historiador y el secretario de un financista que va a aportar mucho efectivo.

–¿Este último con el fin de aumentar su fortuna? –ironizó la muchacha.

–Porque tenga capital no quiere decir que carezca de valores. Así que te voy a pedir que no generalices. Él también está interesado en la historia.

–Eso lo veremos –desconfió Alejandra–. Andando se conoce el burro.

¿Vamos a hacer todo el viaje en barco?

–Por desgracia eso es imposible –desestimó su padre–. Hay muchos rápidos y grandes cataratas. Ya después del bananal es imposible. Aunque después de la construcción de una presa quedó navegable por ciento setenta kilómetros pienso que lo más práctico es ir en una avioneta hasta Manaos que es la principal ciudad que está localizada al norte y en medio de la selva tropical, que por cierto es la más grande del mundo.

En ese lugar contrataremos porteadores para que nos muestren la ruta y lleven nuestro equipaje.

–¿Todavía existen los nativos esclavos? –dijo la doctora, con una mueca de desagrado.

–No son esclavos ni sirvientes –aclaró su padre–. Sólo son trabajadores que están todo el año esperando turistas para hacer un dinero extra.

Además no te imagino cargando por entre la selva una carpa de treinta kilos.

El sentido común le hizo reconocer que su progenitor tenía razón. Sin embargo empezó a dudar prematuramente. Presentía en lo que se metía.

4

Al otro día y luego de un corto viaje a pie encontraron un pequeño hidroavión esperándolos en la rivera del río.

–Por suerte el financista cumplió lo que prometió. No es una enormidad pero sirve perfectamente –se alegró Jorge.

–¿Lo rescataron de la Segunda Guerra Mundial?–protestó Marcelo.

–¿Esperabas un caza bombardero ultrasónico? –sonrió Jorge–. Tampoco podemos derrochar tanto.

–Yo me conformo con que se mantenga en el aire –comentó Alejandra. El piloto, llamado Fernandiño, según dijo al presentarse, apenas los saludó sin molestarse en dibujar una sonrisa.

Levantaron vuelo normalmente, pero al poco tiempo Alejandra comenzó a sentirse mareada.

Se llevó la mano a la boca y cerró los ojos.

–¿Qué te pasa? –preguntó con algo de brusquedad su marido, que también estaba algo pálido.

–No estoy acostumbrada a los aviones chicos. Me siento un poco descompuesta.

Sin embargo el viaje siguió con normalidad, hasta que comenzaron a divisar la ciudad de Manaos.

–¡No me imaginaba esta tremenda ciudad! –se asombró Alejandra mientras miraba por la ventanilla. Sus ojos trataban de abarcar todo el panorama–. ¡Cuánta gente y autos! Pensaba encontrar unos ranchitos de pescadores.

–A pesar de lo próximo a la selva que se encuentra es una ciudad completa –aclaró su padre–. Su nombre proviene de la tribu indígena de los manaós que habitaba la región antes de la llegada de los portugueses. Significa “Madre de los dioses” Comenzó siendo un pequeño fuerte hecho en piedra y barro, y cuatro cañones para proteger la parte Norte de la colonia del Brasil a favor de los portugueses, desempeñando esta función durante ciento catorce años

En las cercanías del fuerte había varias tribus indígenas que...

–Alcanza con tus lecciones de historia –frenó su hija–. No te pongas pesado.

¿Cuánta gente vive aquí?

–Es la ciudad más poblada del Amazonia, con dos millones y pico de habitantes y muchísimos turistas, según leí en un folleto.

Pero no te olvides de que desde aquí partimos a zonas salvajes. El resto del camino no va a ser tan fácil, sobre todo cuando entremos en la selva profunda. Después de aterrizar vamos a buscar hotel.

Amarizaron con algo menos de brusquedad de lo que esperaban. Salieron del puerto fluvial y un empleado los acompañó cargando el voluminoso equipaje en un carrito facilitado por los empleados del lugar.

–¿A dónde vamos? –preguntó Alejandra–.

–A un hotel específico. Tenemos cuarenta y dos y quiero ubicar el Novotel Millennium, que es donde se encuentran los funcionarios de la National Geographic y los demás. Vamos a la oficina de turismo. Allí hay un cartel que indica la dirección con una flecha y escrito en varios idiomas.

Se nota que es una ciudad acostumbrada a los turistas.

–Espero que no sea muy lejos –se quejó Marcelo, secándose la frente con un pañuelo.

–Si te quejas en la ciudad no se qué actitud vas a tomar en la selva –dijo su esposa mirándolo de reojo.

Caminaron cuatro cuadras y dieron con el lugar, que se encontraba en un lugar bien visible de la calle principal.

El empleado del puerto que los acompañó bajó las valijas y bultos del carrito y quedó esperando la propina.

Jorge metió la mano al bolsillo y le dio algún cambio que tenía guardado exclusivamente para esos fines. El funcionario, sin decir palabra, se retiró con el carro vacío dejando el equipaje en el suelo.

–Quédate a cuidar las cosas –le pidió el suegro a su yerno–. Nosotros averiguamos y salimos lo más pronto que podamos.

Cuando entraron vieron un funcionario de cutis muy negro sentado tras un escritorio con un ventilador de techo prendido al máximo.

Los numerosos folletos que estaban encima de la mesa se encontraban sujetos por unos resortes que impedían que volaran.

Al verlos entrar el hombre preguntó sin pararse:

–Que desejam?

–Fala espanhol? –preguntó Jorge, que entendía algo de portugués.

–Um pouco.

–Queremos saber dónde está el hotel Novotel Millennium.

–Dos quadras, direito.

–Entiendo, muy amable. Buenas tardes.

–Muito obrigado.

Salieron de allí y caminaron en la dirección indicada cargando trabajosamente el montón de bultos.

Pasando las dos cuadras, en una esquina, se encontraron con un moderno edificio de cuatro pisos. Un gran cartel les anunciaba que ese era el lugar.

Entraron a un lujoso recibidor con tres mullidos sillones y una mesita ratona con folletos del hotel y planos de la ciudad desparramados sin ningún orden.

Dentro se notaba el aire acondicionado que aportaba un agradable frescor al ambiente.

Más al fondo ocupaba toda la pared un artístico mostrador de madera y detrás de este una atractiva muchacha morocha y muy joven que cuando se arrimaron dijo:

–Bom dia. Que falam?

–Buenos días. Hablamos español. ¿Comprende?

–¡Por supuesto! Hablo cuatro idiomas. Aquí recibimos muchos turistas – aclaró con un cantito muy brasileño aunque con perfecta vocalización.

¿Desean alojamiento?

–Eso y también información –dijo Jorge, con una amplia sonrisa–.

Quedamos de encontrarnos en este hotel con unos conocidos.

–Si me da sus nombres me fijo en el registro.

–Por supuesto. (Sacó una lista y leyó): Claudia portillo, Camilo Sinfuentes, Fermín Castro, Máximo Pereira y Leonardo Ferrán.

–Creo que los recuerdo –dijo abriendo un gran cuaderno que tenía en el escritorio. Pasó un par de hojas y recorrió los renglones con el dedo. Al final lanzó una exclamación:- ¡Aquí están! Llegaron ayer y se alojaron todos en el primer piso. Pero en este momento están reunidos en el comedor. Ahora me doy cuenta. Son los cinco que bajaron hace un rato.

–Muchas gracias. ¿Dónde queda...?

–Al fondo, a la derecha –señaló con un dedo de la mano izquierda. No se preocupen por el equipaje, tenemos personal para eso. ¿Cuántas habitaciones desea?

–Dos –dijo Alejandra–. Una de matrimonio y otra individual.

La muchacha se fijó de nuevo en el cuaderno y luego se dio vuelta y tomó dos llaves de un tablero, entregándoselas a la doctora.

–La 201 es la de matrimonio y la 202 la individual. Por supuesto es en el segundo piso.

–Muito obrigado –dijo Jorge, en tono de broma y arrancando una sonrisa a la recepcionista. –Muito obrigado senhor.

Cumplidos los trámites de rigor los tres se dirigieron a donde les habían indicado y se encontraron con un acogedor recinto con varias mesas redondas distribuidas en torno a otra más grande de forma rectangular y donde descansaban multitud de bandejas, platos, cubiertos, jarras y vasos.

No les costó mucho identificar a los comensales que buscaban. Era la única mesa con cinco personas y todas de mediana edad.

Se arrimaron y el primero que habló fue Jorge:

–Buen provecho. Soy Jorge Rodríguez. Supongo que ustedes son los que nos van a acompañar a la expedición.

Se levantó de su asiento una muchacha de unos treinta años, de pelo rubio largo, algo baja y delgada, pero con unos ojos azules que miraban profundamente.

–Soy Claudia Portillo, la antropóloga del grupo. Trabajamos para “National Geographic”. Mis compañeros son el fotógrafo Camilo Sinfuentes

–señaló a un muchacho de poblada barba que se levantó apenas de la silla al sentirse nombrado–. Y también el periodista Máximo Pereira –el hombre de pelo muy corto y unos cuarenta años hizo una leve inclinación de cabeza–. Se va a encargar de documentar con la colaboración del fotógrafo todo lo que descubramos.

Además conocimos en este mismo hotel a los otros dos integrantes, pero estos van por cuenta de un financista que se hace cargo de parte de los gastos y quiere conservar el anonimato.

Se trata del historiador Leonardo Ferrán. Es el hombre de lentes que está sentado a mi izquierda. También mandó a uno de sus empleados el señor Fermín Castro. (Este último vestido de traje y corbata, ropa

completamente fuera de lugar para una expedición a la selva) Además con su baja contextura física y su aspecto de ejecutivo daba la impresión que no era el hombre indicado para una misión de esa envergadura.

Después tenemos contratado al cocinero Amancio Cortés. Es el que nos va a mantener gordos en la travesía. En este momento se encuentra en el barco.

A los porteadores los vamos a contratar en el puerto.

–Ahora es su turno –dijo la muchacha–. No nos presentó a sus compañeros.

–Son mi hija, Alejandra Rodríguez, doctora en medicina; y mi yerno, Marcelo Altamira, arqueólogo y colaborador mío.

–Por lo que veo la cosa viene en familia –comentó Claudia–. Pero llevar una doctora va a ser muy útil.

–Espero que no sean necesarios sus servicios –dijo Jorge.

–Lo dudo mucho –la antropóloga sacudió la cabeza en un claro gesto de pesimismo.

5

–Arrimen unos asientos –dijo Claudia–. Tenemos que organizarnos.

Tomaron unas sillas de la mesa vacía que se encontraba a su lado, y luego de que los otros les hicieran lugar se sentaron, pero no sin antes servirse algunas cosas de la mesa grande.

–Ahora que estamos todos juntos y cómodos vamos a planificar habló el financista mientras untaba un pequeño pan con manteca–. Mi jefe ya se ocupó de poner un barco a disposición con su tripulación, que se encuentra anclada en el Amazonas, muy cerca de aquí.

–Entonces ya tenemos solucionado parte del viaje –dijo Jorge, recorriendo la vista para mirar a todos–. Pero no se olviden de que no es un crucero de placer. Después de unos días tendremos que abandonar la nave y adentrarnos en la selva, y ahí sí se va a poner mucho más complicado. ¿Están equipados práctica y psicológicamente para eso? –Nuestro equipo de “National Geographic” ya tiene larga experiencia –dijo la antropóloga–. Pero no tengo idea de las condiciones de nuestros otros dos acompañantes (miró al historiador momentáneamente y dejó la vista fija en el financista de impecable traje)

–Yo nunca estuve en la selva profunda –aclaró Fermín mientras se acomodaba la corbata y tragaba saliva–. Pero por precaución hice traer varias armas en el barco. Tenemos toda una artillería como para matar elefantes.

–Si logra encontrar un elefante libre en el Amazonas le van a dar un gran premio –bromeó Leonardo, el historiador–. Según se descubrió recientemente hace 45 000 mil años que se extinguieron en esta zona. Además si lo ataca una araña o una víbora no lo veo haciendo puntería para pegarle.

–Pero sí a un jaguar o a un puma –cuestionó Fermín–. Nunca me gustó que me mandaran a la guerra con un tenedor.

–Vamos a la parte más práctica –urgió Jorge–. Nosotros también trajimos

lo que pudimos cargar. ¿Pero se acordaron de traer en el barco algo más que armas? ¿Tiendas de campaña, luces y comida?

–Más que eso –dijo el ejecutivo–. Tenemos abundantes provisiones enlatadas, sal, aceite y agua envasada. Repelente, faroles y linternas. Y, por las dudas, un moderno equipo de comunicación en el barco que se va a quedar esperando nuestro regreso.

–¿Con qué tripulación contamos? –preguntó Jorge–. ¿Tienen experiencia en el Nilo?

–Son locales –informó Máximo, el periodista–. Acordamos con Fermín, que como yo ya había cubierto una nota por estos lugares tenía algunos contactos. Se trata de cuatro brasileños con mucha experiencia en el río y que hablan más o menos nuestro idioma, y un hijo de uruguayos, que nos va servir de intérprete; además Adriano Andrade, el Capitán, y su ayudante y marinero Joao Baptista. Y también contratamos un cocinero, Amancio Cortés, que nos va a acompañar en la expedición.

–Yo traje mi maletín médico y me actualicé sobre varias enfermedades tropicales –dijo Alejandra, mientras miraba con desagrado como su marido tenía la vista fija desde hacía rato en Claudia, sin ningún disimulo. Eso más que preocuparla, la enojó, pero se sobrepuso y continuó como si nada hubiera pasado –. Espero que todos estén vacunados. En la selva pululan muchos males. Sobre todo para quienes no estén acostumbrados a los climas extremos.

–En nuestra organización estamos siempre preparados –dijo orgullosamente Claudia–. Vivimos permanentemente en la aventura.

–Desde la cima de las montañas hasta los desiertos –habló por primera vez Camilo, el fotógrafo, que se había quedado callado hasta el momento.

–Pero vamos a entrar a la selva, que representa la muerte en cada centímetro –dijo Marcelo en un arranque de pesimismo.

6

Al llegar al puerto se encontraron con una embarcación de dos pisos, de veinte metros de eslora (longitud) y de cinco metros de manga (ancho). Resultó mucho más grande de lo que imaginaban. Y además tenía tres botes tapados con lonas en sus costados.

Allí, en el mismo puerto contrataron a los cuatro fornidos porteadores. Se presentaron como Thiago (el líder del grupo) que al hablar perfectamente español por ser hijo de padres uruguayos era el intérprete de los demás. Los otros eran Marquiño, Fabio y Cristiano. Todos ellos provenientes de pequeñas ciudades de Brasil, pero con experiencia en la selva por haber acompañado numerosas expediciones.

En la cubierta se encontraba un hombre barbudo, con gorra de visera que los saludó con una sonrisa.

–Bom dia. Eu sou o capitán do navío –dijo en un portugués mezclado con español–. Me llamo Adriano Andrade. Ustedes som meus passageiros?

Jorge hizo las presentaciones de rigor y el Capitán asintió vigorosamente señalando al hombre robusto y bronceado que estaba a su izquierda:

–Meu marinheiro. –Luego apuntó con un dedo de la mano derecha a un gordo que se encontraba un poco más atrás–. El cozinheiro –dijo en una mezcla de idiomas.

Tenha uma boa viagem. Dou as boas-vindas a todos os hóspedes.

–Nos da la bienvenida a todos –aclaró el veterano arqueólogo. –Más o menos entendí –observó Marcelo–. Si esta mole se hunde o encalla tenemos en que salvarnos.

–Los botes salvavidas son una obligación impuesta por el gobierno –recordó Jorge–. Pero la finalidad más práctica en estos lugares es usarlos para navegar en canales de agua que a veces están ocultos por la vegetación y llenos de raíces.

El marido de Alejandra quedó en cubierta donde se encontró con la empleada de "National Geographic"

–¿Cuántos días vamos a estar en este barco? –preguntó Marcelo para entablar conversación.

–Unos seis días que te van a parecer el paraíso comparado con lo que nos espera –dijo Claudia–, ya acostumbrada a las inclemencias de ese "mundo" salvaje.

–Un paraíso con ángeles y todo –Marcelo miró a la antropóloga con clara intención de coqueteo.

–Quiero suponer que te refieres a tu mujer –dijo Claudia, mirándolo a los ojos.

–En realidad me gustan las experiencias nuevas –contraatacó él.

–Por lo que parece los tiburones y pirañas están sobre cubierta.

Cualquier espécimen te quiere comer.

–Eso no se parece ni a un sí ni a un no.

–No tengo ninguna intención de tirarme a tus brazos –aclaró ella con una mirada de furia. Los "picaflores" son bonitos tan solo en los árboles.

–Tampoco me veas como a un enemigo. Simplemente tu hermosura me prendó.

–Mi instinto de mujer me dice que sueles enamorarte muy seguido de hembras ajenas.

–Me estás catalogando erróneamente. Es que tu belleza me supera.

¿Eres casada o algo parecido?

–Libre como el viento. Pero para los casados soy un tornado. Y no creo que tu mujer esté de acuerdo con tus pensamientos. Supongo que la pobre se casó pensando que estaban enamorados.

–En un tiempo hubo algo. Pero todo se enfrió muy rápido y ahora no hay nada.

–¿Por qué todos los casados en plan de conquista dicen lo mismo? Parece que no tuvieran...

–¿De qué hablan? –preguntó Alejandra abriendo la puerta de la cabina y acercándose a ellos en forma repentina. Conocía a su marido y presintió algo raro.

–Le comentaba a Claudia lo grande que parece este río –se apresuró a hablar Marcelo, con un leve tartamudeo.

–Y yo le decía que cuanto más se avanza río abajo –dijo Claudia, con un mínimo amago de sonrisa–, el Amazonas va aumentando el caudal, profundizándose y ensanchándose tanto que te da la impresión de viajar por el mar. Hay tramos con una anchura superior a cinco kilómetros. –A mi marido siempre le gustó la naturaleza –habló Alejandra, muy bajo–.

Sobre todo si es bella –agregó con toda intención mirando a los ojos de su esposo.

Este bajó la vista pensando en cómo salir bien librado, cuando de repente el barco comenzó a detenerse.

Eso le dio oportunidad para cambiar de tema y preguntó:

–¿Qué pasó? Estamos parando. Y solo llevamos un rato navegando.

Salió el capitán a cubierta y explicó en un aceptable español:

–Paramos um pouco pra estudar melhor la rota ya que con las recientes sequías bajó el nivel de las aguas y no queremos encalhar o emaranhar la hélice en alguna raíz.

–Entiendo –Dijo Alejandra. Y me alegro de que sean prudentes...

–¿Por qué los que sepan nadar no aproveitar-se a banhar-se en las aguas del río?

–¿Está loco? –se escandalizó Marcelo–. ¡Estamos en medio del río Amazonas! Todo el mundo sabe que esto está infestado de pirañas y yacarés.

–Hay un pequeno secreto que los turistas no conhecem. Com los motores en marcha esos bichos no se acercan, y menos estando longe de la orilla.

Eso sim, si los apagamos se los comen. Pero no se preocupen.

No pensamos apagarlos. Y tienen que nadar cerca do barco, claro, sem se aproximar hélice. Mientras decía estas últimas palabras aparecieron en cubierta los cuatro porteadores que sacándose la camisa se tiraron al agua sin más trámite.

Momentos después Leonardo, el historiador se sacó los lentes, una liviana remera de manga corta y sus zapatos, y observado atentamente por Alejandra, se unió a los porteadores.

–¿No los vas a acompañar? –preguntó la muchacha, con un poco de maldad, a su marido–. Hace mucho calor.

–Mi intención es no morir joven –dijo éste, dando media vuelta y dirigiéndose al interior de la nave.

7

Jorge Rodríguez se encontraba acostado en la cucheta del interior de su camarote.

Luego de golpear a la puerta y recibir el permiso correspondiente, entró su hija.

–¿Cómo estás papá? –indagó ésta algo preocupada–. ¿Te sientes mareado?

–Solo estoy descansando. Ya no tengo veinte años, y nos esperan jornadas bastante agotadoras.

–Me alegro por ti. En cambio yo me encuentro algo mareada.

–¿En un río? No quisiera verte en el mar y en medio de una tormenta. ¿Y tu marido?

–Debe estar en nuestro camarote. Aunque en realidad no sé. Los porteadores se tiraron al agua junto con el historiador luego que el capitán les dijo que no había peligro. Pero él se negó.

–La prudencia no es cobardía –advirtió su padre–. Te lo digo porque siento un cierto tono de reproche en tus palabras

–Es que sabe nadar perfectamente, y hace mucho calor. Por eso no sé qué pensar de esa negativa. Yo no me tiré porque quedaba mal integrarme a un grupo de hombres medio desnudos.

–Me siento algo culpable por haberte incitado a casarte con él –se lamentó su padre–. Realmente creí que serías feliz, pero es obvio que no se llevan bien.

En realidad no me obligaste. Solo me convenciste y cualquiera se equivoca.

Eso no hace que me sienta menos culpable.

–Existe el divorcio –dijo ella–. Y es una posibilidad que estoy evaluando hace tiempo.

–No pienses más en eso. ¿Sabías qué la población que visitamos anteriormente, Manaos, tiene 346 años de existencia y está a unos 3490 kilómetros de Brasilia?

–¿Y eso qué tiene que ver con lo que estamos hablando? Me lo dices solo para cambiar de tema.

–Es que a veces me olvido que no eres antropóloga y no compartes mis pasiones.

–En realidad hay momentos que me intereso por algunos datos curiosos. Pero la geografía no es mi fuerte. Pensé que... –¡Vengan a popa! –gritó el Capitán.

Jorge y Alejandra corrieron alarmados hacia el lugar que les indicaba el patrón del barco.

Al principio al ver la espuma en el agua y unos grandes peces, se asustaron pensando que los tiburones estaban atacando a los bañistas. Pero en seguida se dieron cuenta que no era ni remotamente lo que pensaban.

–¡Son delfines rosados jugando con los nadadores! –se asombró la doctora–.

–En realidad está enganada –dijo el Capitán en un defectuoso español–. Son botos rosa, Muito parecidos a los delfines.

–Y tan juguetones como ellos –comentó Camilo, el fotógrafo, que había aparecido detrás de los demás atraído por los gritos, provisto de su inseparable cámara y sacando numerosas fotos.

–Seus saltos de alegría y sua rosa los hace parecer agresivos –dijo Adriano el patrón del barco, pero son inofensivos. Solo les gusta jugar y brincar.

–Me imagino el susto que se habrán pegado los bañistas –sonrió Alejandra–.

–Ya están acostumbrado –aclaró el Capitán–. Para eles, incluido el historiador, son simples gatinhos mimosos.

Máximo, el periodista, parado al costado de Andrade, se encargaba de escribir en un gran cuaderno los detalles del suceso.

El Capitán se ausentó unos quince minutos de cubierta y luego reapareció haciendo señales a los bañistas de que subieran a bordo tirándoles una escalera de cuerda por la borda.

Alejandra se sintió culpable cuando se descubrió mirando con placer el musculoso y mojado cuerpo de Leonardo.

(Al final de cuentas mi marido casi ni me toca) – intentó disculparse a sí misma por el erótico pensamiento.

.....

8

Ya de nuevo en el camarote de Jorge, Alejandra le planteó algunas dudas a su padre.

–Te conozco, y sé que tú te arriesgas por el mérito que significaría ubicar una ciudad que nadie ha logrado encontrar y sus rarezas inimaginables. Por algo eres antropólogo de alma.

Pero las dudas las tengo con mi marido. ¿Va tras el oro o el descubrimiento? Lo veo demasiado entusiasmado.

El veterano se tomó unos minutos para pensar y luego habló: –Él es tan intelectual y curioso como yo. Me parece que lo estás prejuzgando porque le tomaste antipatía. Estamos ante el descubrimiento más grande de nuestra carrera y me parece lógico que esté entusiasmado.

Creo que vale la pena el sacrificio y los peligros que vamos a afrontar.

Haya o no haya oro nos haríamos famosos y cumpliríamos el mayor sueño de nuestra carrera.

Por supuesto todos deseábamos que haya oro y joyas en abundancia. No somos marciales y nadie sobre la tierra despreciaría una fortuna. Eso nos financiaría, además, una mejor vida y capital de sobra para futuras expediciones.

–De repente estoy viendo fantasmas –se sinceró su hija–. Espero que tengas razón.

–Desde hace un tiempo siempre estás pensando mal de tu marido. ¿Tan mal te trata? Perfectamente se podría haber quedado en la comodidad de nuestra casa y dejar que nos arregláramos como pudiéramos. Sin embargo decidió acompañarnos

–No es eso. En realidad me hace sentir que no soy nadie.

–¡Eres una doctora! Toda una profesional. No entiendo por qué tienes la autoestima por el suelo.

–¡La culpa la tiene el! –levantó la voz Alejandra, dirigiéndose a la puerta y cerrando con más fuerza de la necesaria.

El arqueólogo quedó preocupado. Su hija no era feliz. ¿Él tenía la responsabilidad por influir en su vida?

Alejandra miró su reloj de pulsera, Ya eran las siete de la tarde. Se dirigió al camarote y allí se encontró a su marido estudiando unos planos de la selva. Él al sentirla entrar levantó la vista y preguntó dibujando una sonrisa:

–¿Cómo estás? Desde que nos embarcamos te noto algo nerviosa. ¿No será que estás asustada?

–¡Nada que ver! –dijo ella, algo enojada sin saber muy bien por qué.

El se levantó despacio, abrazándola sorpresivamente y de forma cálida.

Ella sorprendida se quedó inmóvil y preguntó:

–¿Qué te pasa? No me digas que a esta altura te volviste romántico.

–Vamos a la cama –dijo el conduciéndola suavemente. Se sentaron en ella y Marcelo comenzó a desnudarla muy despacio.

Ella se dejó llevar. La delicadeza de él era infrecuente, No se imponía sino que conducía, cosa infrecuente en su personalidad.

Hicieron el amor apasionadamente, como nunca lo habían hecho. Ni siquiera en los primeros tiempos.

Ella mientras gozaba el momento, reprimió rápidamente un pensamiento que cruzó por su cabeza (¿Estaba caliente con la otra y se desquitaba con ella?). Borró ese negativismo de inmediato, quería gozar ese momento sin sombras que nublaran su placer.

Luego quedaron tirados boca arriba en la cama sin tomarse de la mano. El momento de romanticismo (¿o calentura?) había pasado.

¿Y si su padre tenía razón y ella se había convertido en una psicópata que veía conflictos donde no los había?

.....

9

El barco navegaba a casi un kilómetro de la costa cuando llevaban cuatro días de viaje. El verde prevalecía totalmente y una suave brisa se encargaba de transportar un agradable aroma a vegetación húmeda, incrementada por el olor placentero del agua del río.

En cubierta se encontraban, disfrutando de este panorama, Jorge y Alejandra.

A cierta distancia de ellos Camilo, el barbudo fotógrafo, se deleitaba tomando fotos de la cercana selva con su inseparable cámara. A pesar de la distancia se sentía el típico griterío de los monos y algún aislado rugido.

–Los típicos ruidos de la selva –le comentó el antropólogo a su hija–.

–¡Cuánta belleza! –ella respiró profundamente–. El paisaje, los perfumes de la naturaleza.

–Pero cuando te encuentres dentro de ese paisaje no te va aparecer tan romántico, sino exasperante, con ramas, espinas, humedad, alimañas y animales peligrosos.

–Una visión bastante tétrica. Lo que realmente pasa es que estamos acostumbrados a las comodidades de la civilización.

–Tiene razón la muchacha –comentó Leonardo, el historiador, apareciendo por detrás de ellos–.

Los lujos de la civilización malacostumbran a las personas. Quien no está acostumbrado sufre mucho en estos lugares. –¿Usted ya estuvo por aquí?

–preguntó Alejandra.

–En realidad no –reconoció Leonardo–. Pero sí en otras selvas, como las de Colombia y...

–¡Allí hay indios! –gritó alarmado el fotógrafo que se encontraba a unos pocos metros de ellos.

Al sentir gritar, Baptista, el marinero, corrió a cubierta y sonrió al ver como Camilo señalaba entre alarmado y sorprendido hacia un grupo de personas que se encontraban en la orilla mirando el barco.

El marinero comentó, muy tranquilo:

–Nao indios. Son caboclos –y dando media vuelta, sin dar más explicaciones, se retiró de cubierta.

Al notar el desconcierto de Alejandra, su padre le explicó:

–Los caboclos son mestizos. Una mezcla entre blancos e indios que eligieron vivir alejados de la civilización.

–¿Y por qué? –quiso saber la doctora, mientras Camilo no paraba de ajustar su teleobjetivo y sacar fotos.

–Creo que yo se lo puedo explicar –dijo Leonardo–. En un principio eran trabajadores provenientes de todo Brasil en busca de riquezas. Algunos se dedicaron al negocio de la madera, otros al caucho, que se extrae de hacer tajos en los troncos de determinados árboles y juntar el líquido que desprenden.

En el siglo pasado muchos se volvieron ricos con ese negocio, pero una vez que se empezaron a usar sustancias sintéticas fabricadas en laboratorios, y mucho más baratas, el negocio fue decayendo cada día más.

Luego, para colmo, las autoridades se dieron cuenta de que con una tala de árboles indiscriminada se afectaba tremendamente el ecosistema y comenzaron a prohibirla y a perseguir a los infractores.

Al final estos trabajadores dieron con una tercera opción. Comenzaron a cultivar la tierra aprovechando el clima y los terrenos ideales para esto. Y como hay que estar presentes para cuidar las plantaciones se quedaron aquí.

Al principio incursionaban en los pueblos cercanos para vender su mercadería. Pero con el tiempo se fueron alejando cada vez más de la civilización y viviendo casi como indios.

Esa es la historia de los Caboclos.

–¿Está dando clases de historia, profesor? –preguntó Claudia, que había concurrido a cubierta atraída por los gritos del fotógrafo y logrando escuchar parte de la conversación.

La Doctora notó que miraba directamente a los ojos del Historiador, en un claro gesto de ignorarlos a ellos. En ese preciso momento incrementó el odio hacia ella.

¿Eran celos o desprecio? No estaba totalmente segura. Supuso que la antipatía comenzó cuando la encontró coqueteando con su marido, que al final de cuentas era “suyo”, y ahora parecía que también quería conquistar a Leonardo. ¡Ya era demasiado!

Buscó desesperadamente algún tema para atacarla sutilmente:

–Con los mosquitos y la humedad vamos a quedar hechas un desastre.

Bueno, yo no tanto porque traje una buena provisión de repelente y desodorante. Y a ti, con ese oloroso perfume que usas –miró a la otra mujer– ni se te van a arrimar.

–¡Cómo se ve que Alejandra nunca estuvo en la selva! –comentó Claudia, sonriendo al historiador. Luego se puso seria, miró a Alejandra y dijo con un rictus divertido–. Hay tantos mosquitos que no respetan ni el repelente, por eso yo traje una red para el rostro y ropa bien gruesa.

–Con la que vas a pasar más calor que yo –dijo la Doctora–, y a transpirar como jugador en el segundo tiempo.

–Pero mi cara va a estar impecable. Y no te olvides de las arañas y víboras. Definitivamente creo que no estás preparada para esto. –iDejen

de discutir! –levantó la voz Jorge. Ni los hombres ni las mujeres estamos preparados para la selva. Aparte del clima, la muerte ronda a cada paso. Por más experiencia que se tenga, aunque no voy a negar que sirve de mucho, eso no evita todo el peligro

Es mucho lo que nos jugamos, pero también enorme lo que ganamos si tenemos éxito.

Tiene razón mi padre –apoyó Alejandra–. El mismo, a su edad, no debería estar aquí; pero se negó a relegar en nadie la responsabilidad. Y todavía se olvidan de algunos peligros –recordó Leonardo–. Las tribus hostiles y las fieras. Pero si nos ponemos a enumerar las cosas negativas nos quedamos en casa mirando mapas.

–El problema es que mirando mapas no se descubre nada –concluyó el antropólogo.

10

El quinto día estaban almorzando todos juntos. Había dos mesas: una para los exploradores y otra para los porteadores, el marinero y el Capitán. Pero eso no tenía nada que ver con discriminación. Simplemente que estos últimos preferían conversar en portugués, y si estaban juntos parecería la

“Torre de Babel”

–Ya falta poco, solo una jornada –comentó Jorge–. Cada vez estamos más cerca.

–Y cada vez me pongo más nervioso –confesó Fermín.

–¿Piensa entrar a la selva de traje y corbata? –dijo sonriendo Marcelo.

–¡Por supuesto que no! Pero estoy tan acostumbrado a usarla que no me molesta.

Claudia comentó con picardía, mientras se llevaba un pedazo de pescado a la boca:

–¿O es que quiere estar más atractivo para tratar de conquistar a una de las damas del barco?

Fermín se puso colorado y dijo en forma entrecortada:

–¡Nada queñ...ver! Es solo mi...costumbre de todo el año.

–No atosigues al pobre hombre –protestó Alejandra. Se nota claramente que es tímido.

–Nunca te confíes de los tímidos –dijo la antropóloga–. Los caníbales eran tímidos pero se comían a todos los que caían en sus manos. Fermín se acomodó en el asiento, incómodo y más rojo que antes. –¡Cómo son las mujeres! –comentó el periodista, mientras terminaba de tragar un pedazo de papa–. Se aprovechan de los más débiles y no se animan con los audaces.

–No es tan así Máximo –dijo Alejandra, con sorna–. Hay quien se atreve con todo lo que se le cruce delante.

Claudia no se dio por aludida y la conversación tomó otro rumbo.

–¿Quiénes estuvieron en la selva? –indagó Jorge–. Es muy importante saber cuántos tienen experiencia. Yo por supuesto que sí.

Levantaron la mano Claudia, el fotógrafo Camilo y Leonardo Ferrán.

Máximo, el periodista, soltó los cubiertos y aclaró:

–Yo estuve en África, pero en una reserva, nunca en plena selva. –Veo que por lo menos tienen una idea de lo que se van a encontrar – suspiró Jorge–. Los demás se van a topar con un mundo distinto y hostil. –Pero a cambio va a salir una buena historia de esto –opinó el periodista. –De eso no tenga duda –dijo el Antropólogo–. Aunque no encontráramos nada, la selva tiene "muchas historias para contarnos". –Si encontramos solo árboles y animales –cuestionó Marcelo–, yo no tendría mucho para analizar. Sería un riesgo en vano.

–Las expectativas de un arqueólogo aportó Claudia– no son las mismas que las de un antropólogo. Pero todos estamos por una causa común. Y les recuerdo, que si todo sale bien, mañana desembarcamos.

Como para contrariar las palabras de la muchacha el barco dio unos tumbos, el motor hizo unos ruidos raros y paró. –Creo que esta vez se rompió algo –opinó Camilo.

Apareció el Capitán atravesando a toda prisa el comedor rumbo a popa y seguido por su marinero.

Todos se levantaron y los siguieron.

Pensé que iría a proa –opino Fermín–. Para ver si habíamos chocado con algo.

Los dos tripulantes se encaramaron a la borda y el Capitán Adriano, exclamó:

–O que eu figuraba.Elise preso nos ramos.

–¿Qué dice? –preguntó Alejandra.

–Que la hélice se atascó en unas ramas.

Sorprendiéndolos por la brusquedad de la acción, el marinero tomó un cuchillo que llevaba en la cintura y se tiró al agua. En seguida comenzó a cortar las gruesas ramas, por cierto que con bastante trabajo, pero luego de estar libres las paletas no se movieron. –¿Qué pasó? –indagó Marcelo–. ¿Se rompió algo?

–Eu cortei o motor –explicó el patrón del barco– se eu quedar sem marinheiro.

Cuando Joao comenzaba a trepar al barco un gran temblor sacudió todo su cuerpo.

–¡Las pirañas! –pensó Alejandra, muy asustada.

–El Capitán apareció a los pocos segundos con una vara gruesa y larga con la punta afilada y la metió en el agua con fuerza. Todos vieron una especie de víbora, que al verse atacada huyó precipitadamente.

–¿Una anaconda? –preguntó Camilo, mientras Marquiño y Cristiano (dos de los porteadores) se tiraban al agua para sacar al desmayado marinero. Thiago, el único porteador que hablaba español le explicó:

–Se trataba de una anguila eléctrica. Despiden una descarga muy fuerte. Las he visto matar caimanes. Incluso ocho horas después de muerte puede atontar a un hombre. Por suerte no le dimos mucho tiempo. Si hubieran sido pirañas o una anaconda ya estaría perdido. Esos bichos no se asustan tan fácilmente.

Les costó bastante subir al desmayado marinero a cubierta. La Doctora se inclinó sobre él y le efectuó respiración boca a boca y masajes cardíacos cada vez más fuertes.

Al despertar, quejándose por el dolor en todo el cuerpo, Joao recuperó la conciencia tosiendo fuertemente.

–Muito obrigado –dijo entre toses–. Bom ter um médico a bordo. –Es mi deber –le recordó ella–. Y solo por esto no me arrepiento de haber venido.

.....

11

Finalmente llegó el día de la realidad y desembarcaron en el lugar más apropiado, acordando con el Capitán que en treinta días regresara a buscarlos, con una tolerancia de diez días por cualquier imponderable. Éste asintió y se retiró lentamente con su barco, dejándolos solos y a su suerte en plena selva.

Apenas adentrarse un poco en la abundante vegetación notaron que el calor era asfixiante a pesar de que el Sol no llegaba a ellos por el abundante ramaje.

Los árboles, enormes, se enredaban en su base con arbustos y hojas caídas. El suelo no se veía. Todo era verde. Humedad y verde.

Estaban en la espesura salvaje y primigenia de la selva amazónica. Hasta notaron que les costaba tomar el aire suficiente. El olor a animales y vegetación imperaba

Para colmo una nube de mosquitos los seguía, y aumentaban por momentos al mover las hojas y ramas del suelo, que por cierto estaba cubierto por completo.

Se sentían, cerca y lejos, los estridentes gritos de los monos reclamando su territorio ante la vista de seres extraños.

–Ya vieron que no es tan cómodo como en las películas –sonrió Jorge.

–¿No nos atacarán? –agrandó los ojos Fermín, que se había puesto ropa apropiada y unas gruesas botas.

–¿Los monos? –no creo–. Están más asustados que nosotros. –Leonardo y Máximo, machete en mano, iban abriendo camino en el intrincado verde. Los porteadores cerraban la fila con sus voluminosos bultos. Sin embargo, acostumbrados a su trabajo, no se mostraban agobiados ni nerviosos.

Para ellos era cosa de rutina.

–¿Es qué no hay un camino despejado en este endiablado lugar? –se quejó Fermín, mientras corría los mosquitos con la mano. Estos revoloteaban alrededor de ellos, ya que a pesar del abundante repelente, alguno se animaba a picar a sus víctimas.

–No estamos en la ciudad para que alguien se tome la molestia de hacer caminos –dijo Leonardo, agregando en tono de broma –. De repente los indios tienen aire acondicionado.

–¿Es que también hay indios además de fieras? –se alarmó el secretario, apretando el rifle que llevaba en las manos.

–¿Su patrón no le explicó en qué se metía? –se asombró Máximo–. Pero no se preocupe. De repente tenemos suerte y no nos encontramos con los caníbales.

Fermín fue a decir algo, pero justo en ese momento se dio cuenta de que le estaban “tomando el pelo” o tratando de asustarlo. Por lo tanto decidió cerrar la boca y no seguir quejándose.

Luego de un rato todos estaban empapados de sudor. De improvviso Leonardo levantó la mano para que todos se detuvieran y señaló hacia un árbol de su derecha:

–Miren hacia ese árbol. Si prestan atención verán una serpiente enroscada en aquella rama. Vamos a desviarnos un poco y pasar despacio.

No sé si será peligrosa. Pero cuidarse nunca está de más.

Al desviarse se enredaron con unas gruesas telarañas tejidas entre los árboles. Al mirar hacia el costado vieron una enorme tarántula que al sentir el tirón de la tela avanzó hacia ellos rápidamente.

Al instante se olvidaron de la víbora y corrieron hacia adelante, algunos haciéndose arañoses con los espinosos arbustos.

–¡Esto es un infierno! –se quejó Amancio, el cocinero, que estaba contratado para toda la expedición. Su prominente barriga le impedía correr demasiado rápido.

A las pocas horas llegaron a un claro, donde cinco o seis precarias viviendas de barro y paja formaban un círculo defensivo (según suponían los antropólogos) contra fieras y enemigos.

A la entrada de uno de estos ranchos dos ancianas desdentadas trabajaban con un mortero moliendo semillas. Su vestimenta no era del todo primitiva, ya que llevaban unas rotas remeras con marcas comerciales.

Al verlos se asombraron y asustaron a la vez, lanzando gritos al interior de las viviendas.

De inmediato salieron unos barbudos sujetos, mulatos vestidos con harapos, que en otro tiempo, ya lejano, pertenecieron a alguna ciudad civilizada. En sus manos portaban primitivas lanzas de madera con huesos puntiagudos atados con cuero al extremo. Uno de ellos llevaba un antiguo revólver.

Tratando de lucir amenazantes preguntaron algo con gran vehemencia en un portugués cerrado que la mayoría no entendió.

De inmediato se adelantó Thiago, el líder de los porteadores, e intercambió unas frases con ellos, mientras todos permanecían expectantes.

Luego de unos minutos, el improvisado intérprete se dio vuelta hacia ellos y explicó:

–Pensaron que éramos traficantes de personas. Cada tanto aparecen grupos armados que se llevan a sus mujeres jóvenes para ejercer la prostitución y hombres para trabajar de esclavos. –¿Todavía existe eso?

–preguntó Alejandra, asombrada.

–Aquí en los suburbios de Brasil y alrededores todavía existen los esclavos.

Baje el arma Fermín, no queremos que se sientan amenazados –ordenó Thiago. Por suerte no son indios en el término estricto de la palabra. Yo los definiría mejor como pobres diablos que viven donde y como pueden. Ya un poco más tranquilos aquellos hombres los invitaron a sentarse alrededor de una fogata

(la luz natural comenzaba a escasear), e intrigados preguntaron las causas de su visita al porteador que antes había hablado con ellos.

Hablaron durante un rato con los tres porteadores que también entendían ese portugués cerrado.

El viejo con un solo diente y de pelo muy blanco que parecía ser el que mandaba, primero puso un gesto de asombro, luego lució asustado; y por último señaló hacia una dirección levantando un poco la voz como si estuviera advirtiendo algo.

–¿Qué dijo? –se interesó Jorge–. Algo pude entender, pero sinceramente no mucho.

–Que su abuelo le relataba, lo mismo que algunos ancianos del grupo, que adentrándose mucho en la selva había una ciudad muy rara, habitada por seres extraños, espíritus, al parecer, pero con abundancia de oro y joyas. Los suyos no le temen a las fieras, pero sí a los espíritus. ¿De qué sirve el oro cuándo estás muerto?

Sin embargo, con el transcurso de los años, muchas expediciones viajaron miles de kilómetros para dar con su paradero.

La mayoría de ellos no regresaron, y los pocos que volvieron no encontraron nada y retornaron enfermos y con la mayoría de sus expedicionarios muertos.

Ahora ya hace muchos años que nadie se atreve, Suponen que se les olvidó la historia o se dieron cuenta de que es imposible tratar con los espíritus.

Nos recomienda que demos media vuelta y retornemos por donde vinimos. –¿Pero en qué dirección está esa mítica ciudad, y a cuanta distancia? – preguntó Jorge.

Thiago le planteó la pregunta al anciano y este señaló hacia el interior de la selva, algo agitado

–Dice que ya ve que no vamos a aceptar su consejo y que solo espera que los malvados espíritus no se venguen con ellos. Que queda a seis o siete jornadas hacia la profundidad.

Además no quiere hablar más del tema por miedo a la venganza de esos fantasmas...o lo que sean.

Jorge observó a los porteadores y los vio mirándose entre ellos con la cara llena de pánico.

Evidentemente habían entendido al viejo. Y no les gustó nada lo que escucharon. ¿Los abandonarían en plena selva?

.....

12

Por suerte Thiago, un poco más culto que los otros porteadores, los convenció de que eran solo leyendas antiguas, y que lo que resultaba más probable era que no encontraran otra cosa que selva y, con suerte, alguna construcción abandonada por los antiguos exploradores.

De todas formas, aunque no convencidos del todo, luego de pasar la noche en las carpas que habían traído, y apenas amaneció, continuaron el camino.

Este resultaba cada vez más agreste a medida que se iban alejando de la civilización.

Los que no estaban acostumbrados a estas inclemencias e incomodidades

eran los que más sufrían. Para colmo se largó una potente lluvia que dificultaba aún más la incursión.

–Es un tipo de clima muy común en la selva –comentó Jorge, que a pesar de su edad se encontraba más entero que otros más jóvenes. A los veinte minutos paró la potente tormenta. Pero fue peor, la humedad se incrementó.

–Tan cómodo que estaba yo en la oficina –protestó el esposo de Alejandra.

–¿Ya estás arrepentido? –sonrió Alejandra–. Creo que todavía nos queda lo peor.

–¿Peor que esto? –dijo Fermín–. Yo me imaginaba caminos de tierra con árboles alrededor y pájaros cantando.

–O sea que es más ingenuo de lo que yo creía –rió Camilo–. Su patrón le hizo tragar cualquier verso. ¡Ni que estuviéramos en un parque turístico! Como para confirmar las palabras anteriores un puma apareció en un pequeño claro y los miró gruñendo agresivo.

Tan rápido como había aparecido desapareció, supuestamente calculando que eran una presa peligrosa por el número elevado de extraños. –Es muy difícil que ataquen las expediciones –explicó Thiago–. Por instinto y experiencia saben que pueden resultar atrapados, heridos o muertos. Sin embargo se ha sabido de algunos casos en que esos animales, desesperados por el hambre, se atreven a todo.

–Por suerte parece que este recién había comido –dijo Máximo–. No se dio cuenta de que yo soy bastante apetitoso.

El humor del periodista hizo sonreír a los demás que continuaron la marcha con un poco más de ánimo.

Los esplendorosos colores de los guacamayos hacían que Camilo, el fotógrafo, los tomara como “víctimas” principales de su cámara, aunque de vez en cuando dejaba “inmortalizado” algún mono, tucán o ciervo. Se toparon con un ancho río repleto de cocodrilos y tuvieron que desviarse de su camino.

–Mejor que caminemos lejos de la orilla –recomendó Thiago–. No solo que a los cocodrilos les da por salir a recibir sol fuera del agua, sino que los demás animales, como el jaguar o el puma toman agua en su cauce. Y no me gustaría encontrar alguno con hambre.

–Para eso tenemos los rifles –comentó Fermín, mostrando el suyo. –Esos bichos son muy rápidos y lo pueden atacar por la espalda antes de que se dé cuenta. ¿O se piensa que se van a quedar quietos esperando que haga puntería? Además a los cocodrilos no les entra una bala tan fácil. Solo que los de vuelta para darles en la panza. ¿Se anima?

Los demás trataron de no lanzar la carcajada ante la chanza de Thiago. No le conocían ese sentido del humor.

Les llevó casi tres horas llegar a la naciente del río y luego, guiados por una brújula y un mapa, retomar el camino que llevaban al inicio. De no contar con la primera quedarían irremediablemente perdidos ya que todo se veía igual.

Muy pronto se les hizo la noche y las sombras comenzaron a ganar la

selva, por lo que decidieron acampar en un pequeño claro que los hombres, con sus machetes terminaron de despejar. Armaron las carpas, juntaron leña y prendieron cuatro fogatas alrededor del campamento, no solo para ahuyentar a las fieras, sino para estar iluminados.

Amancio, el cocinero, aprovechó una de las fogatas para preparar un ensopado para la cena.

Mientras esperaban todos se sentaron alrededor del fuego donde la comida se cocía.

_De antropólogo a antropólogo -preguntó Claudia a Jorge. ¿Qué espera encontrar?

-Me carcome la curiosidad -contestó éste- por saber si realmente existieron esas personas. ¿Quiénes eran? ¿Cómo y por qué vivían separados de los demás? Sus motivos y formas de vida. Confieso que hasta que encontré el documento pensé que era una de las tantas leyendas que circulan sobre el Amazonas, algunas creadas por los propios indios y otras por los numerosos conquistadores.

Espero que las ruinas, si es que las encontramos, nos digan algo. -En nuestro caso -dijo Claudia- National Geographic, al ver los documentos, determinó que eran auténticos. Como comprenderá no podíamos quedar fuera de semejante descubrimiento. De ser cierto y encontrar algo, sería el mayor logro de nuestra sociedad. Y eso sin contar con los dividendos que sacaríamos con las fotos y la filmación. -¿Nadie se está acordando del oro qué podríamos encontrar? -dijo Marcelo, algo extrañado.

-Pensé que los arqueólogos se preocupaban más en encontrar piezas antiguas que en el oro

-opinó Claudia, con una mueca de desdén.

-¡Por supuesto que nos interesan las cosas antiguas! -se defendió Marcelo-. Pero yo personalmente prefiero que sean de oro. Eso incrementa enormemente su valor comercial.

-¿Es un científico o un interesado? -se enojó la antropóloga-. Hasta donde yo sé los arqueólogos se interesan por las cosas antiguas, sean del material que sean. Con su modo de pensar parece un vulgar mercader.

-¿A usted qué le interesaría más -se defendió Marcelo-, encontrar utensilios de barro o de oro?

-Es que pensé que los arqueólogos se interesaban más por las cosas arcaicas sin tener en cuenta su valor monetario.

-Aunque a usted le parezca increíble, también somos seres humanos, no solo científicos. ¿O es que National Geographic no le paga por sus servicios?

-¡Por supuesto que me paga! Pero también es mi vocación. No lo hago solamente por dinero.

-¿Y qué le hace pensar que yo sí?

Claudia fue a contestar, pero la interrumpió Amancio con un grito:

-¡Ya está pronta la cena! ¡Traigan los platos!

Cada uno traía en su mochila dos platos hondos de metal, cubiertos y una cantimplora del mismo material colgada del hombro. Y por supuesto cada persona se hacía cargo de su limpieza.

Aprovechen porque muy pocas expediciones tienen cocinero propio – sonrió Amancio–. Y menos todavía que prepare buenas comidas.

–Tampoco se me agrande tanto.–bromeó Máximo mientras el cocinero le servía–, pero esto luce muy atractivo.

–Ya es bastante grande y grueso para agrandarse más –comentó alegremente Camilo, que se encontraba detrás del periodista, con un plato en la mano.

Amancio largó una carcajada y siguió sirviendo a medida que llegaban, hasta que todos estaban sentados en el suelo alrededor del fuego y con el plato lleno en la mano.

–No me equivoqué –dijo Máximo, mientras tragaba–. Esto está muy rico.

–Tiene razón –habló Fermín–. Pero es la primera vez que como sentado en el suelo.

–¡Cuánto lamento haberme olvidado de traer mesa y sillas! –bromeó Jorge.

–Y un mantel blanco.–aportó Camilo.

Todos rieron y Fermín se puso colorado.

Sin embargo con ese buen humor trataban de olvidar que les esperaban días muy difíciles.

13

Apenas amaneció desarmaron las carpas y se aprontaron para salir.

Todos se quejaban de dolores en el cuerpo y especialmente en los pies.

Las gruesas botas a pesar de ser incómodas resultaban imprescindibles para protegerse de las espinas y las mordeduras de los animales. Algunos ya tenían la cara hinchada por las picaduras de los mosquitos (a pesar del repelente).

La doctora les aplicaba una crema que calmaba la picazón y prevenía la infección.

–Aprovechen la reciente lluvia para cargar las cantimploras –recomendó Amancio–.

–No veo ningún río –protestó Fermín.

–El agua de lluvia es la más pura y no provoca enfermedades –dijo el cocinero. A continuación, predicando con el ejemplo, dobló una gran hoja y la inclinó sobre su recipiente–. Un generoso caudal de agua se volcó dentro de la cantimplora llenándola inmediatamente.

Todos lo imitaron, incluidos los porteadores que también cargaban unos pesados bidones del necesario elemento para la comida.

Este lugar ya me está provocando claustrofobia –se quejó Marcelo–.

Parece mentira pero me veo encerrado y rodeado de vegetación por todos la...

–¡Socorro! –gritó la doctora al sentirse levantada del suelo por una anaconda que surgió desde un árbol. De inmediato se enroscó en ella y ya no pudo gritar más por la compresión de sus pulmones, poniéndose muy pálida y abriendo la boca en un desesperado intento de tomar aire. Su esposo quedó paralizado sin atinar a nada pero Leonardo, más rápido que un relámpago, saltó hacia el reptil y con el machete le cortó la cola en la parte del árbol en que se apoyaba la boa constrictora.

Ésta al momento aflojó la presión y cayó con su presa enredada, pero ya sin apretar.

Desde atrás saltó Cristiano, uno de los porteadores, y cortó la cabeza de la víbora de un machetazo. El enorme reptil se movió como un látigo unos segundos más, ya solo por reflejos, y enseguida quedó quieto.

De inmediato los dos hombres que habían pasado a la acción, retiraron a la media asfixiada doctora del cuerpo inerte del animal. Su padre trató de ayudar en lo que su edad le permitía, preocupado por su hija.

Alejandra, muy pálida se comenzó a recuperar lentamente, mientras Leonardo, sacando agua de su cantimplora, le mojaba el rostro.

Este miró hacia atrás acomodándose los lentes. Los demás se acercaban a la víctima y notó que el esposo de la doctora temblaba y trataba de explicar:

–Yo...no supe...qué hacer. ¿Qué podía lograr contra...semejante monstruo.

–Defender a su mujer...supongo yo –reprochó el historiador, algo ofuscado.

–Alejandra tosió varias veces y Leonardo le dio a tomar un poco de agua.

–Gracias...Leo –lo trató por primera vez con el diminutivo de su nombre–.

Si no fuera por ti estaría muerta –mientras decía esto miró a su marido con rencor y este desvió la vista.

–¿Tendrás alguna costilla rota? –se preocupó el historiador.

–Creo que no, no le diste tiempo. ¡Pero el maldito bicho me mordió! –No pasa nada –dijo Thiago–. Esta clase de víbora no tiene veneno. Se limitan a asfixiar a las presas para luego comérselas. Pero al cortarles la cola le sacó el punto de apoyo y, contrario a lo que la gente cree, para apretar tienen que estar asidas en algo, sino pierden la fuerza. –¡Menos mal!

–suspiró Jorge–. Y por suerte estaban ustedes para salvarla–. Miró a los demás lentamente. Camilo le sacaba fotos al reptil muerto.

Máximo escribía frenéticamente en un bloc. Detuvo la vista un momento en Marcelo, que se hacía el distraído por la vergüenza de no haber atinado a defender a su esposa. Pensó por milésima vez si no se habría equivocado al incitar a su hija a casarse con él.

Los demás miraban expectantes.

.....

14

Continuaron en cuanto la doctora estuvo repuesta. Esta caminaba un poco alejada del marido, todavía con rencor ante la cobardía de su esposo y mirando de reojo a su salvador. Estaba demasiado enojada con Marcelo para disimular. (¡Eso es un hombre!) pensó, recorriendo con la vista la transpirada espalda del historiador.

Luego miró a su padre, que a pesar de su edad, y dando leves muestras de cansancio no se quejaba ni aminoraba el ritmo. Se dio cuenta de que todavía tenía un leve temblor y que no estaba repuesta del todo del terrible susto. ¡Había estado a punto de morir! ¡Y esto recién empezaba! Se preguntó cuánto sobresaltos le esperarían en el camino.

Marcelo, algo avergonzado, apuró el paso y la alcanzó, preguntándole:

–¿Cómo estás?

–Bien –dijo ella secamente–. Pero no gracias a ti.

–¿Y qué podía hacer yo? ¿Morder a la víbora?

–¡Tenías el machete en la mano!

–Pensé que te podía cortar. ¡El maldito animal no se estaba quieto!

–Leonardo sí que supo qué hacer para salvarme. Y el otro hombre colaboró, mientras que vos ni te moviste.

–Ellos tienen experiencia en la selva, saben qué hacer en estos casos, mientras que yo...

–Alcanza con las excusas –Alejandra lo atajó con las palmas de las manos extendidas–. Ellos fueron más rápidos que vos y ya está. Tampoco es causa de divorcio. Sólo que me dolió que no intentaras hacer nada por mí.

–¿Paramos para comer algo? –propuso Jorge, que trató de cortar la discusión.

Todos asintieron viendo que el Sol ya estaba alto y el calor aumentaba.

Por supuesto que habían acordado desde el principio en que durante el día solamente ingerirían una comida frugal, por el calor y para no perder tanto tiempo.

En la noche, cuando pararan comenzaría el trabajo de Amancio. Además necesitaban tomarse un descanso cada tanto rato. Nadie aguantaría caminar muchas horas seguidas por esos lugares.

–A ver quién consigue carne fresca para la cena –dijo Amancio–. No creo que quieran comer arroz solo.

Ante el requerimiento, luego de terminar de comer unos bocadillos, salieron Leonardo y Máximo con sus respectivos rifles.

Luego de un largo rato regresaron con un tapir de tamaño mediano.

–¡Buen trabajo nos dio! –dijo Leonardo, resoplando y tirando el animal al suelo. La selva está llena de bichos, pero los que más se notan son los monos, los otros se esconden y solo aparecen para atacar. Pero pensamos que muy pocos de ustedes comerían mono.

–Nosotros sí –dijo Thiago señalando a los porteadores–. Pero reconozco que ustedes no están acostumbrados.

–¡Por supuesto que no! –enfaticó Fermín–. Son demasiado parecidos a seres humanos.

–Humanos o no, son todos seres pensantes –reflexionó Claudia–. Pero no tenemos más remedio. La vida solo consiste en matar o morir.

–No para los vegetarianos –dijo Camilo.

–Está equivocado. –insistió Claudia–. ¿O acaso los vegetales no tienen vida? Y eso sin contar los insectos y microorganismos que viven en ellas. Por lo tanto, si queremos vivir tenemos que matar. La única diferencia es que en la civilización otros lo hacen por nosotros, entonces no nos sentimos tan culpables.

–Reconozco que tiene razón –aceptó Camilo–. En la ciudad no nos manchamos con sangre ni matamos a nadie para comer.

Mientras hablaban, Amancio arrancaba hojas de distintos árboles y plantas. Al ver que lo estaban mirando explicó:

–Son para condimentar la comida.

–¡Pero si trajimos condimentos! –protestó Fermín.

–Ya lo sé sobradamente. También hay latas de comidas en conserva. Pero

no sabemos si van a alcanzar, y conviene ir variando. Con el tiempo me lo va a agradecer.

–¿Tanto piensa que va a durar la expedición? –se alarmó Fermín. –La experiencia me dice que sí. Siempre surgen problemas que atrasan todo. Y más en esta misión que no tiene un destino preciso.

Todos se miraron entre si, esperando que las palabras del cocinero no fueran proféticas.

15.

Mientras Amancio carneaba y salaba el tapir los demás se prepararon para partir.

Las jornadas tenían pocas horas de luz, pero se hacían largas por lo intrincado del lugar.

Todos, excepto los porteadores, lucían cansados, desgastados en ese ambiente peligroso y hostil.

De repente Marcelo (el esposo de la doctora) y Fabio (uno de los porteadores), cayeron tratando de alcanzar su espalda con la mano.

Alejandra corrió hacia ellos con una mueca de preocupación. Era muy improbable que los dos se hubieran tropezado al mismo tiempo.

Enseguida vio las espinas incrustadas en sus espaldas.

No creo que sea nada grave -dijo. Sin embargo los heridos se retorcían de dolor.

–iSon dardos disparados con cerbatanas! –aclaró Thiago, muy preocupado-. Los bañan con veneno de ranas venenosas. ¡Al suelo o morimos todos!

Se tiraron inmediatamente al pasto. Alejandra se comenzó a arrastrar hacia los heridos.

–iQuédese quieta! –exclamó Thiago.

–iPero, los lastimados! Debo darles alguna asistencia.

–Si son espinas con veneno de rana Dardo Dorada ya están muertos aunque se muevan. Es el animal más venenoso del mundo.

La doctora fue a contestar, horrorizada, pero no le dio el tiempo. Se asustó más aún cuando desde atrás de los árboles aparecieron unos fieros indios con sus bocas atravesadas por palos y unas largas cerbatanas en sus manos.

–Creo que son Matis –opinó su padre, mientras Alejandra sollozaba. –¿Son caníbales? –apenas pudo preguntar Fermín, en cuyo rostro se leía el terror absoluto.

–Por suerte no. Solo quedan en el valle de Yabary, muy lejos de aquí.

–Pero hacen sacrificios rituales –susurró Claudia al oído del antropólogo.

–No se lo digas a nadie –dijo muy bajo Jorge-.No los quiero más asustados de lo que ya están.

Los indios se acercaron lentamente. Iban desnudos de la cintura para arriba y se tapaban las partes íntimas con cueros de animales. Algunos llevaban plumas entre sus largos y desordenados cabellos. Dos de ellos portaban lanzas.

Gritaron algo en un idioma desconocido. Jorge miró a Thiago y este negó con la cabeza.

Sin embargo, otro de los portadores, Marquiño, les contestó algo, y luego habló en portugués con su jefe.

Este le explicó al antropólogo que Marquiño había convivido un tiempo con unos indígenas que hablaban un idioma similar, aunque no idéntico, pero algo entendía.

Los indios los hicieron levantar y apuntándoles con lanzas y cerbatanas los trasladaron casi media hora por entre los árboles.

Alejandra, antes de alejarse, miró hacia atrás y vio que los heridos se habían dejado de mover. Aparentemente estaban muertos. Los indios los dejaron allí sin importarse por ellos.

La expedición ya contaba con dos víctimas. Y la suerte de los demás era incierta.

.....

16

Fueron conducidos con brusquedad y a los tropezones hasta una pequeña aldea en la que se amontonaban sin orden ni criterio unas diez o doce chozas de paredes de barro y techos de paja, eso sí, trenzada y apretada y prolijamente.

Los empujaron a punta de lanza y sin miramientos hacia una de ellas. No tenía ventana y solamente se filtraba la luz por una pequeña puerta tapada por un cuero de un animal que no supieron identificar. En ella dos guerreros con lanzas en sus manos montaban guardia.

–Me preocupa nuestro destino –comentó Leonardo–. Si nos tomaron prisioneros es que piensan hacer algo con nosotros. Pero no se me ocurre nada bueno.

–Por lo general los indios matan a todos los que invaden su territorio –dijo Leonardo–, y sobre todo a los blancos que tantos males les causan. Los conquistadores trajeron sarampión gripe y otras enfermedades que no conocían ni sabían defenderse de ellas. Además hicieron grandes matanzas para llevarse las riquezas.

Todavía lo hacen –recordó Camilo–, pero como riquezas ya no quedan se llevan mujeres, niños y jóvenes para el tráfico de esclavos en las plantaciones de caña de azúcar y aunque ya quedan pocas, de caucho. Y la mayoría de las mujeres para prostitución. Creo que ya hablamos de eso. Y muchas más enfermedades –recordó la doctora–. Se olvida de las enfermedades venéreas, la varicela y una larga lista. Se cuenta que con la supuesta conquista se diezmó la población indígena en un noventa por ciento.

–Tienen motivos de sobra para odiarnos –dijo Fermín–. Me extraña que ya no estemos muertos.

–Creo que nos tienen reservado algo peor –habló con pesimismo Alejandra–. Y no me olvido de mi esposo y el otro pobre hombre –sollozó antes de continuar, y respirando hondo levantó la vista y continuó–. ¿No estarán vivos?

–No se torture con eso, doctora, –consoló Thiago–. Ese veneno no perdona a nadie. Mueren tan rápido que apenas sufren.

Sin embargo Alejandra se descubrió a sí misma sintiendo la misma pena por aquellos dos hombres que habían muerto, pero no descubrió dentro

de ella ningún sentimiento especial por la pérdida de su esposo. Nunca lo había sentido como algo especial, es más, en algunas ocasiones hasta había llegado a odiarlo. Los buenos momentos habían sido escasos, casi nulos, en ese matrimonio prácticamente impuesto por su padre.

–¿Qué nos espera? –preguntó Fermín, muy angustiado–. No creo que nos visite un abogado.

–Me alegra que conserve el sentido del humor aún en estas circunstancias –dijo Jorge–. Por lo menos no nos mataron en el momento.

–No sé qué hubiera sido mejor –interrumpió Thiago, que se mostraba pensativo–. Supongo que como antropóloga conoce las costumbres de estos salvajes.

–No todas las tribus tienen las mismas costumbres –trató de tranquilizar Claudia, aunque ni ella misma creía que iban a salir bien librados de esa. Los tres porteadores que quedaban se miraban entre ellos sin pronunciar palabra, pero muy serios. Conocían demasiado sobre esas tribus aisladas y presentían su suerte.

–Perdimos más de la mitad de las provisiones –recordó Leonardo–. Si Salimos de esta nos vamos a encontrar en dificultades.

–¡Vamos a encarar de a uno los problemas! –protestó Jorge–. Por lo que parece el que más conoce a esta tribu es Marquiño.

Thiago, pregúntale a tu compañero si tiene idea de qué acostumbran hacer con los prisioneros esta gente.

El uruguayo habló con su colega por unos cinco minutos. Este meneaba la cabeza y apretaba los labios, cosa que no presagiaba nada bueno. Luego se dio vuelta, miró a los demás y bajando la voz dijo:

–No son buenas noticias. Marquiño dice que no conoce a esta tribu pero que si toman prisioneros no es para tenerlos encerrados. Supone que nos van a sacrificar a sus dioses para obtener buena cacería, cosechas o algo de eso.

–Se sintieron varias exclamaciones y sollozos. Sobre todo cuando Thiago continuó:–

Me comentó que el mismo vio como en una tribu metían a un niño en un pozo y luego de pegarle con un palo en la cabeza lo enterraron medio inconsciente.

–Es cierto –asintió Claudia–, yo hace un tiempo vi un video sobre eso y tuve que apartar la vista horrorizada.

–Según estos comentarios –dijo Camilo– no nos queda otra que escapar cueste lo que cueste. No nos vamos a dejar matar como corderos. –¿Pero cómo? –preguntó Jorge, mientras miraba a los fornidos guardias de la puerta–. Aunque lográramos salir no podríamos correr más que ellos cuando nos sigan.

Todos quedaron en silencio. Nadie tenía la respuesta.

.....
17

A Marquiño se le ocurrió tratar de dialogar con alguno de los guardias, para tratar de sacarle alguna información que les pudiera servir para salvarse.

Se asomó a la puerta y levantó la precaria cortina. De inmediato los dos guardias le apuntaron con sus lanzas.

El porteador hizo un gesto de contención y les habló pausadamente.

Parecieron tranquilizarse al ver que su intención no era fugarse, pero no le contestaron.

Marquiño intentó una conversación varias veces más, hasta que finalmente logró que el guardia respondiera algunas palabras, más que nada para que no lo siguiera molestando.

Sin embargo logró, poco a poco, que el indígena hablara un poco más. De repente este último esbozó una mueca de asombro y comentó algo con su compañero.

Este lanzó un grito llamando a alguien más, y Marquiño entró nuevamente con sus compañeros.

Explicó brevemente a Thiago su conversación con el salvaje y este tradujo para el grupo:

–Dice que comúnmente acostumbran a matar a los que no son de su tribu. Pero nuestro caso es especial. Dice el chamán o hechicero que guiamos a los espíritus de la enfermedad y la muerte a su aldea. Por lo tanto hay que sacrificarnos para que se aplaquen.

Pero entonces se le ocurrió algo que reconoce que vio en alguna película o novela, y en este caso viene de perillas. Les dijo que nosotros tenemos a la mejor curandera del mundo.

Al principio no lo creyó, y luego de consultar con su jefe, nos retó a que si en poco tiempo no obteníamos resultados nos prestaríamos gustosos a ser sacrificados y eso complacería más a sus dioses.

–¿Qué es lo que tienen los enfermos y cuántos son? –preguntó la doctora–. Recuerde que soy médica, no bruja, donde sea muy grave o no tenga aquí los medicamentos adecuados...

–Ni idea, pero jugado por jugado mi compañero estuvo bien. Eso significa una oportunidad. Ah...–sonrió–, y también le dijo que nuestra presencia aumenta sus poderes. Que si perdía más acompañantes también desaparecería su magia.

–Fue muy inteligente –dijo Jorge–. Si le creen nos salva a todos.

Escuchen como los guardias están hablando con otros que vinieron. –Si aceptan nuestras vidas dependen de mí –se lamentó Alejandra, con todo el peso de la responsabilidad sobre sus hombros.

–Ojalá acepten –habló Camilo–. Creo que es la única oportunidad que tenemos. Y menos mal que no me sacaron la cámara. Podrían pensar que es un arma.

–Me extraña que no nos despojaran de nuestras pertenencias, salvo las armas. Se ve que las conocen –opinó Claudia–. Pero supongo que a lo demás lo considerarían parte de la supuesta “maldición” que traemos. Pero perdimos todas las provisiones y el material que traían los asesinados.

Quedaron todos en el lugar del crimen.

–De repente, si logramos salir de aquí, podemos recuperarlo –sugirió Fermín.

–No nos adelantemos a los acontecimientos –frenó Leonardo–. Todavía no sabemos si aceptarán, ni si la enfermedad que tienen es curable, y en caso de rehabilitarse, cuánto tiempo llevará. Pueden ser varios meses y esto es la selva. A esas alturas sería poco lo que no estuviera destrozado, desaparecido o comido por las fieras.

–Leo tiene razón –dijo la doctora–. Mejor nos preparamos para estar un tiempo con esta gente. Y eso en el mejor de los casos. Si se niegan a que los atienda...no sé lo qué pasaría. Espero que Marquiño tenga la suficiente habilidad para convencerlos.

–Todos lo esperamos ansiosamente –concluyó Fermín.

.....

18

Pasó media hora y se presentaron dos indígenas muy adornados con plumas y pintura vegetal de colores en su cara.

Marquiño se adelantó al grupo e intercambió varias palabras con ellos.

Todos hacían muchos gestos para entenderse mejor. El porteador señaló a la doctora y los indios la miraron curiosamente.

Parecían dudar y hablaron entre ellos, pero finalmente se decidieron y le pidieron por señas que los acompañara junto a Marquiño que haría de traductor y trataría de explicarle a Alejandra en su escaso “portuñol”. La muchacha tomó su maletín y los siguió.

Los enfermos se encontraban a unos doscientos metros, aislados del resto de la tribu. Era una costumbre ancestral aislar a los enfermos, según comentó el porteador.

Cuando entró a la cabaña junto con el grupo, se encontró con tres hombres tirados sobre unos cueros tendidos en el piso.

Lo primero que notó es que estaban muy amarillos. Los revisó y les encontró fiebre muy alta. Recurrió a su traductor para el interrogatorio, siempre bajo la atenta mirada de los dos indios, y aquel le relató, parte en medias palabras y gestos; que sentían gran malestar, dolor de cabeza, dolor muscular, cansancio, escalofríos, vómitos, diarrea y hemorragias. La muchacha pensó un poco. Podía ser fiebre amarilla, paludismo o hepatitis. Pero estaba casi segura que era lo primero. Lo que le extrañaba era la mirada fija y brillante de los enfermos. Se lo comentó a Marquiño y este le dijo lo más claramente que pudo, que no se preocupara porque seguramente el brujo de la tribu los había drogado con yopo, un alucinógeno muy común en esos lugares.

Aclarado el punto la doctora le pidió al porteador que le dijera al hechicero que no les diera más nada, que ella se encargaría. Le comentó que era una enfermedad transmitida por los mosquitos infestados y que ellos estaban vacunados, por lo que no había peligro.

Pero por desgracia para los enfermos la vacuna ya no serviría de nada, ya que esta demora por lo menos diez días en hacer efecto y la mayoría, sin tratamiento, dura entre siete a diez días con vida, pero que haría lo que pudiera.

Les administró antipiréticos y analgésicos (se cuidó de no darles aspirinas para no incrementar las hemorragias), y además un medicamento para contener el sangrado.

Les recomendó que tomaran mucho líquido para no deshidratarse y que continuaran el reposo.

–¿Eles vao curar, doctora? –preguntó Marquiño, algo inseguro.

–En realidad...no sé –reconoció ella–. La enfermedad está muy avanzada y no tengo suero ni todos los medicamentos que precisaría. Pero de todas formas tienen más oportunidad que con ese chanta que los atendía drogándolos.

–Nao crea, doctora –dijo el porteador–. Você nao sabe, mas a medicina amazônica em muitos remédios naturais.

–Sin embargo estos hombres se estaban muriendo.

–A cualquier médico se le morrerán pacientes. ¿A você nao?

Alejandra fue a protestar, pero se arrepintió y dijo:

–Vamos a ser optimistas. Tienen posibilidades de sanar, siempre y cuando al curandero no se le ocurra un tratamiento nuevo. No creo que le haga mucha gracia que una intrusa demuestre más “poderes” que él. Y esto va a llevar un tiempo. No es una cura milagrosa. Dígale que los malos espíritus van a ir saliendo de a poco, así ganamos tiempo y no se ponen impacientes.

Aparentemente el jefe lo tomó con naturalidad. Por lo visto no estaba acostumbrado a las curas instantáneas.

Pero advirtió que si sus hombres morían –según le tradujo su compañero– todos los extranjeros los seguirían.

Nunca en su vida Alejandra había deseado tanto que sus pacientes se curaran.

.....

19

Conducidos de nuevo con sus compañeros, Alejandra los puso al tanto de las novedades, mientras Marquiño hacía lo mismo con sus colegas.

–Esperemos que se curen –deseó Jorge–. Si no, estamos liquidados.

–Tengo esperanzas –informó la doctora–. El primero que se enfermó está muy avanzado, pero los otros están un poco menos afectados. Es cuestión de esperar.

No pasó mucho tiempo para que les trajeran la comida.

Esta consistía en pescado, melocotón y miel de abejas. Además un tacho de barro cocido con un líquido rojizo.

–¿Saben cómo pescan? –habló Thiago– envenenan a los peces con veneno del árbol del timbó para aturdirlos, y así resulta más fácil apresarlos. Pero no se preocupen. El timbó no causa efecto en los humanos. Si no esta tribu ya habría desaparecido.

–De todas formas no se ve muy apetitoso –señaló Claudia el pescado, entre chamuscado y crudo, apoyado en unas grandes hojas.

–Me extraña ese comentario en una antropóloga –bromeó Leonardo–.

Debería tener en cuenta que esto no es un hotel. Y les recomiendo no gastar la comida enlatada que nos queda. La podríamos necesitar. Y eso sin tener en cuenta que nuestros anfitriones se podrían ofender si no tocamos su alimento.

–Por mi parte le voy a hacer honor –dijo Amancio–. ¡Me muero de hambre! Mientras no se mueva, la comida está bien.

No les habían tocado las mochilas y todos tenían sus cubiertos. Eso los salvó de tener que comer con la mano.

–¿Qué es ese líquido asqueroso? –señaló Fermín el recipiente–. Espero que no sea sangre de algún...

–Se va a sorprender –interrumpió Amancio–. Es guaraná.

–¿Me está tomando el pelo?

–Para nada. Es la bebida más popular de los indígenas del Amazonas. Tuestan las semillas de la Paullinia, que es un arbusto trepador originario del lugar, las muelen hasta hacerlas polvo y le agregan agua.

–¡Y yo que creía que era un invento moderno! –se admiró Fermín.

–¿Dónde está el baño en este lugar? –preguntó Claudia.

–Allí afuera, entre los árboles –explicó Thiago–. Pero no se aleje mucho, por las fieras, y lleve una linterna.

Le hizo una seña muy explícita a los guardias y estos la dejaron salir sin problemas. Se daban cuenta de que una persona sola y desarmada en la selva no intentaría escapar, ya que no duraría mucho y no sabría dónde ir. Todos comenzaron a comer, al principio con un poco de asco, pero después normalmente.

–Tiene un gusto algo raro –dijo Leonardo–. ¿Es por ese veneno que usan?

–Ellos no usan sal –aclaró Amancio–. Lo condimentan con hierbas. Por eso tiene un sabor distinto. Pero si le quiere agregar...

–No, está bien así. Dicen que es más saludable. ¿No es así, doctora?

–Es así Leo. Ojalá que podamos conservar la salud mucho tiempo.

.....
20

Pasaron un par de días. Alejandra iba dos, y hasta tres veces por jornada, a ver a sus pacientes.

–¿Cómo están? –preguntó su padre.

–Van mejorando muy lentamente...salvo uno, el que se enfermó primero. Le cuesta mucho más evolucionar.

–Por lo menos es un avance –dijo Jorge–. Peor sería que empeoraran.

–Espero que estos brutos tengan paciencia...y nosotros suerte. Nos jugamos la vida, y me pesa la responsabilidad.

Leonardo, que estaba cerca, la vio insegura y frágil, se acercó y pasándole el brazo sobre los hombros y apretándola suavemente, la consoló:

–Tranquila. Todos sabemos que estás haciendo todo lo que puedes. En vez de sentirte mal tendrías que darte cuenta que estamos vivos gracias a ti.

Ella, lejos de rechazar ese apretón, la reconfortó grandemente.

Necesitaba un abrazo desde hacía tiempo, y más en esas circunstancias.

Sabía que su padre siempre iba a estar de su parte, pero no era lo mismo. Se sentía protegida al calor de ese tierno confort masculino.

Se dio cuenta que comenzaba a sentirse atraída por él y se sintió culpable.

¡Hacía tan poco que había muerto su marido! ¿Qué pensarían de ella?

De repente, trató de justificarse, era que se encontraba frágil y desvalida.

¿Qué mujer no buscaría la protección de un hombre en esas circunstancias?

¿O era algo más? Trató de no pensar en ello. Pero no lo apartó, al contrario, deseó que Leo no se alejara nunca más de ella.

.....

21

Al anochecer se prendían unas antorchas empapadas en la resina de un árbol determinado. Esto era más para protegerse de las fieras, ya que la actividad en la aldea era prácticamente nula, salvo los guardias que se turnaban y nunca se apartaban de la puerta. Fuera la hora que fuera los prisioneros salían de a uno para sus necesidades fisiológicas, y por supuesto sin pertenencias con ellos

Pero eso sí, trataban de evitar la noche. Siempre se podrían encontrar con una araña, víbora o quién sabe qué otro peligro.

Ya con la oscuridad cubriéndolo todo, Thiago le comentaba a la doctora:

–Esperemos que el chamán no siga insistiendo con la sogá de los espíritus.

–¿Qué?

–La droga que les daba. La llaman así. Supongo que es porque los amarra a la Tierra.

Nosotros la conocemos por yopo, ayahuasca o yagé, pero ni siquiera sé si es lo mismo.

–Sea cual sea mejor que no le dé nada. No me gustaría que matara a uno de mis pacientes.

–Pensándolo mejor no creo que se meta –opinó Thiago–. Por más celos que tenga, si un enfermo muere no querrá tener ninguna parte de culpa. Toda la responsabilidad recaería sobre la nueva bruja; o se usted.

–Gracias por lo de bruja –sonrió Alejandra–. ¿No corremos peligro de que el chamán les dé algo a los enfermos para empeorarlos o matarlos, con tal de no quedar mal en la tribu?

–No estamos en la civilización, doctora. Aquí se cree mucho en los espíritus castigadores. No creo que nadie se atreva a matar un miembro de su misma tribu sin un motivo más que valedero.

Por lo menos en eso se puede quedar tranquila.

–Gracias Thiago. Es una preocupación menos.

–Buenas noches –dijo el porteador, levantándose del piso para irse a dormir.

–Ella también se levantó pero para reunirse en una rueda que habían formado los demás, con excepción de los porteadores que se habían ido a acostar en las mantas tendidas en el suelo.

Jorge estaba hablando en ese momento...

–...y el portugués que encontró la ciudad amurallada la llamó zeta.

Supongo que fue porque pensó que era la última ciudad del mundo. En ese entonces no estaban muy seguros de la redondez de la Tierra. A la mayoría le parecía un disparate.

Alejandra tratando de no interrumpir se sentó calladamente, buscando hacerlo lo más cerca posible de Leonardo. Logró ubicarse a pocos metros y comprobó con desagrado de que Claudia se situaba a la derecha del historiador.

Pero por suerte este se encontraba concentrado en anotar, al igual que el periodista, los comentarios de su padre.

Solo la vio de lejos –continuó el antropólogo–, desde la altura de una gran montaña y nunca pudo llegar al valle en donde ésta se encontraba.

Murieron casi todos en la expedición y habían muchos heridos graves. Les resultó imposible bajar la montaña, eso hubiera supuesto la muerte de muchos más.

...Por lo tanto regresaron por donde habían subido que era un camino mucho más accesible, pero con la intención de regresar con gente nueva y más preparada.

Pero los sobrevivientes nunca más regresaron, por motivos políticos o económicos, qué más da.

–¿Y nunca más se intentó? –indagó Fermín.

–¡Por supuesto! Lo intentaron innumerables expediciones, pero buscando a ciegas. En ese entonces no había instrumentos tan precisos y para colmo el portugués que la encontró murió al poco tiempo.

De todas formas lo siguieron intentando por muchos años, pero cada vez menos. Algunos comenzaron a creer que era una gran mentira para justificar una expedición frustrada.

–Eso fue hasta que ustedes encontraron la carta de Francisco raposo –recordó Claudia.

–¡Exacto! Nos daba muchos datos como para ignorarlos. Si llegamos a encontrar algo vamos a ser más famosos que Howard Carter.

–¿Quién? –preguntó Amancio, algo despistado.

–El que descubrió la tumba de Tutankamón –se apresuró a contestar Claudia, ¿no es cierto, leo? –dijo sonriéndole.

–Alejandra sintió que un calor de furia le subía por la cara. ¡Le llamó Leo, como anteriormente había comenzado a hacer ella!

Y para colmo esa sonrisa que le dedicó. Claramente estaba coqueteando con él. ¿Es qué esa rubia siempre se iba a meter en su camino?

Recapacitó y se dio cuenta que nada podía hacer. Ella era una viuda reciente y no tenía ninguna relación especial con Leonardo...salvo aquél abrazo. Al recordarlo se le puso la piel de gallina.

Mientras tanto su padre seguía hablando y ella ni siquiera había escuchado. Trató de prestar atención, de olvidarse de sus sentimientos.

–Si logramos salir de aquí nos espera un largo viaje –decía Jorge–. Y tendremos que afrontar muchos peligros.

–Eso me suena –protestó Fermín– a salir de Guatemala para caer en Guatepeor.

–¿Prefiere que lo maten estos indios como un cordero? –le preguntó Máximo, levantando la vista de sus escritos para mirarlo.

–Lo único que quiero es salir de esto vivo y entero.

–Es lo que queremos todos –dijo Camilo–. Pero no por eso vamos a andar llorando por los rincones.

Después de todo nadie nos obligó a venir.

.....

Luego de seis días dos de los enfermos se encontraban mucho mejor, pero el tercero todavía no había salido del peligro. Eso preocupaba a Alejandra, ya que no sabía cómo reaccionaría el jefe de la tribu. Sin embargo este daba signos de respetarla mucho, y lo más extraño, también recibió una muestra del curandero. Al ver mejor a sus pacientes se acercó trayéndole un atado con diferentes yuyos, algunos conocidos para la doctora y otros no.

Eso ella lo atribuyó como un gran gesto, ya que era como regalarle su "magia".

A su vez ella le dio un frasco de aspirinas, diciéndole por gestos que se tomaban con agua y que eran para el dolor de cabeza.

El brujo asió el frasco y lo miró curioso. Alejandra supuso que era la primera vez que veía pastillas. Luego de unos segundos, asintió dando media vuelta y retirándose complacido. Llevaba una nueva "magia" en sus manos.

Su padre viéndola quedar pensativa en la puerta, se acercó a ella y le preguntó:

–¿Haciendo nuevas amistades?

–Siempre son más convenientes los amigos que los enemigos. ¿Qué significan esos discursos históricos que das de vez en cuando?

–Puramente motivacionales. No quiero que piensen que aquí se termina la aventura. Además, si salimos de esta, nos esperan muchos peligros y dificultades. Casi estoy arrepentido de haberte traído. Pero reconozco que si no fuera por vos ya estaríamos todos muertos.

–Y no soy la única que interactúa con ellos. Mira a Amancio allá afuera. En efecto, el cocinero se encontraba muy atareado enseñando a algunas indígenas a preparar un guisado con los elementos que tenían a mano. A pesar de que no le entendían casi nada de sus palabras, miraban atentamente las maniobras de éste y trataban de imitarlo.

–¿Extrañas a Marcelo? –soltó de pronto Jorge–. Pareces muy pensativa, casi diría angustiada.

–¡No es por él! –dijo demasiado bruscamente. Se dio cuenta de su exabrupto y suavizó la voz para continuar–. Es esta situación que me pone los nervios de punta. Todos tienen su vida en mis manos. Si se me mueren los pacientes...

–Te entiendo, y soy consciente de que no eran un matrimonio ideal ni mucho menos. Me sentí culpable muchas veces, sobre todo cuando los oía discutir, porque era el principal culpable de esa situación.

Pero de todas formas lamenté mucho la muerte de ese muchacho. Me ayudó mucho en varias investigaciones, y no merecía morir así. –Nadie merece morir de esa forma. No te olvides del pobre porteador. –No me podría olvidar, y más que lo contraté yo. Pero inevitablemente uno recuerda a los más cercanos y por eso pensé que...

–No es eso. Es la responsabilidad –mintió la muchacha. En realidad estaba pensando en Leonardo.

23

Después de diez días, ya los indígenas se habían acostumbrado a la presencia de los visitantes que cada vez se integraban más a la tribu. Eso

hacía las delicias de los antropólogos que con sus infallibles cuadernos de notas recorrían por todas partes en la inseparable compañía del fotógrafo, que no se cansaba de filmar y retratar todos los rincones. También el periodista y el historiador tomaban nota muy entusiasmados. Esto lo hacía posible la notoria mejoría de los enfermos que ya se sentaban a comer solos, con la lamentable excepción de la primera víctima de la enfermedad, que todavía no había salido del peligro y progresaba mucho más lentamente.

–De todas formas Alejandra se enteró de que la casi totalidad de los antiguos enfermos habían muerto irremediablemente.

Así pasaron de ser una maldición, a convertirse en una bendición de los dioses por haberlos traído.

La doctora quedó sorprendida cuando varios integrantes de la familia de los enfermos se presentaron a su puerta con frutas y verduras en canastas de mimbre, como ofrendas o regalos, no le quedó muy claro. De todas formas eso demostraba un cambio de actitud.

Además ya hacía un día entero que les habían sacado los guardias de la entrada.

Claramente habían pasado de la categoría de prisioneros a invitados. Y eso quería decir que pronto continuarían su viaje.

Mientras tanto el periodista y la antropóloga conversaban entusiasmados mientras recorrían la aldea:

–Solo con esto tenemos varias páginas de informes y documentales –le dijo máximo, muy entusiasmado a Claudia, su compañera de equipo.

–Pero si encontramos lo que buscamos pasaríamos a ser famosos y no simples documentalistas –le recordó ésta.

–No te creas que estoy pensando en renunciar –aclaró el periodista–. Era un simple comentario. Esta estadía obligada nos sirvió para descansar.

–¿Alguien está hablando de renunciar? –apareció Leonardo, que venía caminando tras de ellos y había oído parte de la conversación.

–Para nada, Leo –se apresuró a contestar Claudia–. Al contrario, estamos cada día más entusiasmados.

Por suerte todo nos está saliendo aceptablemente bien...salvo la muerte de dos de los nuestros.

–Nos salvamos gracias a Alejandra –recordó Leonardo– Si no fuera por ella...

La antropóloga trató de que su expresión de contrariedad no la delatara, y forzando una sonrisa mientras hacía un mohín con la mano dijo:

–Si ella no hubiera venido ya habríamos encontrado otra forma.

Escaparnos, por ejemplo.

–¿Con dos guardias en la puerta? –dudó el historiador– Lo veo difícil.

–No te olvides de que nos dejaron los cuchillos.

–¿Y quién se animaría a degollar a esos pobres hombres? –intercedió Máximo–. Yo no, por cierto.

–¡Nadie habló de degollarlos! –se enojó Claudia por la intervención del periodista, que lejos de favorecerla la hundía–. Yo solo me refería a amenazarlos y dejarlos atados y amordazados.

–Me parece que nuestra amiga ha visto muchas películas –bromeó Leonardo–. No creo que ninguno de nosotros pueda dominar a esos gigantes acostumbrados a luchar con fieras y miembros de otras tribus. Donde solo uno de ellos pudiera lanzar un grito, adiós fuga. Y además eso precipitaría nuestro final.

Pero dejemos esto, que es pura teoría. Por suerte las cosas se dieron de otra manera. Y todo por el acierto o la suerte de tener una doctora en el grupo.

Si un fotógrafo hubiera sacado una foto a la cara de la antropóloga le hubiera puesto por título “Furia mal contenida.”

.....

24

A los doce días ya el último enfermo estaba en franca recuperación. Era hora de partir.

El jefe de la tribu les propuso, sin muchas esperanzas, que postergaran su partida unos días más, cosa que no fue aceptada por ninguno de los expedicionarios.

Pasaron la última noche reunidos con los indígenas alrededor de una fogata.

El jefe, ayudado por algunos ancianos, relató parte de la historia de la tribu.

Traducido malamente por Marquiño pudieron entender que venían del sur, según las señas del jefe, corridos por indios hostiles, y por supuesto más numerosos que ellos.

De todas formas no lo lamentaron mucho, puesto que esa tierra ya estaba casi agotada por la falta de planificación.

Ya hacía mucho tiempo que se encontraban en ese lugar, pero no supieron explicar cuánto.

Vivían de la casa y la pesca, y también un poco de la agricultura.

Muy raramente sufrían ataques de otras tribus, y más infrecuente aún, del hombre blanco.

A este era al que más le temían, por poseer armas muy poderosas, como truenos, que dejaban en desventaja cualquier defensa. Y no solo mataban, sino que se llevaban mujeres y niños.

Pero también reconoció que estos ataques se volvieron cada vez más espaciados, hasta casi desaparecer.

En cuanto a lo que ellos buscaban, según las antiguas leyendas, se encontraba mucho más al norte, en tierras desconocidas por todos. Les aconsejaron que no se acercaran a esos lugares, ya que los malos espíritus rondaban por allí, y no les gustaban los extranjeros. Que ya varios lo habían intentado y nunca habían regresado.

Marquiño tradujo esto a los porteadores y estos se miraron entre si pero quedaron en silencio. Sabían que si abandonaban ahora no cobrarían ni un peso, según el acuerdo que se había hecho con ellos. Y llegar a su hogar sin nada después de tantos sufrimientos no les hacía ninguna gracia. Al amanecer tomaron sus cosas incluidos los rifles que les devolvieron y reemprendieron camino, no sin cierta añoranza por aquellos indios que al final resultaron tan amigables.

La selva y sus peligros los esperaban nuevamente.

.....

25

Se encaminaron hacia el norte, internándose cada vez más en la selva profunda. Eran conscientes de los múltiples peligros que seguramente enfrentarían.

Cada vez eran más frecuentes los rugidos, gritos de monos y trinar de pájaros.

Tres hombres iban con las armas empuñadas y los otros tres abriendo camino con sus machetes.

Cada tanto se alternaban para no cansarse demasiado. Por supuesto quedaban excluidos de este trabajo los porteadores, que demasiado tenían con la carga que llevaban, y las mujeres, también excedidas de equipaje por la muerte de los dos compañeros. Además el peso extra de todos los alimentos, sobre todo frutas, verduras, yuca y maíz cultivados por los indios.

De improviso sintieron un rugido muy cerca y un enorme jaguar saltó sobre el último hombre del grupo, Cristiano, que había quedado algo más atrás.

Este cayó, empujado por el enorme peso del animal, que se aprestaba a cerrar las mandíbulas sobre su cuello. Pero Camilo fue más rápido y tratando de no herir al porteador, apuntó sin dudarlo a la cabeza del animal y apretó el gatillo.

La bestia quedó inerte después de unos movimientos espasmódicos y permaneció tendida encima del atacado y en medio de un charco de sangre que siguió manando de la cabeza del animal hasta que su corazón se detuvo.

Entre todos sacaron al jaguar de encima de Cristiano que, muy pálido y con los ojos muy abiertos, sangraba por los arañazos del felino. La doctora se acercó de inmediato y arrodillándose a su lado lo examinó. Movié sus miembros y tanteó su tórax. Luego se dio vuelta y le dijo a Thiago:

–Dígale que se tranquilice. La mayoría de la sangre es del animal. Creo que no tiene fracturas, solo unos rasguños que voy a curar y desinfectar. Nada de gravedad.

Thiago, más aliviado, le comunicó esto a su compañero que comenzó a tranquilizarse lentamente.

Después de unos minutos, y luego de curado, comenzó a pararse lentamente, mirando su cuerpo empapado en sangre, pero más calmado al saber que no era la suya.

–Pode andar? –le preguntó Thiago.

–Acho que sim –respondió Cristiano dando algunos pasos.

–Dice que sí –tradujo Thiago–. Solo fue un susto. Por los arañones parece que se hubiera peleado con la esposa –agregó sonriendo para calmar la tensión.

Amancio sacó su cuchillo para carnearlo, pero Claudia se lo impidió con un gesto.

–Mejor no –le dijo–. Antes que comer un gato grande prefiero pescado, un tapir o hasta algún ave.

Es todo carne –protestó el cocinero–. Yo he comido víbora y lagartos.

Puede ser más dulce o más dura, pero es alimento.

Aunque está bien, si los demás están de acuerdo...

Nadie dijo nada y Amancio guardó el afilado cuchillo encogiéndose de hombros en un gesto de resignación.

–Mi jefe nunca me dijo que esto sería tan peligroso –protestó Fermín, claramente asustado.

–Si quiere volver es libre de hacerlo –chanceó Jorge.

Fermín miró a su alrededor, y viéndose rodeado de selva dijo:

–Mejor no –y siguió caminando.

.....

26

Mientras seguían avanzando Thiago le comentó a Cristiano, contestando a una pregunta de este último, que el autor del disparo que lo salvó lo efectuó Camilo.

El porteador se adelantó hasta alcanzar al fotógrafo y le agradeció:

–Muito obrigado. Ele salvou minha vida.

Camilo desestimó con un gesto e hizo un comentario jocoso para sacarle trascendencia:

–En realidad en ese momento dudé entre apuntar con la cámara o el rifle. ¡Qué foto me perdí!

Todos rieron, menos los dos porteadores que no llegaron a entender la chanza.

Continuaron su peligrosa ruta por unas dos horas más.

De repente Leonardo le gritó a Claudia, que se estaba por agarrar de una rama para no perder el equilibrio:

–¡Ojo, no pongas la mano ahí! –Ella miró hacia el lugar sorprendida por la exclamación y vio una enorme araña posada en la rama. ¡Y casi la había tocado! Su picadura podía ser mortal, y temblando se agarró de la mano de Leonardo y la mantuvo apretada por varios minutos.

–¡Me salvaste la vida! –dijo agradecida–. ¿Cómo puedo pagarte este favor?

A Alejandra no le gustó nada que estuvieran tomados de la mano y ella ofreciéndose descaradamente para “cualquier favor”

Por eso decidió tomar la iniciativa de una vez. Esperó a que siguieran caminando y alcanzándolo le comentó muy bajo:

–Parece que tu profesión es salvar damas en apuros. Primero me salvaste de la anaconda y después a ella de la araña. Con la diferencia que yo no me ofrecí “toda” por salvarme.

–Tampoco es tan así –aclaró él– No lo dijo en el sentido que estás pensando...creo.

–Yo en cambio pienso que te quiere para ella. Y que está compitiendo conmigo.

Él la miró. Eso era casi como una declaración de amor que no esperaba. Lo único que se le ocurrió contestar fue:

–¿Es qué no querías a tu marido? ¡Hace tan poco que murió! Ella quedó colorada. Se dio cuenta de que había sido demasiado impulsiva, motivada por los celos.

–En realidad...no como hombre –se sinceró, y agregó muy despacio acercándose más a él–. El casamiento fue inducido por la insistencia de mi padre. Pero desde un principio no nos llevamos bien.

Nunca fue un matrimonio en serio.

Leonardo la miró, preguntándose si sería franca, y lo que vio en sus ojos fue sinceridad y sentimiento. Dándose cuenta de que no era momento siguió cortando ramas con su machete, pero quedó pensando en las palabras de la muchacha.

Claudia era más bonita de cara, pero mucho más vacía en contenido. Parecía egocéntrica al extremo. Por lo menos esa era la impresión que le daba al historiador. Y si de algo estaba seguro, era que aquella era superficial.

En cambio Alejandra...

Descartó esos pensamientos.

Lo que menos esperaba cuando aceptó integrar la expedición era solucionar su vida amorosa en plena selva.

Se limpió la transpiración de la frente que caía sobre sus lentes y siguió cortando ramas con más énfasis, pero en su mente estaba la doctora.

.....

27

–Pasaron dos días sin demasiadas novedades, salvo algún animal que se cruzó en su camino, como un ciervo; con tal mala suerte que terminó en la olla de Amancio, acompañado con mandioca y maíz.

Por supuesto que cada tanto esquivaron alguna víbora y araña, y sentían a veces más cerca, los rugidos de bestias depredadoras que no se atrevían a acercarse. Además los mosquitos, los molestos mosquitos que zumbaban noche y día a su alrededor.

Al oscurecer acampaban y prendían fogatas para ahuyentar insectos y fieras. Además Amancio aprovechaba el fuego para cocinar.

Era el momento para dialogar y discutir, además de planificar los días siguientes.

Sin embargo Leonardo no buscó ningún momento a solas con Alejandra. Parecía haber olvidado la conversación tan íntima que habían entablado hacía ya un par de días.

Alejandra tampoco hizo nada por seguir la conversación. ¿Qué pensaba Leo de ella? ¿Qué era una cualquiera, qué no podía estar sin un hombre? Por sus palabras no le creyó lo que le había confesado.

Además no tenían muchas oportunidades de estar a solas. De repente si lo hubieran intentado...

Pero ninguno de ellos dio el primer paso.

Apenas los primeros rayos de Sol se colaron por entre los árboles emprendieron camino.

Luego de varias horas, con sus pies, espaldas y miembros doloridos; avistaron un espacio despejado con dos primitivas viviendas de barro y paja.

Al sentirlos, salieron de sus chozas dos indígenas ancianos, con arco y flechas en sus manos, pero más asustados que agresivos y gritando algo en un idioma extraño.

Por suerte era en lengua "ye" típica del interior del Amazonas y que Thiago entendía a la perfección.

–Dice qué quiénes somos y qué queremos –tradujo.

–Dígales que estamos de paso y somos pacíficos –ordenó Jorge. El porteador tradujo estas palabras, lo que pareció tranquilizar un poco a los indios, que dijeron algunas otras cosas.

–Me comenta –dijo Thiago– que son solo dos hombres y tres mujeres, todos de muchas lunas. Había otro pero ya murió. Creo que se están cubriendo por miedo a que seamos traficantes de esclavos. También agrega que eran una gran tribu, pero que fueron casi todos muertos y ellos lograron escapar.

–Pregúnteles si conocen una cascada con unas cuevas muy cerca. El porteador preguntó y uno de ellos señaló hacia el noroeste. Eso significaba un pequeño desvío de la ruta previamente trazada. Pero estaban casi seguros que el pobre anciano no mentía, ya que no querría exponerse a la ira de los extranjeros.

Por lo tanto siguieron por la dirección indicada varias horas más, hasta que sintieron algo así como un trueno en la lejanía. Al ver que el sonido continuaba permanentemente se dieron cuenta de que no era lo que pensaban.

El primero que lo mencionó fue Camilo:

–¡Es una catarata! –dijo entusiasmado–. Espero que sea la que buscamos.

–Apuraron el paso con entusiasmo. El ruido era cada vez más fuerte.

Hasta que al fin la divisaron a poca distancia de ellos. Era enorme.

Por lo menos se elevaba unos cien metros, si no más.

La rodearon, ¡admirándola, mientras Camilo sacaba fotos en todos sus ángulos, rascándose la barba, entusiasmado.

Al llegar al otro lado vieron lo que tanto esperaban, un grupo de cuevas en línea, algunas tapadas con grandes rocas, pulidas con paciencia.

Entraron en la primera de ellas donde después de introducirse unos metros reinaba una completa oscuridad.

Prendieron las linternas que traían en las mochilas y enseguida notaron las inscripciones en las paredes.

Jorge y Claudia se miraron entre ellos negando con la cabeza. Jamás habían visto esos símbolos.

No eran cuneiformes ni ideográficos. Tampoco letras, si eso eran, no se parecían a nada conocido. Además no estaban pintados. Parecían grabados profundamente en la roca con laser, cosa completamente imposible, pero eso parecía por la prolijidad de los trazos.

Camilo sacaba fotos empleando el flash, mientras los otros trataban de copiar los trazos en sus libretas. Todos estaban asombrados. Habían esperado toscos dibujos confeccionados con piedras punteadas o sustancias vegetales.

Pero esto era distinto... Si de algo estaban seguros era que los autores de semejante obra no eran tan primitivos como pensaban.

Pero en esa época, según las crónicas aquello tenía muchos años, ni siquiera los europeos tenían la técnica para hacer algo así. Además esos símbolos, de eso estaban seguros, no pertenecían a ningún país conocido. Los únicos que no parecían sorprendidos, por no conocer las consecuencias de este descubrimiento, eran los porteadores. Se habían sentado en el suelo, esperando.

.....
28

Entraron en otras cuevas que resultaron muy similares a la primera, aunque la disposición de los símbolos era distinto.

–Esto parece una gran biblioteca sin libros –opinó Máximo–. Con los textos escritos en las paredes.

–Posiblemente sea la historia o los conocimientos de esa ciudad –dijo Jorge–. ¡Sí pudiéramos descifrarlos!

–Solamente que encontremos la piedra Rosetta –comentó Claudia.

–¿La qué? –dijo Camilo.

–La piedra Rosetta –explicó Jorge– es una antigua piedra egipcia con un decreto publicado por Menfis en el 196 A.C en nombre del faraón Ptolomeo. En ella aparece un texto en tres idiomas distintos, jeroglíficos egipcios, escritura demótica y griego antiguo.

Esta piedra facilitó la clave para entender los jeroglíficos egipcios y...

–Alcanza con eso papá –dijo Alejandra, algo contrariada–. No estás en la universidad.

–Es que me dejo llevar por las palabras –se disculpó el antropólogo poniéndose colorado.

–Tengo curiosidad por las cuevas tapadas –dijo Claudia–. De repente ocultan secretos más reveladores. En ésta por ahora, no vamos a sacar nada. Pero por algo taparon las otras.

No trajimos explosivos –recordó Máximo–. No se nos ocurrió que podríamos necesitarlos.

Vamos a ver si podemos empujarlas entre todos –propuso Jorge–. No se me ocurre otra forma.

Sin embargo, por más que lo intentaron, incluidos los porteadores y las mujeres, no lograron mover ni un milímetro aquellas grandes piedras de más de mil kilos cada una.

–Están afirmadas en la tierra desde hace siglos –reconoció Claudia–. Es como querer mover las pirámides de Egipto.

–¿Qué hacemos? –preguntó Leonardo–. A mí no se me ocurre más nada.

–A mi sí –habló Alejandra luego de algunos momentos de meditación–.

Cuando no podemos entrar al tórax de un paciente por estar las costillas de por medio, existe la posibilidad de entrar por debajo para no cortarlas.

–¡Buena idea! –exclamó su padre. Tenemos palas, y podemos excavar por debajo de la roca.

Llamó a los porteadores y les pidió las herramientas. Todos colaboraron, pero la tierra y el pasto hacían más duro el terreno. Sin embargo, y poniendo toda la voluntad, fueron aumentando el hueco bajo la piedra.

¡Mis manos! –se quejó Fermín–. Entre el machete y la pala mis extremidades parecen las de un albañil jubilado.

–Las mujeres no se quejan y usted sí –le reprochó Máximo–. Por lo menos tenga un poco de orgullo de hombre.

–Es que después de esto no voy a poder ni escribir a máquina.

A pesar de la protesta siguieron cavando con ímpetu. La curiosidad era más grande que la fatiga.

Después de tres horas de incesante trabajo pudieron abrir un boquete con la suficiente amplitud como para entrar un hombre no muy voluminoso.

Por supuesto Amancio quedaba descartado.

Fermín dio un paso atrás como para no ser elegido.

Sin embargo Jorge pidió de inmediato para entrar él primero. Se agachó, respiró hondo y se adentró en las profundidades de la cueva.

.....
29

Todo estaba muy oscuro y el olor a encierro y humedad era casi inaguantable. Además el aire viciado de la cueva hacía que el antropólogo abriera la boca y respirara hondo. Por suerte por el pequeño agujero que habían hecho entraba aire fresco, pero cuanto más adentro, más costaba respirar.

Al principio, con la luz de la pequeña linterna, Jorge no distinguía muchos detalles.

Cuando entró pensó, es decir estaba casi seguro, de que se trataba de una tumba y esperaba encontrar huesos por todos lados.

Por eso se sorprendió cuando su linterna arrancó destellos dorados de unos raros objetos que se encontraban en el piso.

Primero pensó en vasijas funerarias, método que usaban los egipcios para guardar las vísceras de sus muertos. Pero en seguida se dio cuenta que no se trataba de eso, ya que no eran recipientes sino discos dorados de unos cincuenta centímetros de diámetro y tres de grosor.

Intentó levantar uno, pensando que si eran de oro serían extremadamente pesados, pero su sorpresa fue grande cuando notó que no pasaban de unos doscientos gramos. Inmediatamente se dio cuenta que ese material no era oro. ¿Pero qué era? Según un antiguo manuscrito del siglo XVIII esas cuevas ya estaban tapadas en esa época. ¿Qué clase de tecnología podía tener un pueblo de hace trescientos años o más, perdido en medio de la selva?

Muy intrigado miró los discos acercando la linterna. Estos presentaban símbolos parecidos a los que encontraron en las paredes de las otras cuevas. Pero en esas paredes no había nada. Estaban completamente vacías.

Caminó un poco más recogiendo unos diez discos, notando que había cientos de ellos desperdigados sin orden alguno y con raros grabados en su superficie.

Y para aumentar su sorpresa se encontró con varios pasajes que conducían a las demás cuevas cerradas.

En casi todas encontró el mismo panorama, salvo en una en que se topó con una especie de varas o bastones de más o menos un metro de largo y del grosor de un bastón común pero del mismo material anterior. En el

extremo de cada uno de ellos se había grabado con exquisito detalle una extraña cabeza alargada, con tres ojos y cuernos.

Absorto con este descubrimiento, apenas sintió la voz de sus compañeros que lo llamaban para ver si estaba bien.

–¡Ya voy enseguida! –gritó. Por nada del mundo quería salir sin llegar a la última de las cuevas aunque se sentía ahogado y mareado por la falta de oxígeno.

Finalmente, con su cargamento de diez discos y cuatro bastones, retrocedió y salió del lugar.

Todos observaron los objetos con extrema curiosidad. A pesar que había comenzado a llover nadie se había movido del lugar.

–Parece oro pero no es –aclaró el antropólogo ante la mirada codiciosa de algunos.

Es un metal muy raro y liviano y creo que no está pintado. Pero reconozco que no sé qué es.

Claudia lo examinó todo muy detenidamente y confesó:

–Yo tampoco tengo idea. No es mi especialidad. De repente el finado Marcelo nos hubiera dado una pista –miró a los ojos de Alejandra–. No nos olvidemos que era el único arqueólogo de la expedición.

–Pero ya no está –recordó Leonardo–. Así que tenemos que solucionar las cosas sin él.

–Conozco el Documento 512 –informó Claudia–, de 1754, y sé que gran parte fue comido por las termitas y por eso no tenemos muchos datos. Según leí para informarme un poco más, estos objetos tienen cerca de trescientos años, como mínimo, si no más, y esta tecnología en esa época es imposible.

–No es imposible –corrigió Máximo–, puesto que los tenemos en las manos. ¿Pero qué son?

–No estoy muy seguro –dijo Jorge–, pero los discos parecen una especie de libros y los bastones se usaban mucho en el pasado, y todavía se usan en algunas culturas, como símbolo de mando.

–También los usan los curanderos y brujos en algunas tribus –aportó Thiago–. Según dicen les aumenta los poderes. Yo no tengo casi estudios, pero he vivido la experiencia en directo.

–Es cierto –confirmó Claudia–, pero en todo caso siempre representan superioridad sobre los demás.

–O el temor –aportó el arqueólogo–. Por eso casi siempre ponen monstruos horribles en la empuñadura de sus bastones. Y realizan trucos para impresionar a sus coterráneos.

–¿Pero quiénes eran? –preguntó la antropóloga. La respuesta quedó en suspenso. Pero si todo salía bien no tardarían en averiguarlo.

.....

30

Siguieron su camino, ahora más seguros de que estaban en la buena senda. Pero también sabían que les esperaban unos ochenta kilómetros de duro camino.

Después de una hora la lluvia había parado, como siempre pasaba en

aquella época. Y además el olor a vegetación y naturaleza emitido por plantas y animales era más fuerte.

Pero el ánimo de los expedicionarios había aumentado. Solamente con lo que tenían ya podían decir que el peligroso viaje había valido la pena. Y sabían que había mucho más. Por eso su paso era más vivo, a pesar de las dificultades.

Alejandra supuso que los profundos arañones que había sufrido Cristiano arderían intensamente, sobre todo por la transpiración. Pero el fuerte moreno no se había quejado en ningún momento.

Se imaginó a Fermín con las mismas lesiones y sonrió. ¡Lo tendrían que llevar en camilla!

Después de unas siete horas de camino ya los rayos del Sol que lograban traspasar la hojarasca se comenzaron a tornar rojizos y débiles. Estaba comenzando a anochecer.

Faltaba poco, pero entrar en una ciudad extraña de noche, por más que sospecharan que estaba abandonada, no convencía a nadie. ¿Y si algunos indios habían aprovechado las murallas, en caso de que no se hubieran derrumbado, para protegerse en ella? Unos extraños apareciendo en plena noche no parecerían muy amistosos. Les lloverían las flechas lanzas o dardos desde todos lados.

Por eso, a pesar de la impaciencia, decidieron acampar. Además, por más que todos los datos que tenían lo dijeran, no estaban tan seguros de encontrarla. Los años deterioran las cosas más rápidamente en la selva. Y todavía quedaba la posibilidad de que se hubieran desviado del camino, o peor aún que los datos fueran falsos.

Con estos pensamientos en la cabeza, la doctora, sentada muy cerca del fuego donde Amancio preparaba la comida, no oyó llegar a Leonardo, que se sentó a su lado.

–¿Preocupada o impaciente? –rompió el fuego él para entablar conversación.

–Pensativa. Pero también un poco de cada cosa.

–¿Qué opinas de lo que encontramos?

–Esa pregunta se la tendrías que hacer a Claudia, que es la antropóloga –dijo con rencor–Yo soy una simple doctora.

–Pero quería saber tu opinión.

–¡Dejémonos de rodeos! No creo que te arrimaras a mí para saber mi opinión técnica.

–Me atrapaste –confesó él–. Solo quería disculparme por mi actitud del otro día. Lo pensé bien y me di cuenta que te había lastimado. –Tampoco quedé destrozada. Simplemente me ofendiste al tratarme como lo hiciste.

–Justamente por eso quería hablar contigo. No me juzgues mal. Fue lo primero que me salió. ¡Hacía tan poco que había muerto tu marido!

–Parece que me estuvieras reprochando de nuevo.

–Esta vez estás equivocada. Solamente me estoy justificando. Además creo que eres mejor persona que Claudia.

Esta última frase hizo bajar las defensas de Alejandra, que preguntó lo más dulcemente que pudo:

–¿En serio, o lo dices para adularme?

–Totalmente en serio. No acostumbro mentir. Me atraes desde el principio, pero nunca me metí con mujeres casadas.
–Ahora soy viuda...
–Pero muy reciente. ¿Qué pensarías tu padre si se enterara de que tenemos algo, a pocos días de la muerte de tu marido?
–No creo que se asombrara mucho. Sabía que mi matrimonio no funcionaba. Ya te dije que esa unión fue prácticamente inventada por él.
–Pero de todas formas todos te mirarían mal.
–No había pensado en eso –confesó ella–. Solo consideraba tu opinión. –Y yo cuidaba tu reputación. No me gustaría nada que te consideraran una cualquiera.
Ella sintió que su ternura por él le subía hasta la garganta y sintió intensas ganas de abrazarlo.

31

Cuando los débiles rayos del Sol lograron atravesar la enmarañada vegetación emprendieron camino nuevamente.
Después de poco más de una hora de esfuerzo divisaron unos enormes muros, que para su asombro, se encontraban intactos.
Por supuesto la vegetación rodeaba toda la edificación tratando de tapar las enormes paredes, cosa que no lograba.
Lo que más llamaba la atención de los expedicionarios era que los muros brillaban, pero no con reflejos dorados sino plateados, como si fueran metálicos.
La curiosidad de los visitantes se incrementaba a medida que se acercaban.
–¿No será una base secreta de los militares? –sugirió Alejandra. –No te olvides –dijo su padre– que esto aparece en las crónicas de hace trescientos años.
Solamente, y ahora se me ocurre, que los soldados quisieran aprovechar la fama de este lugar y el temor de los indios, para construir alguna base donde nadie los encontrara.
Es la explicación más coherente que encuentro. Porque pensar que españoles, portugueses o alguna otra nación construyera muros de metal hace trescientos años en este lugar tan aislado, me parece inconcebible.
De todas formas no sirve de nada especular cuando estamos a quince minutos de descubrir la verdad.
A medida que se iban acercando su teoría cobraba menos fuerza.
El terreno por el que venían era más elevado por lo que se veían los techos de unos enormes templos artísticamente contruidos. Y todos sabían que en ninguna parte del mundo los militares se preocupaban por decorar artísticamente ninguna construcción.
Al llegar notaron que los muros eran aún más altos de lo que parecía de lejos. Estaba claro que sus constructores no querían ningún contacto con los intrusos.
Confirmaron que eran de metal, aumentando su asombro.
Rodearon la construcción buscando una puerta. Cuando ya se estaban por dar por vencidos la encontraron. Apenas se distinguía del muro, pues encajaba perfectamente. Medía unos tres metros de alto y dos de ancho.

No tenía ningún picaporte, solo una especie de hendidura que apenas se notaba por lo que empujaron con fuerza para tratar de abrir, pero sin resultado. Entonces trataron de tirar de ella, pero tampoco cedió. –De repente la vegetación creció del lado de adentro y la traba –sugirió Camilo-. Después de tanto tiempo es lo más probable.

Leonardo intentó empujar desde el lado izquierdo, pero tampoco obtuvo resultado. De improviso se acordó de los ascensores y trató de correr la puerta, primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha. ¡Entonces cedió fácilmente metiéndose en la pared!

–¡Esto es una instalación moderna! –exclamó Claudia-. Nadie me puede convencer que semejante tecnología tiene trescientos años. Entraron con grandes precauciones, pero dentro todo era silencio. Parecía una ciudad romana en perfecto estado. Por lo menos esa fue la primera impresión de los visitantes, por las grandes columnas trabajadas artísticamente que adornaban los edificios principales.

En la gran plaza, confirmando los documentos antiguos, se encontraban tres largas columnas.

–Los exploradores antiguos los nombraron como obeliscos porque no conocían otra cosa –opinó Jorge-. Pero a mí, desde el punto de vista moderno, me parecen antenas de comunicación. Observen que son metálicas.

–Y allí está la figura de piedra negra –señaló Claudia hacia la derecha. Todos fueron hacia el lugar. Medía tres metros de alto y tenía dos pares de brazos.

Pero lo que más atención les llamó fue que el rostro era idéntico al que aparecía en los bastones que encontraron. Allí aparecían los tres ojos y los cuernos y, detalle que no se habían percatado en los bastones, ¡no tenía boca!

El extraño personaje señalaba con una de sus manos hacia el norte, y tal como decían las crónicas, unos símbolos parecidos a los de los discos se mostraban en su base.

–Es típico de las culturas primitivas –comentó la arqueóloga– representar a los dioses fieros y distintos a los seres humanos, para impresionar a sus adoradores.

–Pero esto no lo construyó una cultura primitiva –objetó Jorge.

–¿No notaron algo raro? –dijo Camilo, mientras sacaba fotos de todo.

–¿Lo qué? –se interesó el arqueólogo.

–Que aquí dentro no crece la vegetación. Como ven los patios son de tierra, y es lógico que el viento haga volar semillas por sobre los muros, Y más en este clima tan prolífico.

–Tiene razón –reconoció Jorge-. Es muy extraño, como todo aquí. Pero con el entusiasmo no me había percatado. Y hablando de cosas raras; ¿se dieron cuenta que ninguna de las habitaciones tiene puerta ni techo? Parece que no les gustaba la privacidad. Estoy impaciente por ver el interior de templos y casas.

Hacia allí se encaminaron. Primero visitaron el edificio más grande, que era el que podría tener cosas más interesantes.

Al entrar se encontraron con un amplio recinto. Pero si esperaban encontrar algún altar o imágenes de dioses se equivocaron. Todo estaba vacío. Las ventanas estratégicamente situadas a unos cincuenta metros para que entrara luz no tenían vidrios. Parecía una casa abandonada. Además todos los arabescos y coqueterías del exterior estaban ausentes en ese interior sobrio.

–Parece que nos equivocamos –opinó la arqueóloga–. Esto más bien parece un castillo abandonado, que un templo.

–Lamento contradecirla –dijo Jorge–. Pero es un único y gran recinto. ¿Dónde están los dormitorios y la cocina?

Más bien me parece un lugar empleado exclusivamente para ritos ceremoniales.

–¿Y dónde se encuentran el altar y los ídolos? –insistió ella, algo terca.

–Se los habrán llevado –conjeturó Jorge–. Si es que los usaban. No sabemos nada de su cultura y esto puede ser cualquier cosa.

–¿Notaron las paredes? –dijo Camilo, mientras accionaba su cámara–. ¿De qué material están hechos?

Los tocaron y parecía metal. ¡Pero estaban calientes del lado que todavía no daba el Sol!

–No conozco ningún material parecido –aportó Leonardo–. No eran de la edad del bronce ni del hierro.

Más bien parece alta tecnología. ¡Metal caliente! Nunca sentí nada igual.

–Con radioactividad se puede conseguir –recordó la doctora–. Pero sería contraproducente para el ser humano.

Estas palabras pusieron nerviosos a todos, que comenzaron a entender por qué los indígenas consideraban maldecido el lugar.

Fermín, que estaba recostado a la pared, se apartó muy rápido. –Y no tenemos nada para medir la radioactividad. –dijo Claudia– ¿Para qué maldita cosa la íbamos a necesitar en plena selva?

–Vamos a salir lo más rápidamente que podamos de aquí –recomendó la doctora–. Puede ser o no, pero mejor no arriesgarse. Y de todas formas no hay mucho que ver.

Miraron dentro de los otros templos con precaución, pero todo era una imitación del primero.

Después se repartieron para recorrer el lugar. Todos colaboraron yendo de a uno, ya que había más de cien, todas iguales, redondeadas y de un material que parecía cemento armado.

Comenzaron a recorrerlas lentamente y de repente sintieron un grito de mujer. Todos corrieron hacia el lugar y vieron a unos pocos metros que Claudia estaba en la puerta de una de las habitaciones, señalando asustada hacia dentro.

–¿Qué pasa? –preguntó Máximo, que fue el primero que llegó al lugar.

–Mira...dentro –dijo nerviosa. Estoy acostumbrada a examinar huesos pero esto me impresionó.

Máximo se asomó con cuidado y vio varios esqueletos amontonados en un rincón. Parecía que habían muerto abrazados. Los demás llegaron enseguida y comprobaron su descubrimiento.

La doctora entró y los examinó detenidamente. Al rato salió con cara de preocupación.

–Era una familia de indios –dijo–. Una pareja con dos niños. Y tienen muchos años de fallecidos. Hay arco y flechas, o lo que queda de ellas en el interior.

Recorrieron otras residencias y en varias de estas encontraron huesos que también inspeccionaron Claudia y Jorge. Este último comentó: –Llevan muchos años siendo cadáveres. Aquí no tengo forma de comprobarlo pero apostaría mi título. Además no pueden entrar animales que puedan comer la carne y estos huesos están desgastados por el tiempo y no roídos por alimañas.

Cuando el arqueólogo salió notó que su hija estaba muy seria, por eso él que tanto la conocía, le preguntó:

–¿Te pasa algo?

Ella se arrimó y le dijo muy despacio:

–No quise alarmar a nadie. ¿No notaste la cantidad de pelo desperdigada alrededor de los cadáveres?

–Sí pero no entiendo...

–Después de lo que vimos apostaría a que murieron por efecto de la radiación.

–¿Eso quiere decir que nosotros...? –su padre no se animó a terminar la frase.

32

–Salgamos de aquí –apuró Jorge–. No hay nada más que muertos y un lugar vacío.

Todos abandonaron la ciudad solitaria saliendo de sus altos muros. Y las calaveras que encontramos no fueron los constructores de esto – opinó Claudia, mientras atravesaba la puerta–. Por unos jirones de cuero que resistieron el paso del tiempo, y además los restos de arcos y flechas. Esos pobres desgraciados eran de alguna tribu que aprovechó este lugar abandonado, que para ellos sería un paraíso. Y terminaron muriendo en él. –Pero por lo prolijo del lugar parece que vivieron poco tiempo –observó Camilo.

–Supongo que las sobras de comida y excremento las habrán comido los pájaros –dijo Máximo.

–Hablando de eso, ¿no se dieron cuenta de algo raro en las viviendas? consultó Leonardo.

–¿Lo qué? –se interesó Jorge.

–No tenemos animales en los alrededores. Ni siquiera mosquitos. –¡Es cierto! – se asombró Jorge–. Sabía que faltaba algo, pero no sabía de qué se trataba.

Tiene razón. Aquí hay algo definitivamente raro. No sé cómo se me pasó por alto.

–¿Y por qué ninguna otra tribu ocupó un lugar tan cómodo para ellos? – indagó Fermín.

–Lo consideran un sitio maldecido por los espíritus –explicó Claudia–.

Póngase en el lugar de los primitivos. Siempre vieron ranchos de barro y paja y se encuentran con esa mole, la estatua que parece el diablo y la

cantidad de muertos dentro de las casas. ¿Usted no tendría miedo?

–Además otro detalle –agregó Jorge–. No creo que a muchos aborígenes les dé la cabeza para descubrir el mecanismo que abre la puerta. Si a nosotros nos costó, imagínense a ellos. Supongo que los que entraron lo encontrarían de casualidad, y después de horas o días de esfuerzo.

–Parece que alguna epidemia o peste los mató –comentó Claudia–. Es como si hubieran muerto casi todos a la vez. Por supuesto después de tanto tiempo, y sin los recursos de un laboratorio no podemos saber si fue enfermedad o violencia. Pudo también tratarse de un ataque.

Me hubiera gustado llevar algún hueso para analizar.

Padre e hija se miraron y la doctora bajó la voz y dijo:

–No se lo recomiendo. No se olvide que hablamos de radioactividad. Ahora la antropóloga torció el gesto en un rictus de preocupación y comenzó a darse cuenta.

33

Continuaron hacia el norte tal y como habían previsto.

En una ocasión varios monos intentaron atacarlos para defender su territorio, pero un solo disparo al aire que efectuó Máximo, los puso en fuga.

A los dos días algunos hombres presentaron síntomas de diarrea. Amancio se defendió diciendo que la comida era toda fresca y con ingredientes conocidos.

Pero la doctora tenía sus sospechas, y más cuando Fermín comenzó a sangrar por la nariz y comenzó a perder el pelo.

–Fue el que más contacto tuvo con la pared –recordó Alejandra a su padre–. Estuvo apoyado en ella largo rato.

Creo que es el que está más contaminado. Pero los demás también tienen algunos síntomas. Incluso yo misma siento ganas de vomitar. ¿Tú cómo te sientes?

En realidad no muy bien, incluso tenía algo de sangre en la boca y un ligero malestar, pero lo atribuí a la edad y el cansancio. Hemos hecho mucho sacrificio para llegar hasta aquí y no quería preocuparte. Además ya pasaron dos días. Pensé que no estaríamos afectados.

Se llama período de latencia. Incluso me sorprendí que las consecuencias llegaran tan rápido. Normalmente demoran unos dos meses en presentarse los síntomas. Pero no sabemos qué clase y qué intensidad de radiación recibimos. Solo espero que no sea mortal.

–Estuvimos muy poco tiempo –recordó Jorge–. Supongo que este malestar pasará.

–Ojalá sea así. Pero el que más me preocupa es Fermín. Comenzó a perder el cabello. Esperemos que no sufra alguna hemorragia interna. Las externas son más fáciles de contener pero las internas... Se arrimó Claudia, que al verlos hablar bajo les dijo:

–Estoy algo descompuesta y veo que la mayoría tiene problemas. ¿Será la comida...o lo otro?

–Apostaría que lo otro –dijo Alejandra–. Pero por ahora los síntomas son débiles, así que no espero que terminemos como los indígenas.

–Esperemos que no. Ellos vivieron en ese lugar quién sabe cuánto tiempo.

Y supongo que visitarían seguido los templos.

–Todavía no me explico –dudó Jorge– por qué había radioactividad en ese lugar. Se supone que hace muchos años que está abandonado. Y la prueba más contundente son los indios muertos y abandonados hace años. De ser una base militar por supuesto que los enterrarían enseguida. –Ese lugar no tenía aspecto de cuartel militar –opinó la arqueóloga–. Más bien parecía una mezcla de diferentes culturas, antiguas y modernas. –Es cierto –concordó Jorge– Son muros modernos, columnas grecorromanas, adornos griegos e interiores neutros. En realidad esto me tiene confundido. ¿Con qué nos enfrentamos?

–Esperemos encontrar la respuesta más adel...–se interrumpió la doctora al ver caer a Fermín.

34

El caído sangraba por la boca y la nariz, lo que hizo fruncir el ceño a Alejandra, que se había arrodillado junto a él.

Estaba despierto, pero no podía respirar bien y según dijo tenía una puntada en los pulmones.

–¿Qué tengo, doctora? –dijo tosiendo fuertemente y ahogándose–. No quiero morir.

–Nadie quiere morir –trató de consolarlo–. Es una enfermedad tropical que pasa rápido.

Sin embargo, después de algunos exámenes primarios, se levantó y al ver arrimarse a su padre y a Claudia, hizo un gesto negativo con la cabeza y dijo muy bajo:

Tiene hemorragia interna, tal y como me temía, y le entró sangre a los pulmones...está perdido. No puedo hacer nada.

–Pobre hombre –lamentó Jorge–. No tendría que haber venido. No estaba preparado,

–Creo que ninguno de nosotros tendría que haber hecho este viaje –dijo la doctora–.

Es demasiado peligroso. Nos enfrentamos a cosas que no esperábamos. El enfermo tosió de nuevo, esta vez más fuerte y salió un chorro de sangre de su boca. Se estremeció fuertemente y quedó súbitamente quieto y con los ojos muy abiertos.

–Nunca había visto una muerte tan rápida por efecto de la radiación –se asombró Alejandra–. Por lo general demoran meses degradándose. ¡Y estuvimos solo un rato! Me imagino que los indios no duraron mucho. ¡Pobre desgraciado! Por lo menos no sufrió casi nada.

–¿Y después de tantos años puede seguir haciendo efecto? –se intrigó su padre– ¿Cómo puede ser que en esa época...?

–En cuanto a lo primero recuerdo haber oído que la contaminación radiactiva en Chernóbil durará más de trescientos mil años –le recordó Alejandra. Así que el tiempo en estas cuestiones es relativo.

Sobre la segunda pregunta reconozco que no tengo la menor idea. Es más, si no fuera por los indios muertos claramente hace muchos años, y de eso no tengo ninguna duda, diría que la radiación se debe a alguna prueba nuclear secreta.

–¡Pero estaba todo intacto! –recordó Claudia–. Si hubieran tirado una bomba serían solo escombros.

–No es necesario que se tratara de una bomba –dijo la doctora–. La radiación se usa para muchos experimentos.

–¿Hace trescientos años? –ironizó Claudia–. Como arqueóloga rechazo esa teoría. Tiene que haber una explicación racional para esto.

–Tendría que haber –corrigió Jorge–. Pero yo no la encuentro por ningún lado. Y esta expedición ya nos ha costado tres muertos.

Todos rodeaban a Fermín con cara de preocupación. Los porteadores murmuraban entre ellos.

Thiago se arrimó a Jorge y le comentó:

–Los hombres están preocupados. Dicen que la maldición de la ciudad les alcanzó. Que los indios tenían razón.

–Dígales que Fermín no estaba acostumbrado a la selva y por eso murió.

–¡Pero ellos también se sienten mal! Y pasaron la mayor parte de su vida en la selva.

–Algo que comimos nos cayó mal. Es solo eso.

–Voy a tratar de convencerlos. Ah...y preguntan a dónde vamos. Dicen que no piensan entrar a ningún lugar raro que tenga maldición.

–Si es por eso que no se preocupen –dijo el antropólogo–. Si encontramos algo ellos pueden esperar afuera. No tienen ninguna obligación de entrar.

–Por como viene este asunto –habló Alejandra–, creo que ninguno de nosotros debería entrar.

–Si es que llegamos –agregó Claudia, cuyo pesimismo iba en constante aumento.

35

Después de enterrar a Fermín para que no fuera devorado por las fieras, continuaron camino, más enfermos y desanimados que antes. El ritmo de marcha se enlenteció, pero por suerte nadie empeoró de sus síntomas. Sin embargo no estaban curados del todo. De vez en cuando alguno se quejaba de diarrea y vómitos, por lo que frecuentemente debían parar. Esto fue pasando lentamente, para tranquilidad de la doctora, que en un momento llegó a pensar que estaban todos perdidos.

Esa misma noche, algo más tarde que de costumbre, Alejandra se encontraba sentada sola, frente a la fogata con un gesto de preocupación. Leonardo se acercó despacio. El reflejo de las llamas rojas bailaba en su rostro, Y a la doctora le pareció más atractivo.

El típico olor a vegetación húmeda flotaba en el ambiente.

–¿Cómo estás? –preguntó el historiador–. Por lo que veo, no muy bien.

–Anímicamente mal. En cuanto a la salud un poco mejor. Parece la contaminación se está revirtiendo. Solamente me duele un poco la cabeza.

–¡Quieres consultar una doctora? –bromeó él, sacándole una sonrisa. –Ya me receté una aspirina –dijo mirando el fuego–. Pero el pobre Fermín...

–Parece que te afectó más la muerte de Fermín que la de tu marido.

–Ella levantó la vista y lo miró, borrando su sonrisa.

Leonardo se dio cuenta al momento que había hablado de más. La frase sonaba demasiado a reproche. Además la muchacha estaba sensible. No

era el instante para recordar eso. Trató de disimular haciendo una pregunta para cambiar de tema rápidamente:

–¿Pero te sientes bien, además de la cabeza?

–Relativamente bien. Un poco de malestar de estómago.

–Yo también siento lo mismo. Pero por suerte ninguna hemorragia.

–¿Quieres algo para el dolor?

–No gracias –dijo sentándose a su lado– Disculpa la frase anterior. Es que te vi muy abatida.

–Que todos tomen mucha agua –recordó ella–. No quiero que se deshidraten.

–Siempre preocupándote por los demás –se admiró él.

–Para eso soy doctora, sino sería historiadora.

–¿Tienes algo contra los historiadores? –sonrió Leonardo, mostrando sus blancos dientes.

–Al contrario, tienen un misticismo que me atrae –dijo mirándolo sugestivamente.

El se arrimó un poco más y la besó levemente en los labios.

–¿No sabes hacerlo mejor? –pidió ella. Lo necesito.

Esta vez él la abrazó y por varios minutos estuvieron besándose. Jorge, que vio la escena de lejos, sonrió. Parecía que al fin su hija había encontrado la felicidad.

¿Pero tendría tiempo de disfrutarla?

.....

36

Como siempre aprovecharon las primeras horas de amanecer para partir, pues la noche en la selva llegaba muy rápido.

Alejandra y Leonardo habían dormido poco, pero no habían hecho el amor. Tan solo se habían limitado a hablar del futuro acariciándose y besándose mutuamente hasta altas horas de la noche.

Sin embargo iban caminando de la mano pero solamente en los momentos que él llevaba el rifle. Cuando le tocaba el turno al historiador de usar el machete, no tenía más remedio que soltarla y ponerse a trabajar.

Todos se habían dado cuenta de la situación y la nueva pareja parecía más animada.

Nadie se atrevió a hacer comentarios, ni siquiera Claudia, que de vez en cuando miraba de reojo a la pareja.

En cambio dirigió la palabra a Jorge, preguntándole:

–¿Qué espera encontrar? El único dato que tenemos es el gran espejo amarillo, y por lo que vimos, lo del oro es una fábula.

Lo único que se me ocurre es que fue hecho para espantar a los intrusos, o si no, para agregar luz al lugar, utilizándolo como un gran espejo. –¿Y no era mejor –sonrió Jorge– cortar los árboles alrededor de la aldea y dejar entrar el Sol natural?

–Me pregunta algo para lo que no tengo respuesta. Sé menos que usted –le increpó Claudia.

Se me ocurre que el indígena que se bañaba en el río y se cubría de oro, no tiene nada que ver con esto. Creo que se entreveraron las historias.

–Yo pienso lo mismo –reconoció el arqueólogo–. Y me pregunto si los

enfermos de las expediciones lo estarían por la radiación y no por las enfermedades tropicales. En esa época no se conocía casi nada de estos asuntos.

–Tiene razón –Claudia se mordió los labios y se pasó la mano por el pelo–, no se me había ocurrido. Pero tengo entendido que algunas expediciones no lograron llegar.

–De repente encontraron algo radioactivo en las inmediaciones y eso les afectó.

–Solo estamos especulando, eso nunca lo sabremos –se lamentó Claudia–. Pero sigo intrigada por saber qué encontraremos más adelante. Supongo que abandonaron la ciudad por la radiación y construyeron otra un poco más lejos. La diferencia es ese raro espejo que mencionan.

–A mí lo que más me intriga es la radioactividad. ¿De dónde salió? ¿Es que era un equipo de experimentación aislado del resto del mundo?

–Volvemos a lo mismo –dijo la muchacha–. No puedo creer que estuvieran tan adelantados hace tantos años. Además esas construcciones no se parecen en nada a un laboratorio.

–Eso es más fácil de explicar –dijo Jorge–. Trataban de disimular lo que era. Por eso la parte externa parecía un templo y adentro carecía de decoración.

–Y de baños y cocina –recordó ella–. Pero estuve pensando. De repente usaban tiendas de campaña para esas cosas y el resto del espacio, las supuestas catedrales más sólidas, las empleaban como laboratorios. Por supuesto las otras habitaciones más chicas eran los dormitorios. –Tiene sentido. Es la única explicación plausible. Pero no me termina de cerrar que en esa época se hicieran experimentos a ese nivel. –Ese es un misterio que debemos aclarar. Y muero de impaciencia por hacerlo. Pero cambiando de tema –Claudia no se aguantó–. ¿Tenemos romance nuevo?

–Parece que sí. ¿Por qué lo pregunta?

–Me sorprendí al verlos de la mano. No me esperaba que a pocos días de la muerte de su marido...

–Ese matrimonio fue un error del que soy culpable. Y el destino corrigió eso. Pero no me entienda mal. No me alegro de la muerte del muchacho. Al contrario, me siento culpable por los tres hombres que perdimos. Después de todo la idea primaria fue mía.

–Tampoco se preocupe por eso –lo tranquilizó ella–. Nos planteó la idea y todos aceptamos. Nadie vino contra su voluntad.

–De todas formas eso no me alivia demasiado. Si no fuera por mí...

–Millones de personas murieron por ir detrás de descubrimientos. Es más, en la mayoría de las expediciones a sitios desconocidos hubo víctimas. Y en algunos casos perdieron la vida los propios organizadores.

–Ya lo sé. Pero cambiemos de tema, ¿cómo están los demás?

–Creo que mejor. Pero eso se lo tendría que preguntar a su hija. –No quiero nublar su felicidad de ninguna manera. Esa pregunta le haría recordar las víctimas que dejamos atrás.

–¿Y usted se piensa que ya se olvidó? A rey muerto rey puesto. Pero eso no significa amnesia total.

–De nuevo tiene razón. Pero las palabras reflotan los recuerdos. De todas formas le agradezco su intento de levantarme el ánimo.
Esperemos que todas esas pérdidas no sean en vano.
Yo también lo espero –deseó ella–, pero lo que más deseo es que no haya más muertes.
–Todavía estamos en medio de la selva –dijo él, pesimista.

.....
37

Camilo y Máximo también conversaban entre ellos. El primero dijo:

–Parece que hay un nuevo romance. La doctora no se aguantó mucho sin marido.

–Según lo que tengo entendido no se llevaba bien con Marcelo. ¿Alguna vez los viste tomados de la mano?

–En eso tienes razón –concordó Camilo–. Nunca vi un gesto de cariño entre ellos. Recuerdo muy bien que ni siquiera la defendió de la víbora.

–Eso no me pareció falta de amor –opinó Máximo–, sino más bien cobardía. Se paralizó por miedo.

–Yo, por mi mujer, peleo con un león.

–Pero vos no eras Marcelo. Cada uno tiene el coraje que el destino le dio.

–En cambio Leonardo la defendió de una muerte segura, y por lo que parece tuvo su recompensa.

–No creo que fuera solo por eso –contrarió Máximo–. Vi como se miraban desde un principio. Creo que hasta su fallecido marido se dio cuenta. Pero no pareció importarle demasiado.

–Creo que estás prejuzgando a un muerto que no se puede defender. De repente ni cuenta se dio.

Ella tendría que haber sido más discreta y no tirarse en seguida a los brazos del otro.

–¡No seas machista! –.Si no fuera por ella no estaríamos vivos. –Eso no tiene nada que ver. Drácula protegía un convento e hizo a él valiosas donaciones. Pero eso no lo disculpaba de ser un asesino y torturador.

–El ejemplo tuyo es el que no tiene nada que ver –protestó Máximo–. ¡Ni que la doctora fuera una terrible asesina!

–Tienes razón –concedió Camilo–. Solo puse un ejemplo contundente.

–Parecemos chusmas de barrio. Después de todo ella tiene derecho a hacer lo que quiera.

–Mejor cambiemos de tema –propuso el fotógrafo–. ¿Te parece qué vale la pena seguir arriesgándonos en este viaje? No tengo idea de qué podemos encontrar, y si los riesgos y sacrificios que asumimos valen la pena. –Yo tampoco tengo muchos datos. Es más, creo que nadie lo sabe. El único dato es un gran espejo amarillo que ahora parece que no es de oro.

Y no estoy seguro si solo para encontrar eso conviene asumir tanto riesgo.

–No me parece que sea solamente un espejo. Debe de haber mucho más. No te olvides de que la ciudad que encontramos antes, estaba vacía. De repente encontramos ahora lo que se llevaron de allí.

–Ojalá –deseó Máximo–. Pero lo que ya tengo alcanza para un reportaje de primera plana en la revista.

–¡Y ni qué hablar de las fotos! Tengo material para varios números. Pero mi presentimiento es que vamos a encontrar algo más espectacular. Este asunto tiene varios misterios acumulados.

–La verdad que estoy más desorientado que Colón buscando las Indias. Es como encontrar una tribu en plena selva mirando televisión color.

–Muy intrigante, sí, pero también extremadamente peligroso.

–Hagamos de cuenta que somos periodistas de guerra –propuso Máximo–. La única diferencia es que en vez de balas, nos tiran con dardos y flechas.

–Y no te olvides de los demás enemigos –recordó Camilo–. Las fieras y las alimañas.

–Tienes razón, estamos rodeados de peligros.

–En pleno territorio enemigo.

Y sin posibilidad de que venga alguien a ayudarnos.

.....

38

Encontraron otro afluente del río y lo fueron vadeando por el costado. En determinado instante un pájaro recién nacido cayó del nido al agua, y en momentos se formó un remolino de espuma muy superior al que hubiera originado el ave al aletear.

–¿Se encontró con un cocodrilo? –indagó horrorizada la doctora.

–Peor –habló Thiago–. Si fuera un cocodrilo sería solo un bocado rápido. Me temo que son pirañas. En pocos segundos verán las plumas flotando. Por eso no atravesamos el río. Es difícil que las pirañas ataquen seres humanos, eso es cosa de películas, más bien es casi imposible. Pero ese casi, y los cocodrilos y demás depredadores que podrían estar esperando carne fresca es lo más preocupante.

–Para mejor no podemos estar cargando un bote por toda la selva –dijo Jorge–. Pero prefiero caminar unos kilómetros más.

Bordearon el río y en determinada curva tuvieron que alejarse un poco del sendero, porque unos cocodrilos tomaban Sol en la orilla del agua. –No hemos visto muchas telas de arañas –comentó Leonardo–. Pensé que abundarían.

–Y abundan –sonrió Camilo–. Lo que pasa es que la mayoría tienen cuevas y no tejen telas. Hasta hay una especie que extiende un solo hilo cerca del suelo y cuando pasa un insecto y lo tironea o lo rompe aparece la cazadora... y adiós bicho.

–No tenía idea –reconoció Leonardo–. Voy a mirar más para abajo. –Sin embargo –continuó Camilo– hay algunas especies muy grandes que aunque causen mucha impresión, su picadura no afecta más que una de avispa. Pero si hay que cuidarse de una más chica, la del bananero, esa sí que te pica y te manda al otro mundo.

–Pensé que eras fotógrafo y no biólogo –bromeó Alejandra–. Pero por lo que siento tienes doble oficio.

–No es eso, soy solamente fotógrafo. Pero estar en National Geographic da bastante experiencia. He filmado documentales de innumerable cantidad de animales y gente rara.

–No lo dudo –dijo la doctora–. Supongo que ese oficio te ha permitido ver mucho mundo.

–No te imaginas. He visto más cosas que una docena de personas comunes no han visto en toda su vida. –Debe ser emocionante esa forma de vivir.

–Pero peligrosa. Nunca sabes cuál va a ser tu última misión. Todo tiene su precio. Si quieres fama no hay más remedio que asumir riesgos. –Y además el paisaje es hermoso –intercedió Leonardo, mirando a Alejandra.

–Pero peligroso –dijo Camilo sin darse cuenta del doble sentido de la frase.

–Puede ser, pero no parece –opinó el historiador–. A mí más bien me parece el paraíso.

–Ahora el fotógrafo comenzó a darse cuenta del propósito de la frase y dijo:

–Si en el infierno estás acompañado de un ángel se hace más llevadero.

–Sin duda, compañero –contestó el aludido–. Un ángel hace la vida más placentera.

39

Cuando iban llegando al final del cauce de agua recibieron una tremenda sorpresa.

Nueve o diez indios completamente desnudos, con maderas atravesando partes de su rostro y portando palos en las manos, los rodearon. Los hombres que llevaban los rifles en ese momento apuntaron a los salvajes rápidamente, prestos a disparar.

Pero cuando ya llevaban los dedos al gatillo, los indígenas señalaron hacia atrás con cara de terror y bajaron los garrotes.

Lo que tanto los asustaba (así allí dirigían sus miradas) eran los bastones que sobresalían de las mochilas de los portadores.

Eran los mismos que habían encontrado en la construcción abandonada, y los fieros rostros grabados en ellos estaban visibles, sobresaliendo ampliamente.

Los indios salieron corriendo por entre los árboles desapareciendo en unos segundos y olvidando totalmente el ataque. –¿Qué pasó? –preguntó Claudia, todavía asustada.

–Al principio pensé que se asustaron por los rifles –dijo Leonardo–. Pero cuando vi que señalaban para atrás me di cuenta de que era por los bastones que encontramos.

–Sigo sin entender –reconoció la arqueóloga–. Para los salvajes es común grabar rostros terroríficos en madera. Es una cuestión de religión primitiva de casi todas las tribus. No entiendo por qué se asustaron tanto. –Por lo que parece –opinó Jorge–, no conocen las armas de fuego, pero sí, y desagradablemente bien, a los dueños de esos bastones. –¿Pero no quedamos en que esas reliquias hace cientos de años que estaban en las cuevas?

–De repente no son los únicos que existen –insistió el arqueólogo–. Esos indios nos podrían explicar muchas cosas sobre sus dueños.

–Qué por lo visto no los trataron muy bien –conjeturó Máximo–. Parecía como si hubieran visto al demonio.

–Sería interesante encontrar uno de ellos para interrogarlo –propuso Camilo.

–Sería muy peligroso –contuvo Jorge–. Estaban muy asustados. Y un animal acorralado...

–Dudo que los encontráramos –intervino Thiago–. Además no creo que podamos entender una palabra de lo que digan. Estamos en la selva profunda y ninguno de mis compañeros llegó tan lejos. Aparte por los gritos que dieron, me di cuenta que hablan un dialecto primitivo nada parecido al portugués.

–En resumen es imposible sacar algún dato de ellos –dijo Claudia. –Ya sacamos uno –insistió Thiago–. Nos enteramos que los habitantes de la ciudad que buscamos son extremadamente peligrosos. Tanto que hasta estos salvajes les tienen terror.

40

Cuando estaba llegando la noche se realizó la misma rutina de siempre. El armado de las carpas, Amancio juntando leña para prender el fuego y preparar la cena y los que portaban los machetes cortando el pasto más alto y revisando que estuviera libre de alimañas, matando con los mismos machetes a los animales peligrosos.

Mientras esperaban para comer, algunos sentados en el pasto, otros tirados en él, dominados por el cansancio, dormitaban un poco.

Claro que mientras aguardaban, siempre quedaba alguno vigilante por si alguna fiera era atraída por el olor a comida.

Pero después de cenar todos se encerraban en dos gruesas carpas donde cabían siete personas en cada una. En realidad sobraba lugar, ya que tenían tres integrantes menos.

Ya noche cerrada, los únicos que quedaron fuera de las carpas fueron Alejandra y Leonardo.

Ella mirando las brillantes estrellas, abrazada fuertemente por su compañero, preguntó:

–¿Qué te parece todo esto?

–Es algo muy raro. Nunca me había encontrado con algo así. Pero estando a tu lado cualquier infierno parece el Paraíso.

La besó largamente y sus manos recorrieron el cuerpo deseado. La temperatura de los dos comenzó a subir y las caricias se hicieron más atrevidas.

–Tengo la sensación de que nos están mirando –dijo él entre suspiros–. Mejor vamos tras aquellos árboles –señaló la tupida vegetación a su izquierda.

–¿No correremos peligro? –dudó ella–. Podemos terminar heridos o muertos.

–En este lugar cualquier día puede ser el último –recordó Leonardo–. Y no se pueden desaprovechar las oportunidades.

Se levantó y le ofreció la mano para ayudarla. Ella la tomó sin dudar más y se dirigieron hacia la espesura.

Allí hicieron el amor apasionada y desesperadamente, conscientes de que cualquier acontecimiento los podía separar en cualquier momento.

Calmados los ánimos se sentían más unidos que nunca. Los dos intuían que ya nunca se separarían. En ese salvaje lugar habían sellado su amor.

Regresaron cerca de la fogata, que ya casi extinguidas las llamas, eran solamente brazas muy rojas relumbrando en la oscuridad.

–En cualquier momento nos vienen a buscar, preocupados por nosotros – comentó Alejandra, mientras se sentaban.

–No creo –dijo Leonardo–. Ya todos están enterados de lo nuestro, y saben que necesitamos intimidad.

–Pero también conocen los peligros de la selva. Además te confieso que siento vergüenza por lo que opinen los otros. ¡Mi marido murió hace tan poco!

–Una mujer inteligente hace de su vida lo que le parece, sin importarle lo que opinen los demás.

–No dejo de ser inteligente por tener un poco de pudor.

–Disculpa, no quise ofenderte. Es que en el mundo moderno las cosas van mucho más rápido.

Además sabemos que tu matrimonio era solamente una formalidad y no había amor verdadero.

–Pero no todos lo saben. No puedo colgarme un cartel que lo informe. Aunque también te digo que no me arrepiento.

–¡Menos mal! El que no esté de acuerdo que se aguante. Y ahora vamos a dormir, que el día de mañana va a ser largo.

–Largo y peligroso –dijo ella, apretándole la mano. Pero te amo. –Yo también. –contestó él mirándola a los ojos y entrando muy despacio a la carpa.

41

El calor asfixiante lo despertó. El primero en abrir los ojos fue Jorge. Y lo que vio fue a su hija durmiendo abrazada a Leonardo. Eso lo reconfortó. Parecía que había encontrado la felicidad que ni él ni su exmarido supo darle.

Se quedó unos minutos más en su improvisada cama, disfrutando del canto de los innumerables pájaros y de los diferentes sonidos de la selva al despertar.

Se sintió un poco intruso, invasor de aquel entorno agreste que los rodeaba.

Luego de unos minutos se levantó y notó que le dolían las piernas y sentía cansancio en el resto de sus miembros. Ya estaba un poco pasado de edad para las pesadas jornadas que afrontaban. Pero nunca lo reconocería.

Todavía le quedaba orgullo, además no quería mostrarse débil delante de su hija. Y estaban por hacer lo que parecía el descubrimiento más importante de toda su carrera. Aunque allí dejara su vida...

Por primera vez se le ocurrió ese pensamiento y al principio se inquietó, no por él, sino por su hija.

Pero ella aparentemente ya había encontrado un compañero. Alguien que la cuidara cuando él no estuviera. De improviso se dio cuenta de su negro presentimiento. Ya estaba considerando su muerte. Y después de todo no era tan viejo. Pero tenía el presentimiento de que no volvería. Los demás comenzaron a despreocuparse y Jorge trató de recuperar el optimismo.

Tenían que verlo despreocupado y dispuesto. Después de todo era el líder

de la expedición, el ideólogo que había entusiasmado a todos los demás. Dio los buenos días como si estuvieran en un hotel.

Desayunaron frugalmente con café conservado caliente en un gran termo y galletas de campaña.

Luego desarmaron el campamento, comprobando que todas las fogatas estuvieran apagadas. A las que todavía conservaban alguna braza prendida le tiraron tierra para apagarlas totalmente. Los incendios en la selva se propagaban rápidamente y no querían quedar atrapados en uno. Después de cumplidos todos estos trámites continuaron el viaje. Al poco tiempo de camino sintieron potentes rugidos de al menos dos o tres felinos, pero por suerte no llegaron a verlos, simplemente los animales los olfatearon y reclamaron su territorio.

Lo que más molestaba eran los mosquitos que los seguían tenazmente, apareciendo más al mover el pasto con sus pasos.

Extrañamente estos no parecían incomodar a los porteadores, que parecían más integrados a la naturaleza.

A las tres horas divisaron unas diez cabañas, pero contrariamente a otras que habían visto, sus alrededores no estaban despejados de vegetación. Al contrario, esta tapaba casi totalmente las precarias viviendas. De todas formas se acercaron con precaución. Podía ser que los habitantes del lugar utilizaran los medios naturales para esconder la aldea. El silencio parecía irreal. Cuanto más se acercaban más se incrementaba la sensación de soledad.

Un tronco grueso había nacido justo a la entrada de la puerta de una vivienda, por lo que fácilmente se notaba que estaba deshabitada. Se asomaron a una de ellas y en un oscuro rincón vieron el mismo panorama que en la ciudad amurallada. Un grupo de calaveras amontonadas en la pared opuesta.

Salieron y notaron huesos desperdigados por todos lados, incluso de algunos animales.

Revisaron las demás viviendas y el panorama era similar.

–¿Qué pasó aquí? –preguntó Claudia, aunque sabía que nadie tenía la respuesta.

–Por lo que veo , lo mismo que en el otro lado –dijo Jorge–. Cuanto más nos acercamos más muertos encontramos.

–Y llevan siendo cadáveres desde hace muchísimos años –confirmó la doctora–. Otra conclusión que se puede sacar es que fue algo fulminante. Por más salvajes que sean nadie deja sus muertos dentro de la casa. Y aquí hay hombres , mujeres y niños muriendo juntos y sin tiempo para nada.

–Eso es cierto –habló Thiago–, pero hay algo que me extraña aún más.

–¿Lo qué? –preguntó Alejandra, extrañada de que se le hubiera escapado algún detalle.

–Esto es la selva –recordó el porteador–. Y está lleno de animales carroñeros. En la ciudad amurallada no me extrañó, pero aquí en medio de la nada y rodeado de bestias no me cierra por ningún lado que los animales no se llevaran los cadáveres a sus guaridas. Cuando murieron el olor a carne descompuesta se sentiría a varios kilómetros.

Todos se miraron entre ellos, y ninguno pudo dar una respuesta lógica a la interrogante.

42

Salieron muy rápido de aquel lugar de muerte y continuaron su camino, cada vez más llenos de preguntas sin respuestas.

–Cuanto más nos acercamos vemos más muertos y cosas extrañas –le comentó Jorge a Claudia. Nunca me topé con algo parecido.

–Ni yo –confesó ella–. Da la sensación de que nos dirigimos a un lugar maldito.

–No creo en brujerías.

–Yo tampoco. Pero soy una científica, y me gusta encontrarle explicación a todo.

–Supongo que al final del camino nos estará esperando la solución.

–Si llegamos al final del camino –dijo ella, con pesimismo.

Sintieron murmullos y discusiones tras de ellos. Los porteadores discutían y señalaban hacia todos lados, pareciendo asustados.

Thiago se adelantó y les preguntó:

–¿Todavía no se han dado cuenta? Presten atención. ¿Sienten algún ruido de pájaros o animales?

–No –reconoció el antropólogo, luego de pensar unos segundos. En realidad tenía la sensación de que faltaba algo, pero no me daba cuenta de qué era.

Igual que en el otro lado.

–Yo no había prestado atención –confesó Claudia–. Todavía estoy impresionada por lo que vi. He estudiado muchos huesos humanos, pero ver padres e hijos morir abrazados es chocante emocionalmente.

–Sin embargo mis compañeros –continuó el porteador–, más acostumbrados a la selva, dicen que nunca habían sentido tanto silencio en pleno Amazonas, y ni moscas ni mosquitos hay. Es como si todo estuviera muerto. Están nerviosos y con miedo. Dicen que aquí hay algo maligno.

–Y creo que no están tan equivocados –reconoció Jorge, con la preocupación reflejada en su rostro. .

.....

43

Caminaron en medio del silencio. Todos se preguntaban qué había pasado allí. Parecía como si recién hubieran tirado una bomba atómica o neutrónica; pero por supuesto no era eso, ya que todo se encontraba en su lugar. Lo único que faltaba era la vida.

–Si los animales no se acercan es que hay algo en el aire –dijo Máximo–. ¿No corremos peligro? Ellos tienen buen olfato y un sexto sentido especial.

–De repente sí –confesó Jorge–. Pero dejamos mucha muerte detrás y si llegamos a esta zona ya estamos contaminados. Además, aunque me cueste la vida, quiero descubrir qué hay detrás de todo esto. Pero todo el que quiera puede retroceder por donde vino, aunque personalmente creo que ya es tarde. Si hay algo, estamos contaminados. Si te quieres ir, te incluyo a ti también, hija. En ningún momento pensé que nos íbamos a encontrar con esto.

–Estoy pensando –dijo ella–, si esto no será un experimento químico de algún gobierno.

Hay algunos que por ganar una guerra no miden las consecuencias.

–Es lo más lógico que he escuchado hoy. Eso explicaría muchas cosas.

–¿Hace trescientos años? –cuestionó Claudia.

–Ya en la edad media usaban armas biológicas –recordó Leonardo–. Claro que a su manera.

Tiraban con catapultas, dentro de los fuertes, a los muertos por la peste, para contaminar al enemigo. Hasta Napoleón lo usó, mandando enfermos contagiosos a entremezclarse con las tropas enemigas y así enfermar al ejército contrario.

–Eso es cierto –reconoció Claudia–. Pero no encuentro motivo para matar a estos pobres desgraciados.

–De repente fue un experimento –sugirió Jorge–. Las víctimas serían sólo una consecuencia, daño colateral, como le dicen ahora.

–En realidad no hay enfermedad que se conserve tantos años al aire libre –reconoció Alejandra–. El viento difumina los gérmenes. Reconozco que Claudia tiene razón. Ninguna enfermedad natural o artificial puede permanecer tanto tiempo. Y esos muertos tenían muchos años en esa condición.

–Lo cual nos deja en el mismo lugar que al principio –dijo Jorge–. Sin tener idea de qué pasa aquí.

–¡Allí hay algo que brilla! –dijo Camilo, acostumbrado a buscar imágenes en la distancia.

–¡Lo veo! –contestó entusiasmado Jorge. Es un reflejo dorado que se ve entre los árboles.

Apuraron el paso con impaciencia y comenzaron a ver calaveras de animales por todos lados.

También, de vez en cuando, huesos humanos brillaban al Sol, incrementando el paisaje macabro.

El enorme espejo, rodeado de grandes árboles que lo tapaban y hacían invisible desde el cielo, visto desde un punto de vista moderno parecía un radar.

Se apoyaba en una sólida base redonda como tronco de árbol de unos dos metros de perímetro y cinco de alto, también de color dorado, y su superficie combada era rectangular, de aproximadamente diez metros de ancho por veinte de largo. Lo que más llamaba la atención es que era muy fino, no llegaba a los diez centímetros de grueso.

Camilo, mientras lo filmaba, preguntó:

–¿De qué material está hecho? Tiene apariencia de ser muy frágil. –Solo en apariencia –opinó Jorge–. Según las crónicas lleva muchos años aquí.

–Lo que me preocupa es que todo en derredor está muerto –comentó Máximo–. Es evidente que aquí corremos peligro.

–No me parece –contrarió Alejandra–. Todo lo que está muerto lleva mucho tiempo así. No veo ningún cadáver reciente.

–Sin embargo los animales no se arriman –insistió el periodista–. Ni siquiera se llevaron los huesos.

–Eso es cierto –razonó la doctora–. Es como que presienten algún peligro.
–Y a todo esto –dijo Leonardo mirando alrededor–. ¿Dónde están los edificios? No los veo por ninguna parte.

Buscaron por todos lados sin encontrar nada, hasta que Amancio gritó:

–¡Por aquí! –encontré algo.

Todos corrieron hacia el lugar y vieron entre el pasto crecido alrededor, una puerta metálica.

El mismo Amancio se puso de rodillas, empujó y luego tironeó con todas sus fuerzas pero no pudo ni moverla.

Entonces intentó correrla hacia la derecha y luego a la izquierda, recordando la otra, pero esta vez no dio resultado.

–Está trancada –anunció–. Debe tener muchos años cerrada.

Fue entonces que Leonardo tuvo una idea. Trató de correrla hacia arriba y luego empujó en dirección al piso, y entonces la puerta cedió fácilmente insertándose en el piso.

–Se me ocurrió que podía tener el mismo mecanismo que la otra. La única diferencia es que esta está horizontal.

Miraron hacia dentro con gran curiosidad, pero solo vieron un negro abismo, un pozo profundo que parecía querer tragárselos.

.....

44

No había escalera, y tuvieron que amarrar una cuerda a un árbol para poder bajar.

Alumbraron con una linterna hacia abajo y no pudieron distinguir nada. El silencio era total.

Leonardo se adelantó y dijo:

Yo bajo primero. Creo que soy el más ágil de todos.

–Debería de arriesgarme yo, que soy el organizador de la expedición –cuestionó Jorge.

–No se ofenda –pidió el historiador–. Pero también es el más veterano. A pesar de que la cuerda tiene arneses de protección que facilitan el descenso y ascenso, no sabemos qué podemos encontrar abajo. Y usted es más necesario que yo en este lugar. Además no estamos seguros de la profundidad, y el clima puede estar enrarecido.

Es mejor que baje un hombre joven y fuerte, por lo menos hasta saber si hay peligro.

Tiene razón –admitió el antropólogo–. Pero en su interior deseó bajar él, u otro que se hubiera ofrecido. Ahora que su hija había encontrado la felicidad no quería que Leonardo corriera más peligro del necesario. Sin embargo el historiador se impuso y fue bajando, poco a poco, alumbrando hacia abajo y tomando precauciones.

Después de unos minutos se dio cuenta que el fondo estaba más lejos de lo que pensaba y de que el sitio era enorme.

La linterna no llegaba a alumbrar ninguna pared. Después de recorrer unos cien metros, y cuando ya quedaba poca cuerda, llegó al suelo.

Alumbró en todas direcciones pero un silencio total imperaba en el ambiente. El aire, salvo un ligero olor a humedad era perfectamente respirable.

Al ver que no había ningún peligro visible, Leonardo llamó a los demás con un grito:

–¡Pueden bajar, esto está tan tranquilo que parece una tumba! –al momento que lo dijo se arrepintió de la última palabra. Dado lo que habían visto no era una comparación muy oportuna.

Fueron descendiendo de uno en uno y solo quedaron arriba los dos portadores, Marquiño y Cristiano, primero porque se negaron a meterse en ese agujero oscuro y además con la excusa, valedera por cierto, de que si se llegaba a romper o soltar la cuerda quedarían atrapados en la profundidad.

Cuando todos estuvieron abajo comenzaron a caminar hacia adelante sin ningún plan en concreto.

Después de veinte minutos de un pasillo que parecía interminable, se encontraron con un obstáculo inesperado. Un cauce de agua, un río subterráneo se interponía en su camino todo a lo largo hasta donde alcanzaba la vista. Y hasta ahora no había visto ninguna pared. Parecía que el lugar era tan ancho como largo. Y aparentemente era un lago artificial.

Thiago intentó medir la profundidad con uno de los bastones que habían hallado, pero no llegó al fondo por más que estiró el brazo, metiéndolo en el agua.

–¡Es inmenso! –se asombró Claudia-. Y todavía esto. ¿Quién construyó algo tan imponente?

No se me ocurre cómo podemos continuar. No veo puentes por ningún lado. Solo nadando.

Yo veo algo –dijo Máximo, enfocando su linterna hacia la izquierda-. Pero no es un puente.

Se trataba de una estructura de metal parecida a una plataforma con barandas sobre una especie de eje.

Enfrente hay otra. Y creo saber de qué se trata. Vengan.

Subieron a una de ellas que tenía dos botones a la derecha. Apretó uno y no pasó nada. Luego probó con el otro y la plataforma comenzó a moverse hacia el otro lado al desplegarse el eje.

–¿Para qué se tomaron este trabajo, en vez de hacer un puente? –se extrañó Claudia.

–Lo único que se me ocurre –contestó Camilo-, es que no quieren que “algo” cruce el río y pase a este lado.

Esto provocó un escalofrío en varios, a pesar que la temperatura era bastante elevada.

–Sin embargo, después de tantos años, no creo que aquí haya ningún sobreviviente –trató de tranquilizarlos Jorge. Aunque estar en un lugar desconocido, y solo con la luz de las linternas, tenía nerviosos a todos. La plataforma paró automáticamente al llegar al otro lado. Todos bajaron y Máximo opinó:

–Creo que por lógica el otro botón la regresa, pero sería mejor dejarla de este lado. No sabemos si la otra funciona, y no me convence pasar a nado. No sabemos qué puede haber en el agua, o si está contaminada. Además no creo que todos sepan nadar.

–Estoy de acuerdo –aprobó Jorge–. Mejor no confiar en la suerte e ir sobre seguro.

–Siguieron caminando, y de repente las luces se encendieron encandilándolos momentáneamente.

.....
45

La intensidad subió poco a poco y no deslumbró a nadie. Parecía que salía de todos lados. Nadie fue capaz de localizar la fuente.

–No se asusten –recomendó Jorge–. Creo que nadie prendió las luces. Allí a la derecha veo una columna con un aparato parecido a una cámara en la punta. Creo que es un ojo eléctrico con un detector de movimiento. Las luces se prenden automáticamente al cruzar el puente.

–Con esto queda definitivamente descartada la teoría de la antigüedad de las instalaciones –comentó Claudia–. ¡Esto es tecnología súper moderna! Ni siquiera se ve dónde están las luces.

–Coincido contigo –dijo Jorge–, pero eso no explica por qué en las crónicas antiguas aparecen algunos detalles como ese gran radar, que por lo menos es lo que parece aunque no hay ningún cable conectado, y que los antiguos confundieron con un espejo de oro.

–Y está la leyenda de la maldición, además de los muertos y la ausencia de los animales –recordó Thiago–. No soy científico pero no necesito serlo para pensar que aquí hay algo extremadamente raro. Es como que se entrevera el pasado con el presente.

–Esperemos que aquí dentro esté la solución –deseó Jorge–. No podría seguir viviendo sin resolver este misterio.

–Pienso igual –coincidió Claudia–. Si esto no se aclara la arqueología para mí no sería lo mismo.

Siguieron caminando hasta que se encontraron con una puerta. Al empujarla cedió hacia la izquierda como las primeras (ya se estaban acostumbrando al sistema).

Alejandra, que iba abrazada a Leonardo, se apretó aún más a él, con sus nervios tensados al máximo.

La habitación era de seis por seis y techo muy alto, de unos siete metros de altura. La luz se encendió al entrar y era más fuerte que en los corredores. Parecía salir de todos lados, estar en el aire, no como las tradicionales con grandes focos.

En el medio se veían tres enormes mesas de unos cuatro metros de largo por dos de ancho, que brillaban de forma extraña. En los costados se veían amplias canaletas que la recorrían en su contorno. En dos extremos estas tenían varios agujeros pequeños.

Era todo lo que había, a excepción de otra puerta a la izquierda.

–¿Qué es esto? –se intrigó Camilo, sacando una foto.

–Aunque me cueste admitirlo –dijo la doctora–, estoy casi segura que se trata de mesas de autopsias. Más grandes y con algunas diferencias, pero se trata de eso.

Esas canaletas son para que no se extienda la sangre por el piso. Y los agujeros son para juntarla en algunos recipientes que ahora no están. Tampoco veo ninguna vitrina ni armario con productos químicos o

reactivos que sirvan para esas funciones. Parece que los extraños se llevaron todo.

–¿Serían autopsias o experimentos? –dudó Máximo, mirando las grandes mesas. Además el tamaño de estas cosas me parece raro. He estado en hospitales y nunca vi nada tan grande.

–Por mi profesión estoy más que familiarizada con este tipo de cosas –dijo Alejandra–. Y tampoco vi nada igual. El tamaño es exagerado e impráctico.

–En realidad aquí todo es grande –observó Jorge–. Y tengo la impresión de que solo vimos una pequeña parte. Veamos que hay tras la otra puerta

–dijo caminando hacia ella.

46

El arqueólogo abrió la puerta notando que tenía un botón a la izquierda y su apertura no era con el procedimiento habitual. Lo apretó y cuando aquella se encajó miró con precaución dentro de la habitación. Estaba vacía.

Entró junto con Camilo, Claudia y Máximo... ¡y la puerta se cerró imprevistamente!

Los demás esperaron unos segundos a que desde adentro les abrieran de nuevo pero la entrada continuó cerrada. Entonces desde fuera apretaron el botón y se abrió otra vez.

Salieron rápidamente antes que se cerrara, cosa que hizo en unos segundos más.

–¿Por qué no abrieron ustedes de nuevo para que entráramos nosotros? –dijo Leonardo.

–No hay forma de abrir desde dentro y además golpeamos fuerte para que nos abrieran, incluso les gritamos.

Los que habían quedado afuera se miraron entre sí, extrañados. –Aquí no sentimos ningún ruido –afirmó Alejandra, sorprendida–. Y la puerta no es tan gruesa. ¿De qué material está hecha?

–No tengo idea –dijo Claudia–. Pero todo esto es súper moderno. Nunca vi tecnología tan avanzada.

Es difícil entender por qué abandonaron semejantes instalaciones.

Supongo que habrán costado millones de dólares, reales, pesos o lo que sea.

–Y solamente un gobierno o los militares –agregó Jorge– pueden tener acceso a esta instalación de avanzada y poder asumir ese tremendo gasto.

–Lo que se me ocurre es que algo les falló o se les fue de las manos –continuó Claudia–. Semejante complejo no se abandona así como así. Y por lo que parece se tomaron el trabajo de engañar a los indígenas para que pensarán que el lugar estaba maldecido y que no se acercaran. –Creo tener la respuesta –dijo Leonardo–. Y no me gusta nada. Aquí hubo un escape de radiación similar al de Chernóbil. Recuerden que todo está muerto en los alrededores. Creo que nos dejamos llevar por el entusiasmo y nos arriesgamos demasiado.

–Sin embargo –cuestionó Alejandra–, si fuera así ya tendríamos que haber sentido algún efecto y fue al contrario. A no ser el pobre de Fermín los

demás sanaron totalmente. Si nos hubiéramos acercado más a la fuente de radiación todos estaríamos afectados. Sin embargo me preocupa que no se acerquen los animales. Aquí hay algo raro.

–A mí me preocupa otra cosa –habló Camilo–. Una camilla de autopsias. Un cuarto insonorizado del que no se puede salir y que parece para mantener prisioneros.

¿Es que aquí se hacían experimentos con humanos?

Esta idea, que a nadie se le había ocurrido, dejó con un mal sabor en la boca a los exploradores.

47

_¿No serían pruebas con animales? -sugirió Camilo-. Por el tamaño de las camillas se me ocurre que podrían ser grandes.

–Pero los animales no saben apretar botones –contrarió el fotógrafo–.

¿Para qué entonces esa puerta que no se puede abrir desde adentro? A mi modo de ver se me ocurre que hacían experimentaciones con indígenas, y por eso ellos les tenían tanto miedo.

_Es lógico lo que opina Camilo -dijo Jorge-. Esa habitación se parece más a una cárcel que a una jaula. Salgamos de aquí.

Caminaron un rato más y de pronto vieron que el camino se bifurcaba en dos vías.

Vamos a ahorrar tiempo –dijo el antropólogo–. Tendremos que dividirnos en dos grupos. Mi hija, Leonardo, Amancio y Thiago vienen conmigo por la derecha. Los demás, de National Geographic van por la izquierda. Suerte para todos.

Se separaron y comenzaron a caminar. El sendero se abría en “Y” y se fueron alejando cada vez más. Los dos grupos encontraron varios cuartos con botones adentro y afuera, pero eso sí, completamente vacíos.

Sin embargo, en uno de los cuartos en que se veían una especie de símbolos en la puerta, el grupo del antropólogo encontró unos raros aparatos que tenían un remoto parecido con un estudio de radio. En uno de dichos aparatos había una palanca con unos raros distintivos grabados en la pared.

Jorge dudó unos segundos pero después decidió probar a moverla lentamente. De alguna parte salió un sonido que comenzó a aumentar de decibeles a medida que llevaba la palanca a la derecha, hasta desaparecer.

–¡Creo que lo tengo! –exclamó entusiasmado–. Esto gradúa los sonidos hasta hacerlos de subsónicos a ultrasónicos. El ser humano no los siente pero los animales sí. Supongo que hay una red de parlantes o algo parecido diseminados por entre los árboles, para ahuyentar a las bestias. Por lo que veo si la muevo toda hacia la izquierda se apaga -dijo realizando la maniobra.

Incluso ahora se usa un aparato con sonidos inaudibles al ser humano para librarse de los mosquitos. Pero tuvo poco éxito porque se dieron cuenta que molestaba a los animales domésticos.

–O sea que no hay brujería –se tranquilizó un poco Amancio–. Pero si eso es cierto no explica las muertes de humanos.

–No tengo contestación para todo –dijo Jorge–. Pero si sospechas. Creo que los indios tuvieron contacto con la radiactividad en algún lado, posiblemente en las cuevas, y luego de taparlas se fueron con sus familias, contagiándolas. Eso se extendió como una peste, y por supuesto consideraron el lugar maldecido.

–También puede ser que los extraños hicieran experimentos con los locales –opinó Alejandra–. Y los largaran enfermos o algunos murieran aquí. Por eso el miedo.

–Todo puede ser –admitió el antropólogo–. Hasta que no sepamos la verdad es solo teoría.

Todavía no sabemos...

Se sintieron unos gritos lejanos y Jorge interrumpió su comentario.

Salieron rápidamente al pasillo y corrieron en dirección a los gritos. El otro grupo se encontraba a unos trescientos metros de ellos.

Claudia estaba sola en el corredor y señalaba hacia dentro de un cuarto, asustada.

Llegaron a los pocos minutos y Alejandra tomó de los hombros a Claudia y la sacudió al darse cuenta que estaba histérica. Ella señalaba hacia dentro del cuarto sin poder hablar.

Lo primero que vieron fue a Máximo y Camilo tirados en el piso. A su lado se encontraba una rara máquina que parecía un transformador, pero con notorias diferencias. Era una máquina cuadrada, sin cables, que brillaba con luz propia.

–Los pobres muchachos... –comenzó Claudia–...entraron y tocaron ese... aparato.

Alejandra fue a entrar y su padre la detuvo diciéndole:

–¡Cuidado! Si es radiación no te conviene acercarte.

–Si miras bien tienen las manos quemadas –observó la doctora, y mirando a Claudia le preguntó:

¿Cayeron al tocar el aparato o antes?

–Al tocarlo cayeron fulminados –contestó sollozando–. No se movieron más. Yo entré a ayudarlos y sangraron un poco por...

La doctora no esperó más y entró, pero ya había notado que el sangrado de nariz y boca había parado y eso era mal síntoma. El corazón había dejado de latir.

Lo comprobó apenas entró y comenzó con los masajes cardíacos de reanimación y la respiración boca a boca. Pero a los pocos minutos se dio cuenta de que era inútil.

Por las manos chamuscadas supuso que habían recibido una descarga eléctrica de alta tensión o algo muy similar. Estaba casi segura de que sus órganos estaban quemados por dentro.

Apretó los labios y meneó lentamente la cabeza de un lado al otro.

Claudia se apoyó en el hombro de Jorge y se puso a llorar.

.....

48

–Mis compañeros... –dijo entre sollozos– Todos muertos... No lo puedo creer.

–¿Cómo pasó? –indagó Jorge–. No puedo creer que gente con experiencia cometiera el error de tocar juntos algo desconocido y en apariencia peligroso.

–En realidad... –dudó la arqueóloga– el primero que lo tocó fue Máximo. Y enseguida comenzó a temblar y no podía sacar la mano.

Camilo corrió y lo agarró de la cintura para sacarlo... y de inmediato le pasó lo mismo. Fue...horrible –sollozó de nuevo– Los dos cayeron...y no se levantaron más.

–Creo que no quedan dudas –dijo la doctora–. Corriente de alta tensión. Camilo, al tocarlo hizo puente y recibió la descarga. Hasta las amas de casa saben que para separarlos en un caso así, se debe buscar una escoba o algo parecido, para aislarse del choque.

–Comprende el momento –le dijo su padre–. Camilo, sin pensarlo mucho, quiso ayudar a su compañero. Además, ¿de dónde iba a sacar una escoba o pieza de madera en este lugar? Simplemente actuó por instinto. Tomó la cámara del difunto y comenzó a tomar fotos del aparato. –Aquí dentro hay un material inigualable. Y no me gustaría que se pierda el último trabajo del fotógrafo. Además este aparato no se parece en nada a un transformador. Y sin embargo por lo que parece alimenta todo el sistema eléctrico del lugar, incluyendo el de sonido. Merece la pena que un experto analice las fotos.

Claudia lo miró al sentir esto y él le explicó:

–Así que de a poco se va aclarando el misterio –comentó la arqueóloga, ya más tranquila, pero todavía temblando.

–Todavía nos falta mucho por aclarar –recordó Leonardo, que se había quedado callado y expectante–. Y no sabemos si hay más de estos aparatos infernales. Además hay algo que me intriga. ¿Con qué energía sigue funcionando? Necesita mucha y no veo ningún cable ni le da la luz del sol. Y otra que me inquieta aún más. ¿Quién le hace el mantenimiento?

Esto provocó un escalofrío en todos, pero fue Amancio quien preguntó con aprensión:

–¿Piensa que aquí todavía queda gente? Pueden ser peligrosos. –Me hace preguntas que es imposible que sepa–contestó Jorge–. Por lo que veo esto es inmenso y no hemos recorrido más que una parte. Y vamos quedando pocos. Si Hay gente van a tratar de impedir que demos publicidad a esto. Por lo tanto van a convertirse en enemigos. No quiero mentirle, estamos solos en un lugar secreto y en medio de la selva. Veo la cosa muy negra, amigo.

49

–¿Qué hacemos con ellos? –dijo Leonardo, señalando a los muertos. –No podemos hacer nada. Solamente dejarlos donde están. No los podemos enterrar ni llevarlos con nosotros. Tenemos que seguir recorriendo el lugar los seis que quedamos aquí abajo.

Jorge cerró la puerta abandonando al periodista y al fotógrafo en aquel lugar desolado. Pero llevó las notas de uno y la cámara del otro. Siguieron caminando y hurgando por todas las habitaciones, notando que estaban vacías de todo mueble. Solo unos cien metros más adelante encontraron

otro de los supuestos transformadores, que por supuesto se cuidaron de tocar.

Jorge ocupando el puesto del fotógrafo tomó otra foto y filmó varios de los cuartos vacíos y el pasillo.

–¡Pobres Camilo y Máximo! –recordó Claudia todavía sollozando–. ¡Tantas misiones juntos y cuántas esperanzas en ésta!

–Murieron en su ley –trató de conformar Thiago–. Estoy seguro que eran como soldados y murieron cumpliendo una misión. Es mejor eso que morir en una cama lleno de cables. En mi caso preferiría eso, el que vive en el peligro quiere morir en el peligro.

–Tiene razón –aprobó Jorge, mientras caminaban–. Siempre pensé lo mismo. Odiaría terminar mi vida en un hospital.

–Yo, en cambio –dijo Amancio–, quiero morir cocinando, y no en este lugar extraño.

Ese comentario, en otra oportunidad jocoso, logró arrancar una leve sonrisa en los demás, que se borró inmediatamente. Siguieron caminando y encontraron más cuartos vacíos.

–Definitivamente se mudaron y se llevaron todo –observó Alejandra–. Lo que no entiendo es porqué dejaron esos aparatos funcionando. ¿Pensarán volver?

–No tengo idea –contestó su padre–. Pero era una enormidad de gente. ¡Este lugar es interminable!

Abrió otra puerta esperando ver otro cuarto vacío pero esta vez no fue así. Se encontraron con un entresijo de tuberías que salían de varios lugares en la pared y por los que corría un líquido verde que circulaba en forma permanente.

–¿Sabes qué es eso? –preguntó Jorge a su hija–. De repente como médica viste algo parecido en un laboratorio.

–Ni idea –contestó ella, tocando la cañería primero con el reverso de la mano y con todo cuidado, recordando lo que le pasó a sus compañeros. Pero al ver que nada pasaba cerró su mano sobre uno de ellos y se sorprendió al sentirlo elástico.

–Es como una goma –dijo sorprendida–. Pero no es goma. Es un material que no conozco. Es firme al tacto como si fuera cristal pero cede ante la presión. Y lo que corre por dentro parece clorofila. Pero no estoy segura... La textura es distinta. Me gustaría llevar un poco para examinar. Leo, ¿me puedes cortar un pedazo? Pero con cuidado. Puede ser radioactivo. Leonardo sacó el machete de su cintura y pegó con él en uno de los caños. La filosa arma rebotó.

Intentó nuevamente con mucha más fuerza pero el impulso del rebote hizo que trastabillara y perdiera el equilibrio. Se tomó de otro de los caños para no caer al piso.

–¿De qué está hecho esto? –dijo muy asombrado–. Mi machete está muy afilado y corta hasta las ramas más gruesas.

–Por lo que parece –habló Jorge, mientras filmaba la escena–, lo único que nos vamos a llevar de aquí van a ser filmaciones y fotos. Espero que alguien saque alguna conclusión de todo esto.

Y por supuesto cuando vean esto un ejército de científicos va a invadir el lugar. Pero nadie nos saca el mérito de ser los primeros en descubrirlo. Salieron de la habitación y siguieron recorriendo quince minutos más hasta llegar al final. No encontraron más nada.

–Es hora de irnos –resolvió Jorge.

Dieron la vuelta y recorrieron de nuevo el largo camino pasando de nuevo por los extraños puentes.

Ahora que vi todo –dijo Leonardo– creo que esto está hecho así para que los prisioneros no escaparan. Los indios no tendrían idea del funcionamiento de esto y el agua debe estar contaminada o tenían animales peligrosos en ella.

–Creo que tiene razón –aprobó Thiago–. Los aborígenes que nunca vieron tecnología se habrán asustado, y para poder escapar se tirarían al agua. De repente esto estaba infectado de cocodrilos o algo así.

Siguieron caminando hasta llegar al lugar de salida. Allí les esperaba otra sorpresa. ¡La cuerda no estaba!

.....

50

¿Y ahora qué hacemos? –dijo Claudia entre asustada y desmoralizada–.

¿Les pasó algo a los porteadores que quedaron arriba?

–Me temo que no –opinó Thiago–. Ya vimos que las tribus no se acercan. Y por desgracia creo que la culpa es mía. Me olvidé de decirles que los discos y bastones no eran de oro. Vieron la oportunidad y nos abandonaron pensando que sacarían mucho más dinero con ellos que como porteadores.

En una palabra nos traicionaron y para peor sacaron las cuerdas para que quedáramos atrapados y no los buscáramos para vengarnos. Esta gente contratada a último momento no es digna de mucha confianza.

Por lo menos yo me quedé con dos discos e igual cantidad de bastones, así que no está todo perdido.

–¿No está todo perdido? –repitió Alejandra, con ironía–. Pensé que los conocía. Estamos encerrados en un pozo de cien metros de profundidad y no tenemos como salir. ¿Le parece qué no hay problema?

Thiago no contestó nada. Pero sacó un cuchillo enorme de su cintura y le pidió el suyo al cocinero.

Cavó su cuchillo en una de las paredes laterales del pozo, comprobando con agrado que a pesar de estar forrado de un raro material, este era muy frágil y no costaba mucho agujerearlo.

Apoyando los pies en un extremo de la pared y la espalda en la otra, fue, con mucha paciencia y ayudado con los cuchillos, clavándolos a modo de estaca, avanzando lentamente, cada vez más arriba. Era consciente de lo precario de su posición y de que después de cierta altura se ponía cada vez más peligroso.

Le llevó casi una hora y tuvo que tomarse varios descansos en una incómoda posición, pero al final logró llegar arriba.

Desapareció por unos momentos y Alejandra comentó:

–Esperemos que los ladrones no se hayan llevado las cuerdas.

–Estamos en la selva –le recordó Amancio–. Hay lianas por todos lados.
–Pero yo no soy Tarzán –protestó la doctora–. Y usted tampoco es muy atlético –miró socarronamente el prominente abdomen del cocinero–. Y son aproximadamente cien metros. La cuerda tiene agarres muy juntos que permiten apoyar los pies y las manos, no puede comparar. –Con tal de salir de aquí subo en un hilo de coser –exageró Amancio. En ese momento apareció Thiago en el borde y tiró la cuerda dentro del pozo.
–Tuve que descansar unos minutos –se disculpó–. Quedé agotado. Por suerte dejaron la cuerda aquí arriba. Ni siquiera se tomaron la molestia de desatarla del árbol.

En un rato todos estaban arriba. Thiago todavía estaba empapado de transpiración y su respiración aún no se había normalizado.

–Me costó bastante pero lo logré –dijo orgulloso–. Algún día me voy a encontrar con esos ladrones.

¡Daría mis ganancias por verles la cara cuando quieran vender las cosas que se llevaron como oro! Los van a correr a patadas.

Comenzaron a sentir el trinar de los pájaros y Jorge sonrió.

–Era como yo decía. Apagué el aparato y regresaron los animales. –¿No hay maldición? –se interesó Thiago, mientras comenzaban a caminar.

–Por supuesto que no –contestó el arqueólogo–.

Es todo cuestión de tecnología.

–Lo que me preocupa –habló Alejandra–, es qué nación tiene tanta ventaja técnica sobre nosotros.

Y por lo que parece trabajaban en secreto y haciendo experimentos en humanos. ¿Pero dónde están ahora? Esperemos que no sigan con lo mismo en otro lado.

–Esperemos –repitió su padre–, pero no lo creo.

.....

51

Al poco rato vieron varios indígenas aproximarse con precaución a la zona. Se habían percatado del regreso de los animales y pensaron (en realidad era en parte cierto) que los extranjeros habían vencido a la maldición. Por lo tanto, sin acercarse demasiado, les dejaron dos canastas con frutas y verduras como ofrendas, que por supuesto fueron bienvenidas.

Pero el mejor regalo era que eso los ponía de su parte.

No tenían que andar con el temor de que los atacaran. Ya quedaban muy pocos y no querían ser menos. Pero ahora, según los indios, se habían convertido en brujos.

Por lo tanto siguieron camino, eso sí cuidándose de las fieras y alimañas. Por suerte les habían quedado tres rifles y dos machetes, que habían bajado con ellos.

En tres oportunidades tuvieron que ahuyentar a tiros a dos jaguares y un puma, al que llegaron a herir en una pata. A ninguno de ellos le gustaba matar sin motivo, pero era su vida o la de ellos.

Al ser tan pocos las dos muchachas colaboraban con los machetes. Pero lógicamente iban más lento al no tener la energía de los demás hombres.

–Espero que el capitán nos espere –comentó Alejandra–. Vamos a llegar varios días atrasados.

–Tiene orden de esperar una semana más del plazo –le recordó Jorge–, y sabe que se le pagará por eso.

–Van a ganar para estar cómodos en su barco. Cualquiera se da cuenta que es buen negocio

Ni siquiera tienen que gastar combustible. Además le explicamos que a pesar de tener la ubicación aproximada, no teníamos mucha idea de cuánto demoraríamos.

–Si no fuera por los días que estuvimos prisioneros de los indios –recordó Claudia– nos sobraría tiempo. Por eso calculamos más días. Por los imponderables.

Con mis compañeros...–se detuvo angustiada al recordarlos– teníamos experiencia en eso. Tantas misiones...

Alejandra la tomó de los hombros y la abrazó para tratar de contenerla. Ahora la antigua rivalidad se había transformado en compasión. Siguieron caminando lo más rápido que podían. Las muchachas nada acostumbradas a usar el machete tenían ampollas en las manos y sangraban. Pero eso poco importaba. Lo importante era llegar.

Alejandra, cada vez que podía tomaba la mano de Leonardo. Ya todos eran conscientes de esa relación y la aceptaban con naturalidad. Tanto que llevaban tres carpas. Una para Claudia; otra (la más grande) para Jorge, Amancio y Thiago y la última la ocupaban Alejandra y Leonardo. Por lo tanto estos llevaban una vida íntima y por las noches, cuando ninguno de los dos estaba de guardia (les tocaban dos horas a cada uno, incluidas las mujeres) hacían el amor apasionadamente, como si fuera la última vez, ya que sabían muy bien que estaban en plena selva, rodeados de peligros y podían morir en cualquier momento.

Así fueron pasando los días y se encontraban cada vez más cansados. De improviso, en un pequeño claro encontraron ropas ensangrentadas y algunas flechas tiradas.

–Son las prendas de mis compañeros, los porteadores –reconoció Thiago–. Se lo merecían por ladrones.

–¿Los llevaron prisioneros? –preguntó Claudia. –Se los comieron las bestias carroñeras –contestó Thiago–. Lo único que quedó de ellos fueron sus ropas.

Y por las flechas ensangrentadas los mataron los indios. Los habrán confundido con cazadores de esclavos o simplemente invasores de sus tierras.

Hasta aquí no llegó el “milagro” que hicimos. Estamos rodeados de enemigos.

Buscaron por las cercanías los bastones o discos que llevaban los porteadores, pero no encontraron nada.

–Se los llevaron –concluyó Jorge–. Las cosas raras que brillan atraen a los salvajes. Es lógico. Los triunfadores se llevan el botín.

–Y los culpables pagaron su delito –sentenció Thiago.

.....

52

–El consuelo que me queda –comentó Jorge mientras avanzaban– es que vamos a descubrir una gran conspiración, aunque no sé de qué gobierno.

Tenemos evidencias de una tecnología avanzada y de experimentos con humanos. Y por los grandes recursos parece que hay algún país implicado. –Todavía nos faltan unos tres o cuatro días para llegar al barco –advirtió Thiago–. Y ya perdimos la mayoría de los hombres. Esperemos no tener más dificultades.

Como para contrariarlo, aparecieron entre la vegetación unos diez o doce indios casi desnudos, con las flechas prontas y los arcos tensados prontos para lanzar sus proyectiles.

Podrían haber disparado a algunos de ellos, pero matando tres o cuatro los demás iban a atravesarlos con sus flechas. No podían correr el riesgo de esperar que se asustaran. Tampoco estaban en el siglo XV y esos salvajes probablemente estarían al tanto de la existencia de las armas de fuego.

Por lo tanto bajaron las armas. Si no los habían matado, vaya a saber por qué motivo, ya no lo harían.

Los indios les sacaron todo lo que traían. A continuación les hicieron señas de que caminaran y los llevaron a empujones y gritos entre los árboles.

–¿Entiende algo? –preguntó Jorge, muy preocupado, a Thiago. –Algunas palabras mal pronunciadas, pero casi nada –contestó el porteador.

–Parecen más violentos que los otros –observó Alejandra– y van más pintados y adornados.

–Lamento decirles que es pintura de guerra –murmuró Thiago–. Y realmente no sé por qué no nos mataron. Tuvimos suerte o nos espera algo peor.

A los quince minutos llegaron a una aldea muy pobre con doce o trece chozas precarias.

Los pusieron en una especie de corral, sin techo, fabricado con cañas de bambú cavadas profundamente en la tierra. Cerraron el único portón, hecho del mismo material y lo ataron con lianas. Finalmente dejaron dos guardias en la puerta, armados con lanzas.

Parecían animales encerrados en un establo. La única ventaja es que era pasto y no tierra.

Los guardias hablaban entre ellos.

–¿Puedes entender algo de lo que dicen? –preguntó Jorge a Thiago. –Muy poco. Pero alcancé a comprender que nos trajeron para entregarnos a una tribu más poderosa a modo de tributo, creo, para que no se lleven a ninguno de ellos.

Por lo que parece los otros son mucho más numerosos. Y ellos les tienen miedo.

–¿Y para qué nos quiere la otra tribu? –indagó Claudia, temerosa.

–Disculpe, pero de eso no tengo idea –contestó Thiago, encogiéndose de hombros. Pero no me parece que sea para nada bueno. Creo que tenemos que escapar cuanto antes. Creí entender que en pocos soles van a venir a buscarnos.

–¿Y cómo piensa que vamos a hacer eso? –habló Claudia–. Si quisiéramos abrir el portón nos pincharían los dedos o algo peor. No se olvide de que hay dos grandotes vigilándonos. Y no quiero pensar en lo que les harían si nos dejan escapar.

–Vamos a esperar la noche –dijo el porteador, misteriosamente. A las dos horas les trajeron en unas grandes hojas unos pedazos de carne entre cruda y chamuscada y agua en un recipiente de barro cocido –¿Tenemos que comer eso? –Claudia miró con asco–. No sé ni qué animal es.

–No serán las delicias que yo preparo –comentó Amancio–. Pero no me quiero morir de hambre. Y creo que usted tampoco.

Al final todos comieron, al principio con un poco de asco, pero después con más convencimiento. Nadie quería morir de inanición. No hubo más comida en el resto del día. La intención era que no murieran, no que estuvieran bien atendidos.

Llegó la noche y Thiago reveló su plan. Era simple. Pidió a Amancio que lo ayudara, ya que era el más robusto, a tratar de aflojar dos cañas del fondo del corral.

Pero el plan desgraciadamente no resultó. Por más que intentaron durante tres o cuatro horas, aquellas no cedieron ni un milímetro. Primero intentaron con una cada uno y después de infructuosos intentos trataron de mover la misma los dos juntos. Pero nada. Las gruesas cañas estaban enterradas profundamente en la tierra desde quién sabe cuántos años. Al otro día estaban todos abatidos. Jorge se encontraba sentado aparte en un rincón en silencio. Alejandra y Leonardo abrazados muy juntos en el lado opuesto. Thiago y Amancio más al medio conversando en voz baja. Claudia recostada dormitando sobre las cañas.

Al rato le trajeron la comida. Sabían que era la única del día, por lo que comieron con desgana solo para mantenerse.

Para colmo, mediada la tarde comenzó a llover torrencialmente. Quedaron todos empapados, incluidos los guardias, que no se movieron del lugar. Por suerte hacía calor a pesar del agua, pero eso incrementó el pesimismo de todos, menos de Thiago, que sonriendo dijo:

–Ahora tenemos una oportunidad. -----

-

53

Cuando la lluvia paró y salió la luna, Thiago llamó de nuevo a Amancio y reiniciaron la tarea de la noche anterior.

Movían a un lado y otro las cañas, y cuando los guardias miraban quedaban quietos, como que dormían.

Esta vez con el piso empapado las cañas cedieron un poco y eso bastó para hacer palanca cada vez más fuerte y estas se movían cada vez más. No las pudieron arrancar de la tierra, pero sí separarlas lo suficiente para pasar.

Por suerte los guardias solo los miraban ocasionalmente, y más con la oscuridad.

Comenzaron a salir de a uno lo más rápido posible. El único que quedó medio atascado fue Amancio, que debido a su tamaño le quedaba chico el pequeño espacio, pero entre todos abriendo las cañas un poco más, lograron que saliera.

Corrieron hacia la selva lo más silenciosamente y rápido que pudieron por entre los árboles, alejándose.

Después de unas dos horas, todos arañados por las ramas y sucios, se dieron cuenta que estaban desarmados, sin comida y sin nada donde guarecerse.

–¿Qué vamos a hacer ahora? –se desesperó Claudia. No tenemos nada y estamos en plena selva.

Si nos ataca un animal, ¿con qué nos defendemos?

–Hay que hacer como los indios –explicó Thiago–. Ellos se las arreglan con lo que tienen a mano.

Por esta noche vamos a descansar, si el patrón lo permite (miró a Jorge), aunque sea a la intemperie. Pero antes vamos a conseguir unas varas largas y afilarlas con alguna piedra, por si aparece alguna fiera. No es mucho, pero es mejor que nada. Mañana, con la luz del Sol nos vamos a arreglar mejor.

–Tiene razón Thiago –concilió el antropólogo–. El conoce más la selva que nosotros y nos puede guiar. Por lo menos ahora estamos libres y no corremos peligro inminente. Y yo estoy agotado.

Pero tenemos que establecer guardias para lo que queda de la noche. Sé que todos estamos cansados aunque alguien tiene que ser el primero. Dos horas cada uno.

–¡Yo me ofrezco! –clamó Leonardo–. Tengo más cansancio que sueño.

–Está bien –dijo Jorge–. Y yo soy el segundo.

Dos horas cada uno.

Después veremos los demás.

La noche transcurrió sin problemas. Esta vez Leonardo y Alejandra no hicieron el amor. Estaban muy cansados, sucios y preocupados, y cuando Leonardo llegó de su guardia Alejandra ya estaba dormida, tirada al lado de un árbol.

Sin embargo ella, acostumbrada a las guardias médicas en que dormían de a ratos y pocas horas, fue la primera en despertar. El sol apenas estaba saliendo, sin embargo vio a Thiago muy ocupado sacándole punta a una pequeña rama con una piedra afilada.

–¿Qué está haciendo? –preguntó curiosa.

–Flechas precarias. Y ya tengo hecho el arco –señaló a su derecha. Contra un árbol se encontraba apoyado el mismo confeccionado con una gruesa rama flexible y una liana que lo tensaba.

A continuación juntó unas plumas del suelo y las colocó en el lado romo de las saetas.

–¿Para qué las plumas? –preguntó Alejandra–. Pensé que era un adorno de los indios.

–Sin plumas la flecha no va derecho –contestó él–, pierde dirección.

Aparte una vez que cacemos algo utilizaremos los huesos puntiagudos para hacer lanzas y flechas, según el tamaño. No se preocupe que de hambre no nos vamos a morir.

–Menos mal que lo tenemos a usted –elogió la doctora–. Mi padre y los demás tienen algo de experiencia, pero se ayudan con artefactos modernos.

Al sentir la conversación, sumado a los rayos del Sol, los demás se fueron despertando.

Sorprendidos por la actividad de Thiago, lo tomaron por una excelente idea y lo imitaron.

Éste los guiaba indicándoles qué madera debían usar para cada cosa y los enseñó a hacerles punta a las saetas con piedras afiladas. Luego de tener prontas unas cuantas armas comenzaron a practicar contra los árboles. Al principio fallaban más de lo que acertaban, pero luego, con la repetición y los consejos del porteador, comenzaron a mejorar lentamente. Incluso las dos mujeres se sumaron a esta práctica. A pesar del entusiasmo y la dedicación de todos, Alejandra notó a su padre muy serio y preocupado, por eso le dijo:

–¿Qué te pasa? Te conozco lo suficiente para saber que algo te preocupa.

–Perdimos todo –dijo él, desmoralizado–. No tenemos ninguna prueba y me interesaba sobremanera que analizaran de qué material estaban hechos los objetos que encontramos.

Ahora cuando lleguemos va a ser solo nuestra palabra, sin ninguna prueba. ¿Cómo vamos a convencer a todos de que no mentimos? Tanto trabajo para nada.

Thiago, que estaba muy cerca, lo oyó y se acercó sonriendo.

–Profesor, tengo una sorpresa para usted.

–El arqueólogo lo miró agrandando los ojos, sobre todo cuando el porteador metió la mano dentro de su camisa y sacó dos de los discos encontrados.

–¡Por qué no me dijiste antes! –reprochó entre enojado y contento–. Estaba sufriendo inútilmente.

–No tuve oportunidad. Y quise reservarle una sorpresa agradable entre tantos pesares.

Lo que no pude ocultar fueron los bastones, pero creo que con esto alcanza.

–¡Por supuesto que alcanza! –exclamó Jorge, entusiasmado–. Ahora no regresamos con las manos vacías. Tenemos una prueba contundente. Otros van a terminar nuestro trabajo para explicar mejor todo este embrollo. Mejor dame uno de ellos. Es mejor tener uno cada uno por cualquier cosa que pase antes de que regresemos.

Thiago le dio uno y dijo:

–Es cierto profesor –todavía tenemos que regresar.

.....

54

Cazaron varios pájaros y con los huesos puntiagudos y más fuertes de estos, mejoraron las flechas para la caza mayor, además de aprovechar las plumas.

Cuando pudieron cazar presas más grandes, además de asegurar la comida, aprovecharon del esqueleto las partes óseas mejor diseñadas para las lanzas y otras para las saetas.

Al principio asaron la carne ensartada en un palo, prendiendo fuego a la manera indígena frotando dos piedras duras en pasto seco, que por cierto les fue difícil conseguir, ya que la humedad de la selva está por todas partes. Además no resultó tan fácil prender la fogata por la falta de práctica, pero al final lo lograron.

Al otro día intentaron construir un mediano recipiente de barro cocido, que también les dio bastante trabajo. No tenía muy buen aspecto pero serviría para los guisados.

Lo más duro era dormir a la intemperie, sobre todo cuando llovía, y por desgracia en esa época las lluvias eran frecuentes. Pero por suerte los numerosos árboles aminoraban bastante el agua torrencial y esta duraba poco.

Como no podían ni querían detenerse demasiado, no podían construir refugios. Pero Thiago tuvo una idea. Ir cosiendo los cueros de los animales que cazaran y formar un gran toldo.

Para agujerear aquellos emplearían huesos puntiagudos y les pasarían lianas de plantas trepadoras para unirlos. Era un buen plan. Para el agua no había problema, ya que usaban el recurso que les habían enseñado, combar las hojas en forma de canaletas inclinarlas y tomarla al caer. Y de vez en cuando encontraban algún río donde con todo cuidado se higienizaban.

Pasaron tres días sin mayores problemas, algo deteriorados y doloridos por la caminata, la humedad y los mosquitos, que hacían estragos en su organismo. Por suerte a estos últimos los ahuyentaban en la noche con el humo de las fogatas, y algo que les había enseñado Thiago, agregar el excremento de los animales al fuego. Eso los repelía, aunque no sabían muy bien por qué.

Poco a poco se fueron adaptando y ya parecían una tribu. Salvo algún susto con un escorpión cuándo Claudia se despertó y encontró uno subiendo por su pierna, dos víboras que se cruzaron en el camino y una inmensa araña subiendo por la gran espalda de Amancio, que al final resultó inofensiva, o por lo menos con un veneno casi inocuo para el ser humano, según dijo Thiago.

Pero lo que más temían era encontrarse con alguna otra tribu. Sus rústicos arcos y flechas no les servirían de nada contra los experimentados aborígenes que llevaban años construyéndolos y practicando toda la vida.

Sería como liarse a puñetazos con un boxeador profesional.

Aparte de que los nativos atacaban a traición, la mayoría por lo menos, desde atrás de los árboles.

Pero no se les podía reprochar, los invasores, sobre todo en el pasado, los cazaban como animales, y con rifles de alta potencia. A veces para llevarlos de esclavos y en otras ocasiones para apropiarse del terreno para sus intereses.

Se dice que antes peleaban frente a frente, pero el método de los conquistadores no les daba ninguna oportunidad por sus armas netamente superiores.

Por lo tanto, después de muchas derrotas, y casi al borde de la extinción, cambiaron sus sistemas de lucha. Era una consecuencia de la civilización. Para su suerte eso no se dio. El único inconveniente fue la picadura de un escorpión que se encontraba bajo un tronco que recogía el cocinero para el fuego.

Pero cuando Amancio ya se creía difunto al sentir dolor y calor, junto con adormecimiento en el área de la picadura, contracciones musculares y sudoración, preguntó muy asustado a la doctora; _¿Ya estoy muerto, no? –Según lo que estudié tendría que tener mucha mala suerte para que le pase algo. De mil quinientas especies de escorpiones, solo unas treinta son consideradas peligrosas y mortales para el ser humano.

–Pensé que todos los ataques eran fatales.

Thiago lo tranquilizó aún más al comentarle:

–A mí ya me picaron tres veces y aquí estoy. Es muy doloroso al principio, como la picadura de una avispa, pero pasa rápido.

Se sentaron un rato, esperando la recuperación de Amancio, y Leonardo todavía fue capaz de una broma diciéndole al cocinero:

–Si lo perdemos no hay problema, yo me puedo arreglar bastante bien con la comida.

–Espero seguir cocinando –contestó en medio de las risas de todos–. Ya me estoy sintiendo mejor. Desearía que no sea la mejoría previa a la muerte –dijo ahora Amancio, más en tono de broma, al estar cada vez más tranquilo–. Pero San Pedro se perdió un buen cocinero.

.....
55

Después de dos días más de forzada marcha entre las ramas, enredándose al no tener machetes, llegaron al lugar donde se iban a encontrar con el barco.

Al haber perdido la brújula se basaron en la experiencia del porteador para guiarse, tomando por referencia el Sol, el musgo de los árboles y ni preguntaron qué cosas más.

Lo que más importaba era que habían llegado. Habían transcurrido treinta y seis días y estaban dentro del plazo. ¡Pero el barco no estaba! –¿No nos habremos equivocado de lugar? –sugirió Leonardo, tratando de divisar algo en la lejanía.

–Estoy seguro de que estamos en el sitio correcto –dijo Thiago–. Es exactamente el mismo lugar donde desembarcamos.

Profesor, ¿no les habrá pagado adelantado, no?

–No soy un novato –contestó, algo enojado el aludido–. Tengo muchos años de expediciones y tampoco soy un ingenuo. Les pagué el viaje de ida, cosa que me exigió por si nos sucedía algo. Pero para cobrar el regreso nos va a tener que dejar en el lugar desde donde salimos.

–Entonces es mejor que nos organicemos y establezcamos un campamento en este mismo lugar.

Clavaron cuatro gruesas ramas a unos cien metros de la orilla y pasaron por arriba la lona hecha de cueros que habían confeccionado. No había quedado muy elegante pero servía sobradamente para guarecerse del calor y la lluvia.

–En caso de que no vengán a buscarnos –preguntó Amancio–, ¿esta ruta marítima es frecuentada por barcos?

–Por desgracia no –reconoció Thiago, con un movimiento lento de cabeza–. Los barcos turísticos no llegan tan lejos por miedo a los ataques indios, que por aquí son muy hostiles. En otros tiempos se aventuraban,

pero los salvajes tiraban sus flechas y lanzas contra los barcos en los lugares más estrechos y llegaron a herir algún turista a la distancia, sin siquiera desembarcar. Después de esto impusieron sus propios límites y ya no llegan tan lejos. Hay algunas expediciones, pero son escasas. Por eso mis compañeros y yo aceptamos este trabajo a pesar del peligro. Sería mucha suerte encontrar una en esta época del año. Solo nos queda esperar. No tenemos otra opción.

–Algo los debe haber demorado –opinó Jorge–. Les pagamos bien por sus servicios. No creo que desperdicien todo lo que les queda por cobrar. –Yo solo espero que no nos ataquen los indios –dijo Amancio, con algo de pesimismo.

56

La nueva pareja ya no tenía la intimidad de antes. Ahora solo tenían una pequeña e improvisada carpa.

Pero eso no era impedimento para sus arrumacos. Cuando las caricias subían de tono tenían el bosque cercano, donde hacían el amor sin problemas, escapándose frecuentemente de noche que era cuando estaba más tranquilo.

A veces el guardia de turno los veía salir, pero qué importaba, todos sabían lo suyo.

Eso sí, cuando a su padre le tocaba cuidar la muchacha se negaba a salir por pudor hacia su progenitor.

Una de esas noches, con gran susto de los dos, les pareció ver a alguien, probablemente un indio, escondido tras un árbol en la dirección contraria al campamento.

Se enfrió toda la situación al momento, y acomodándose la ropa, corrieron al campamento temiendo un ataque.

Allí dieron la alarma y despertaron a todos. Por la posición de la luna pasaba medianoche. El pequeño grupo, todavía medio dormido, tomó las pocas armas que poseían y salieron a defender como pudieran su vida. Pero el silencio de la noche era impenetrable, solo se oían los gritos de algunos monos en la distancia.

–¿Se estarán agrupando para atacar? –dudó Amancio.

–No tengo idea –dijo Jorge, que no quiso ser indiscreto preguntando qué estaban haciendo a esa hora en la selva–. ¿Están seguros de que era un indio? ¿No sería un animal?

–Los dos lo vimos –se defendió Leonardo–.

Fue muy claro que era una cara con plumas y adornos.

–Y cara de indio –contribuyó la doctora–. ¡Estamos seguros que era un hombre! Hoy la luna brilla bastante.

Esperaron largos y tensos minutos pero no se produjo ningún cambio.

–¿Se habrán arrepentido al ver la pobre vivienda que teníamos? –trató de creer Alejandra–. De repente se dieron cuenta de que no teníamos mucho.

–O se están reuniendo para hacer sus planes –contrarió Claudia–. Los salvajes son muy territoriales, como la mayoría de los animales, y no les gusta nada que invadan sus dominios.

Esperemos que se den cuenta de que no somos habitantes permanentes –deseó Jorge.

Esa noche durmieron mal, sobresaltándose permanentemente. El guardia de turno permanecía escondido, pero eso no garantizaba que no le acertaran un flechazo a traición y no tuviera tiempo de avisar nada. Podían tener a los indios sobre ellos en cualquier momento.

El ataque nunca se produjo. Jamás sabrían por qué, pero los nativos no los consideraron una amenaza.

Al tercer día llovió y las goteras se colaban por todos lados. Por supuesto las costuras de los cueros eran rústicas y tenían que situarse en rincones estratégicos para no mojarse. Pero siempre era mejor que estar a la intemperie.

Lo único bueno era que todos se habían curado, por lo menos no sentían síntomas, de la supuesta radiación a la que habían estado expuestos. Lo malo de la situación era que estaban varados en ese lugar y no tenían forma de salir.

–¿Y si avanzamos río abajo? –propuso Claudia–. ¿No ganaríamos tiempo o posibilidades de encontrar otro barco?

–Sería un suicidio –opinó Thiago–. Tendríamos que hacer cientos de kilómetros por entre la selva, precariamente armados y cerca de la costa, justo donde van todas las fieras e indios a buscar agua.

Incluso si nos internáramos en la espesura, sin machetes para avanzar más rápido, y casi desarmados, iríamos muy lento y correríamos grandes peligros. No, definitivamente no podemos.

No tenemos más remedio que esperar un poco más. Yo tampoco creo que nos abandonaran así como así, perdiendo buenas ganancias. Algo les pasó. Como si las palabras de Thiago fueran proféticas, Leonardo, que en ese momento estaba de guardia gritó:

–¡Viene un barco, y creo que es el nuestro!

.....

57

–Tu novio tiene buena vista –le dijo Jorge a su hija, catalogando así por primera vez a Leonardo.

Ella lo miró extrañada, preguntándose si su padre había aceptado al muchacho o era solo el entusiasmo del regreso.

Salieron todos haciendo señas con sus dos manos a la embarcación y saltando. Al parecer sus penurias habían terminado.

El capitán Adriano y su ayudante los vieron de lejos y les hicieron señas confirmándoles que los habían visto.

Lanzaron un bote de remos al agua (lo preferían para no hacer tanto ruido con un motor fuera de borda y alertar posibles enemigos) y Joao remó hasta la orilla. Los que estaban en tierra ayudaron a arrimar el bote.

–E os demais? –preguntó mirando hacia todos lados.

Jorge se pasó la mano por la garganta en un gesto explícito.

El marinero lo miró muy serio y no dijo más nada. La barrera del idioma le impedía hacer más comentarios.

Subieron al bote y Joao comenzó a remar hacia el barco. Al llegar el capitán les tiró una escala y treparon en ella para ascender a la embarcación.

Al llegar, el capitán trató desesperadamente de disculparse, pero primero consultó al marinero por la gente que faltaba y éste le contestó en portugués.

—Tenho minhas desculpas! Quebrou o motor do navio. Eles demoraram fixando.

—Para los que no entendieron, dice que se rompió el motor y demoraron en arreglarlo —tradujo Jorge a los demás, haciendo una seña al capitán como que estaba todo bien.

—Lamente os mortos . Floresta muito perigosa.

—Dice que lamenta los muertos y que la selva es muy peligrosa.

Después de esto se consideró disculpado, dio media vuelta y después de ayudar a Joao a subir el bote, se dispuso a alejarse de ese lugar.

Al poco rato, en un pasaje más estrecho del río recibieron una lluvia de flechas, tal y como habían hablado que a veces sucedía. La mayoría rebotaron en la parte metálica de la nave sin hacer ningún daño, pero una, un poco más alta, rozó en el brazo de Leonardo muy superficialmente al perder fuerza por la distancia.

La doctora corrió a socorrerlo, tomando lo disponible en el botiquín del barco, pero en seguida notó que no era nada grave.

—Espero que no esté envenenada —deseó el historiador—. Tengo una gran historia que contar y otra contigo, que por cierto espero que dure varios años.

—Sería una ironía del destino perderte ahora —comentó ella mirándolo a los ojos.

—Son saetas grandes —caminó Thiago hacia ellos al escuchar el comentario. Están diseñadas para matar sin veneno. De cerca pueden atravesar un cuerpo. Con ese tamaño no necesitan contaminarlas.

—Gracias Thiago —comentó Leonardo—. La verdad es que te convertiste en un miembro indispensable de la expedición. Si no fuera por tu ayuda todavía estaríamos perdidos en la selva...o muertos.

—De todas formas —dijo él haciendo un mohín—, aún me siento culpable por el robo y abandono de mis compañeros. Al fin y al cabo los elegí yo en el puerto, y sin conocerlos.

—Ya lo pagaron con su vida —recordó Alejandra—. Su castigo fue extremo. No podrán hacerle daño a más nadie.

—Eso es cierto —meditó Thiago, mientras miraba como la doctora curaba a Leonardo y vendaba la herida. Luego de terminar su tarea Alejandra besó la tela que tapaba la lesión.

Con ese último detalle culminó su trabajo.

.....

58

El viaje continuó sin mayores inconvenientes. En cuanto el cauce del río se ensanchó el capitán alejó la nave de la orilla lo más posible para no correr peligro.

Además, aunque a él nunca le había pasado, se enteró en el puerto de que en algunas ocasiones, personas que habitaban en la selva huyendo de la justicia, no indígenas, abordaban los barcos que pasaban cerca en unos rápidos botes y robaban todo lo que podían.

Claro que se cuidó de brindar esta información a sus clientes. No había ninguna necesidad de alarmarlos por algo que a él nunca le había sucedido.

Ahora que eran la mitad de los que habían venido sobaban camarotes. Pero de todas formas Alejandra y Leonardo tomaron uno para ellos dos. Ambos estaban resueltos a no separarse más.

Una vez solos ella preguntó:

—¿Cómo estás? Por suerte no necesité coser la herida. Perdí mis instrumentos y medicamentos en la selva.

—Y aquellos indios ni siquiera tienen idea de lo que tienen en su poder.

—Lo único que les puede servir es el bisturí. No creo que hayan visto nada tan afilado en su vida.

—Supongo que el jefe lo usará para su lanza —opinó él—. Va a tener el arma más afilada del Amazonas.

Ella sonrió imaginando eso. Después lo miró con ternura y le recordó:

—Todavía no contestaste mi pregunta. ¿Cómo te sientes?

—Bien. Arde un poco pero es solo un arañón. No te preocupes, por ahí no se me va a escapar el amor —dijo un paso hacia ella tomándola de la cintura y besándola con pasión.

Así apretados uno muy junto al otro retrocedieron hacia la cama, e hicieron el amor, olvidando por un rato todas las desgracias y trabajos pasados.

Mientras tanto en cubierta, del lado de la proa, Jorge y Claudia conversaban muy animados.

—Costó la vida de varios hombres —dijo el antropólogo—, pero tenemos los discos. Thiago ya me dio el que tenía él. Vamos a quedar con uno cada uno —sacó un objeto brillante y redondo de un amplio bolsillo de la camisa y se lo entregó.

—Gracias —dijo tomándolo. Lo miró con curiosidad y comentó— Sigo sin tener idea de qué significan estos símbolos, ni de qué material está hecho. Es todo un misterio. De repente si estuviera Marcelo, que era arqueólogo, podría darnos alguna respuesta.

—Pero ya no lo tenemos. Cuando lleguemos me voy a reunir con arqueólogos, y expertos en lenguas muertas y dialectos a ver que saquemos en claro. Y mientras tanto voy a examinar unos textos, aunque no recuerdo haber visto algo parecido.

—Y yo voy a consultar con químicos para que estudien el material, así repartimos el trabajo.

—Convenido —acordó Jorge—. Este misterio hay que aclararlo cueste lo que cueste.

59

Finalmente llegaron a Manaos. Desde allí, acompañados por Adriano, Amancio y Thiago (el marinero se despidió y quedó en el barco), entraron a un banco y tramitaron el correspondiente giro para que el Capitán, el cocinero y el porteador cobraran sus honorarios y ya aprovecharon a retiraron efectivo para ellos.

Al salir saludaron al patrón de la nave, a Amancio y especialmente a Thiago agradeciéndole los servicios prestados y abrazándolo, consciente

de que había sido imprescindible para sacarlos de varios apuros y manteniéndose fiel a la causa, prometiéndole que lo recomendaría con otros colegas.

Desde allí Jorge, Alejandra, Leonardo y Claudia, se dirigieron al aeropuerto, acordando tomar un vuelo directo hacia el domicilio del arqueólogo donde éste podría recurrir a más contactos. Claudia estuvo de acuerdo considerando la edad del veterano antropólogo y el cansancio del viaje que se notaba en su rostro. Después de las primeras averiguaciones ella retornaría a su país con uno de los discos para consultar por su cuenta con otros expertos.

Tuvieron suerte con el avión. En apenas una hora salía un vuelo, por lo que se quedaron en el aeropuerto comiendo y tomando algo en la cafetería y no tuvieron que recurrir a ningún hotel.

El vuelo fue tranquilo y en tres horas ya estaban en su país.

Tomaron un taxi y fueron directamente al domicilio del antropólogo. Éste se sentó junto al taxista y los otros tres atrás.

Mi cara es un desastre -dijo Alejandra, mirando a Leonardo que se encontraba a su lado. Los mosquitos y otros insectos me masacraron.

-Igual estás hermosa -dijo él para tranquilizarla-. Unas picaduras de mosquitos no matan el amor de nadie.

-Me dices eso para que no sufra, pero sé que estoy horrible.

-Yo tampoco estoy presentable -le recordó Leonardo- ¿O te piensas que porque soy hombre los insectos me perdonaron?

-Es distinto, a las mujeres nos gusta estar siempre impecables. ¿Y te piensas que a los hombres no? -lo que pasa es que nos cuidamos menos. Supongo que es una cuestión de costumbres.

-Disculpen que me meta -interrumpió Claudia-. Pero desde el pasado los hombres hicieron la guerra y morían a millones. Por lo tanto, las mujeres que quedaban en su casa tenían que competir por los pocos que quedaban. Así que se maquillaban y cuidaban mucho más. Al principio era una cuestión de ganar a los sobrevivientes compitiendo entre ellas, y más cuando el hombre era el sustento del hogar.

Por supuesto, como todas las costumbres, ésta quedó inculcada, y ahora, en tiempos de paz, se siguen cuidando y compitiendo.

-No se me había ocurrido -confesó Leonardo-. Pensé que era una cuestión genética.

-Es una cuestión de guerra -concluyó Claudia, mirando a Alejandra. Ésta sintió una especie de inquietud. ¿Es que su compañera de aventuras todavía estaba compitiendo? Trató de descartarlo y atribuirlo a sus celos naturales.

60

Llegaron al domicilio del antropólogo y Claudia se ofreció para seguir y conseguir un hotel donde alojarse.

-¡De ninguna manera! -dijo Jorge-. Tenemos un cuarto de huéspedes. Alejandra puede dormir en el dormitorio de ella junto a Leonardo y tú en el otro. Yo tengo el mío.

Esta noche haré los contactos pertinentes para mañana visitar contigo a los expertos. Lo haría hoy mismo, pero estoy muy cansado.

–¡Por supuesto papá! –levantó la voz su hija–. Tienes que descansar unas cuantas horas. No tienes veinte años. Nosotros estamos muertos de cansancio y somos mucho más jóvenes. Me imagino que a tu edad arriesgarías mucho más tu salud.

–Tampoco soy tan viejo –protestó él–. Pero el viaje fue agotador, y ya son las ocho de la noche y nos conviene descansar.

¡Y al fin en nuestra camita!

Después de bañarse comieron algo. Durante la cena planificaron sus actividades del próximo día.

Jorge iría junto a Claudia muy temprano a la universidad, donde además de varios expertos en lenguas, había una gran biblioteca, en la cual, en caso de no encontrar quien descifrara el texto, buscarían en ella algo similar a los signos de los discos para, en último caso, encontrar algo en que basarse para presumir su procedencia.

Luego irían al laboratorio de un conocido del antropólogo para analizar el material de los discos.

Mientras tanto Leonardo comenzaría a ordenar sus notas para iniciar el relato sobre la expedición, y Alejandra permanecería a su lado, en la casa. Se tomaría dos días más para descansar antes de ir a trabajar. Y de paso, por qué no decirlo, pasaría ese corto tiempo con Leonardo.

Finalmente fueron a dormir a sus respectivos cuartos.

Al principio la doctora tuvo una ráfaga de incomodidad al entrar al cuarto y recordar a su finado marido. Era la primera vez que entraba a dormir con otro hombre en el antiguo cuarto de matrimonio.

Después se dio cuenta de que su padre habría pensado lo mismo cuando les dijo lo del cuarto, pero en ningún momento se sintió incómodo, o por lo menos no lo demostró.

Sabía bien que Alejandra nunca había estado conforme con su matrimonio, y ahora en cambio la veía feliz al lado de Leonardo.

La expedición había logrado lo que él no pudo, la felicidad de su hija.

Entraron al cuarto de la mano, y él dijo la manida frase, un poco en broma un poco en serio:

__¡Al fin solos!

Ella rió con alegría y dijo:

–Ni que fuera la primera vez que vamos a hacer el amor.

–¿Y quién te dijo que vamos a hacer el amor? –dijo él muy serio–. Yo voy a dormir. Estoy muy cansado.

A ella se le borró la sonrisa de golpe y aunque no era supersticiosa pensó en que ese cuarto tenía alguna maldición, pero casi enseguida notó un atisbo de sonrisa en el rostro de su compañero y se dio cuenta que bromeaba.

Y más cuando Leonardo avanzó dos pasos y la tomó en sus brazos apretándola suavemente y dijo:

–Te asustaste, tontita. Te amo mucho. El cansancio no importa. Tenemos que aprovechar todas las oportunidades.

–¡Qué malo, mi amor! Casi me muero del susto. Pensé que habías dejado de quererme.

–Eso nunca. Solo tenía ganas de bromear para ver tu cara de susto.

La llevó hacia la cama y se fueron desvistiendo de a poco, uno al otro. Las lentas y suaves caricias de él la hicieron olvidarse totalmente de que alguna vez había estado casada y de todos los peligros que habían pasado.

Solo se dejó llevar gozando el momento.

.....

61

Al otro día, a eso de las diez de la mañana Alejandra y Leonardo se despertaron casi al mismo tiempo.

Ella miró el reloj y se asombró.

–¡Las diez! –dijo–. Hacía tiempo que no me levantaba tan tarde.

Sin embargo quedó abrazada a él.

–Es el cansancio del viaje...y del amor –agregó Leonardo, con un gesto risueño–. Supongo que tu padre y Claudia ya estarán en averiguaciones desde temprano. Tenían mucho cansancio, pero más entusiasmo por averiguar.

–No es para menos. Es la aventura de su vida. –No te olvides que son antropólogos –sonrió él. Y tienen entre manos algo que no comprenden.

–Es totalmente comprensible –defendió Alejandra–. Mi padre vivió toda su vida con la esperanza de hacer el gran descubrimiento.

No me extrañaría nada que a pesar de su cansancio le costara dormir, pensando en el día de hoy y en lo que descubrirían.

–¿Nos levantamos? –sugirió él–. ¡Me muero de hambre!

–Cosa que no me extraña nada por la hora que es. Yo también tengo apetito. Aunque te confieso que me cuesta salir de tu lado.

–A mí también –confesó el historiador–. Me siento muy cómodo junto a ti. Pero tenemos que comer –dijo apartando las sábanas–. Sino nuestra relación va a durar muy poco.

Ella se levantó primero, sin molestarse en ponerse la ropa interior, y fue al baño, él la esperó en la cama. Siempre pensó que la intimidad de los servicios higiénicos era algo sagrado.

Cuando ella salió ya bañada y con el pelo mojado, el comentó: _¡Qué agradable aroma! Siempre me atrajo el perfume de una mujer recién bañada.

–Entonces voy a tratar de que ninguna mujer recién bañada se te acerque –bromeó la muchacha.

El chico se levantó a su vez y se metió en el baño.

A los quince minutos salió y ya no la encontró en el cuarto.

Sintió ruidos en la cocina y fue hacia ese lugar. Ella se encontraba en la cocina, preparando el desayuno; unas tostadas con mermelada y café. De este último se desprendía un agradable aroma que incitó aún más el apetito de Leonardo.

La abrazó por detrás, consciente de que este acto agradaba a las mujeres, y ella no fue la excepción. Se apretó a él y dijo:

–Éste es el primer desayuno que te preparo. Espero que te guste, y le dio un beso en la boca.

–Pero no soy un machista empedernido –dijo el historiador–. Hay mañanas en que yo lo puedo preparar. Incluso sé cocinar.

–Me hiciste acordar que a las doce viene la cocinera. Nosotros almorzamos tarde. Yo regreso del sanatorio a las dos (ahora estoy de licencia) y mi padre que se jubiló; antes daba clases en la universidad, y cuando no sale queda encerrado en su biblioteca estudiando sus cosas y escribiendo crónicas. ¡Nunca quiso parar de trabajar!

–Y ahora, después de tantos años tuvo su premio. Cada vez me doy más cuenta de porqué se arriesgó tanto. No es un anciano pero a su edad la selva se vuelve muy complicada, incluso para nosotros.

–Si será complicada –dijo la doctora, mientras servía el café– Ya ves que perdimos varios hombres.

Leonardo estuvo a punto de decir “ hasta tu marido”. Pero se contuvo a tiempo dándose cuenta de lo inoportuno de la frase.

Ella pareció leerle el pensamiento y dijo:

–Hablando de la cocinera le voy a decir que eres un amigo de mi padre, por lo menos por un tiempo. Me da vergüenza lo que piense si salgo con mi marido y vuelvo con otro hombre.

–En realidad no tendría por qué importarle tu vida, pero comprendo perfectamente tu pudor femenino. Desde que llegue, miró el reloj en la pared, y falta poco, paso a ser un colega de tu padre que vino a quedarse unos días por una investigación.

Como vivo solo nadie se va a extrañar de mi ausencia. Y todavía no sé cuántos días me quedaré –dijo mientras mordía una tostada–. Quiero conocer el final de la aventura. Y tenemos una historia que no tiene final, la nuestra.

–Esperemos que se resuelva pronto –deseó Alejandra, mientras recogía los platos.

Sintieron que se abría la puerta a las doce menos diez y la cocinera apareció diciendo:

–¡Buenos días! Su padre me comunicó anoche que habían regresado, pero a usted esperaba encontrarla en la casa pues me comentó lo que le pasó a su marido y no creo que tenga ganas de trabajar todavía. Lo lamento mucho.

–Gracias. Es eso y que tenemos visitas en la casa. Un colega de mi padre se encuentra colaborando con él en una investigación.

En ese momento apareció Leonardo en el pasillo y saludó muy sonriente:

–Buenos días, me llamo Leonardo.

–Y yo Ramona –contestó la cocinera–. Mucho gusto. ¿Están solos? –Eso sonó algo irónico a Alejandra, pero pensó que eran solo una pregunta simple de la empleada.

–Sí –contestó, algo incómoda–. Mi padre y otra colega salieron a hacer algunas averiguaciones.

–Supongo que regresarán tarde, como siempre –dijo la empleada–.

Permiso, voy a cumplir con mis tareas –desapareció en la cocina sin darles más importancia.

–Te preocupabas tanto y poca importancia le dio. Por lo que veo resultaste demasiado tímida.

A la empleada no tiene que interesarle tu vida privada.

–Es que hace años que está con nosotros y no quiero que piense mal de mí.

El historiador se puso a escribir en la mesa del comedor. Tenía que armar todas las aventuras que habían pasado. Sus apuntes estaban desordenados y mal redactados y si quería publicarlos...recordó en ese momento que todavía el caso estaba sin terminar, en realidad era muy poco lo que sabían .

Mientras tanto Alejandra aprovechó para arreglarse un poco y hacer la cama. Después retornó a donde estaba su novio. Ya pasaban la una de la tarde y Leonardo preguntó.

–¿Comemos o esperamos a los demás?

–Cuando la comida esté pronta nos avisan. Con mis horarios y las salidas de mi padre es muy raro cuando almorzamos juntos.

A los veinte minutos Ramona apareció y les preguntó si querían comer. Le dijeron que sí y trajo los platos en una bandeja junto con dos servilletas. Era el primer almuerzo que compartían solos.

Después de comer pensaron en dormir la siesta, pero se dieron cuenta que quedaba mal que llegaran los dos arqueólogos cansados, y probablemente hambrientos y ellos estuvieran cómodos durmiendo. Por lo tanto, después que Ramona levantara los platos de la mesa el continuó escribiendo y ella se sentó junto a Leonardo, pero sin molestarlo demasiado.

En la cocina se sentía a la cocinera lavando la losa.

Cuando ya eran casi las cuatro de la tarde aparecieron Claudia y Jorge, que además de cansados venían muy serios.

–¿Cómo les fue? –preguntó de inmediato Leonardo. –Mal –dijo secamente Jorge.

.....

62

–¿Qué salió mal? –preguntó curioso el historiador.

–Todo –contestó malhumorado Jorge–. Nadie en toda la universidad nos pudo dar ningún dato de los signos en los discos. Dijeron que nunca habían visto nada semejante.

Incluso consultamos a un especialista en lenguas muertas y jeroglíficos y no supo decirnos nada.

Recurrimos a un experto en dialectos africanos...¡y nada!

Después estuvimos tres horas en la biblioteca sin conseguir ningún resultado. ¿Es que nadie conoce ese maldito idioma?

–Y para colmo –habló ahora Claudia– fuimos al departamento de química y luego de varias pruebas a los discos, nos dijeron que no podían identificar el material del que estaban hechos.

–En resumen –dijo el antropólogo–, perdimos casi todo el día y no averiguamos nada. Sabemos lo mismo que cuando salimos. –¿Y cómo puede ser –se extrañó Alejandra– que un laboratorio tan equipado como el de la universidad no pueda identificar el material de los discos?

–No tengo idea –reconoció Claudia–. Pero conozco un gran laboratorio en mi país y me juego el honor a que descubren algo. Me voy a llevar uno de los discos y en pocos días tendrán noticias más.

En las traducciones también voy a pedir apoyo a los expertos de National Geographic. ¡No podemos quedar a medias y sin saber nada!

–Completamente de acuerdo –se entusiasmó Jorge–. ¡Quiero respuestas a toda costa! Daría todo lo que tengo para solucionar el misterio.

–Yo pienso lo mismo –dijo la arqueóloga–. Mañana mismo viajo a mi país. No podemos quedarnos sin nada con todos los trabajos y peligros que pasamos para conseguir eso.

–Y yo tengo una historia inconclusa que tengo que terminar de alguna forma –recordó Leonardo–. Con lo que me pagaron no puedo llevar una historia sin cerrar.

–Y no podría seguir viviendo con esa duda –dijo Jorge, dejando preocupada a su hija.

63

Al otro día muy temprano, Claudia partió al aeropuerto provista del disco y de grandes esperanzas de resolver el misterio. Tenía confianza en el poder de su organización que conocía a los mayores expertos en el tema a nivel mundial. Prometió volver lo más pronto posible, en cuanto se enterara de algo.

Los otros tres quedaron esperando en la casa, impacientes, pero sin poder hacer nada. De todas formas la doctora llevó el disco a un laboratorio conocido que no pudo identificar el material.

Tenía curiosidad, pero además lo hizo por su padre, cuya salud se deterioraba rápidamente por la impaciencia e impotencia. Estaba acostumbrado a actuar él mismo para resolver los casos intrigantes. Pero este asunto lo superaba. Ya había recurrido a todo su conocimiento, libros y conocidos, sin que surgiera ni una sola pista. Su única esperanza se había depositado en Claudia y ya habían pasado tres días sin noticias. ¡Ni siquiera un llamado de teléfono!

Y se maldijo varias veces por no recordar de pedirle el número de ella. ¿Y si no regresaba nunca? Trató de desechar esos pensamientos y concentrarse en otros estudios que tenía pendientes. Pero no podía enfocarse en más nada.

Tenían la historia de un pueblo desconocido en esos discos y nadie sabía lo que decían.

Mientras tanto Alejandra y Leonardo seguían con su romance cada vez más íntimo y apasionado.

El muchacho tenía dos poderosas razones para quedarse; su amor por la doctora y la curiosidad y obligación profesional de culminar la nota. No podía finalizar diciendo que al final no sabían nada. Sería como estafar a los que lo habían contratado y a sus lectores.

Pero en su interior reconocía que el principal motivo era que no quería apartarse de su amada.

Por eso un día, después de salir toda una tarde, apareció con un gran ramo de rosas rojas.

Alejandra, sorprendida, le preguntó:

–¿Y eso por qué? Hoy no es mi cumpleaños.

–Pero todos los años vamos a tener que celebrar este día –dijo Leonardo, muy misterioso.

Ella acercó su nariz a las flores para tomarle el aroma. Fue entonces cuando vio un pequeño paquete envuelto en papel de color azul brillante que se encontraba entre ellas.

Lo sacó con curiosidad, pero ya intuyendo de qué se trataba. Lo abrió nerviosamente y se encontró con un pequeño estuche acolchonado. Al abrirlo vio dos brillantes anillos de compromiso y con cara de asombro solo pudo atinar a hacer una sola pregunta:

–¿Ya, estás seguro?

–Nunca estuve más seguro de algo –contestó él–. Claro que estoy convencido de que te amo y quiero pasar el resto de mi vida contigo. –Yo también. En estos pocos días me mostraste la felicidad. ¿Pero no es más común esperar un tiempo prudencial para conocerse un poco más? –Es que nuestro amor no es común. Nos conocimos en el peligro donde la gente demuestra lo que es, y después convivimos en la paz. Para mí, por lo menos , ya alcanza.

Ahora solo basta con que pronuncies dos letras: ¿Te quieres casar conmigo?

–Dos letras me parecen muy frías, prefiero contestar: ¡Por supuesto que sí, mi amor!

Casi no pudo terminar la frase, pues los labios de él sellaron su boca.

.....

64

A los cinco días regresó Claudia. Todos se reunieron en la sala, ávidos de noticias. Sobre todo Jorge, que mostraba ojeras por haber dormido mal todos esos días. Su único consuelo era ver a su hija feliz y acompañada. Además se había enterado del compromiso de los muchachos, y eso lo contuvo un poco más.

–¿Tiene noticias? –indagó el antropólogo, incapaz de aguantarse más tiempo.

–Por eso vine –contestó Claudia, con una sonrisa–. Pero no creo que sean las que esperaban.

Moví cielo y tierra, recurriendo a todos los recursos de la organización. Y los resultados me sorprendieron grandemente. Nunca me había encontrado con algo así.

Primero recurrí a los expertos en lenguas muertas, y me dijeron que nunca habían visto símbolos parecidos.

Después a los eruditos en lenguas africanas, y me contestaron lo mismo. ¡No era ni remotamente parecido a ningún idioma antiguo! Y además estaba grabado con una especie de láser que no conocían. Era imposible que no fueran técnicas modernas.

Ya casi desanimada consulté en la principal facultad de química de mi país y allí tuve la sorpresa más grande. ¡No era ningún material procedente de la Tierra!

Como teoría me sugirieron que alguna tribu al ver caer un meteorito, lo tomara por algo sagrado y confeccionara los discos con símbolos religiosos que se perdieron en el tiempo

Pero después de ver personalmente las instalaciones, la radioactividad y la infraestructura de dichos lugares, me niego a creer en semejante hipótesis. Además los objetos son demasiado perfectos. ¿Qué tribu tiene la tecnología para manejar el metal, o lo que sea, así.

Hay crónicas de quinientos años de antigüedad que aseguran que eso ya estaba allí cuando llegaron.

Si fuera algo moderno podría dudar de que los militares, quién sabe de qué país, tenían un proyecto secreto en aquel apartado lugar.

Pero he leído demasiados escritos de la antigüedad dando cuenta de que eso ya estaba ahí en la época de la conquista.

Por lo tanto, a la única conclusión que llego, y no se asombren, es que esas instalaciones son de origen extraterrestre. Y por lo que vimos realizaban pruebas con humanos.

Ninguna tecnología terrestre poseía en esa época algo parecido. De ahí viene ese terror de los indígenas por el lugar. Consideraban que los dioses habitaban la zona y tomaban prisioneros para sacrificios rituales, que en realidad eran experimentos o estudios sobre la raza humana. Al irse se llevaron casi todo.

–¿Y para qué dejaron los discos y bastones? –consultó Leonardo, bastante asombrado.

–Por lo que parece –dijo la antropóloga– esa era su base al principio, pero luego tuvieron que abandonarla de apuro al ser descubiertos por algunos habitantes. Tengo varias teorías. O se olvidaron, o les pareció que carecían de importancia. No tengo idea de para que las usaban, aunque los discos parecen libros de datos, y los bastones...no se me ocurre. Solo espero que la cara que aparece en ellos no sea una copia de “los visitantes”.

–De repente eran como un bastón de mando, categoría, dioses o algo así –sugirió Jorge–.

Y los pueden haber dejado para atemorizar a los indígenas y que no se acercaran.

La radiación de repente fue un experimento fallido o el lugar donde tenían escondida la nave con motores radiactivos o lo que sea. A esta altura no estoy seguro de nada.

–Ahora que lo pienso –dijo Alejandra– esa radiación era bastante particular. El pobre Fermín murió demasiado rápido y solo tocó la pared, mientras que nosotros que estuvimos expuestos, mejoramos enseguida. Y una vez que estás expuesto a la radiación común no te curas tan fácilmente, es más, no te curas.

–No pude evitar que los militares se enteraran –confesó la antropóloga–. Y por supuesto me interrogaron exhaustivamente, sobre todo queriendo saber el lugar exacto.

Lo lamento pero me sacaron el disco. Creo que querían hacer pruebas sobre la resistencia del material. Por supuesto nunca les dije de la existencia del otro disco. Me dejaron libre hace dos días, pensando que no tenía ninguna prueba para la prensa ni nadie me creería, ya que ni fotos tenemos. Aquellos indios nos sacaron todo.

No me extrañaría que los visitaran a ustedes. No lo han hecho todavía por no enterar al gobierno de este país, ya que quieren la exclusividad, pero no me parecería raro que buscaran la forma.

Ahora mandaron muchos soldados al lugar. Quieren ver si pueden encontrar tecnología que les sirva para algo. Se interesaron en los supuestos radares y los puentes extensibles entre otras cosas.

–¿Por qué les contó todo? –reprochó Jorge– Nos implicó a nosotros.

–Tuve que hablar con mucha gente para averiguar y explicarles al detalle. Cuando me detuvieron ya sabían todo. Por suerte no hablé con nadie del otro disco, no sé ni porqué, sería autoprotección inconsciente. Siempre tuve la costumbre de guardarme algún dato.

–Se me ocurre otra teoría menos disparatada –habló Leonardo–. Creo que ya lo hablamos. Los militares de vaya a saber qué país, aprovecharon la leyenda para instalar una base secreta para sus experimentos. –No sé –dudó Jorge–. ¿Y todas aquellas construcciones artísticas que encontramos? No me cierra que se hubieran tomado tanto trabajo. –No creo que eso sea obra de ellos. Aquello era auténtico. Pero le agregaron el refugio subterráneo, los discos y bastones para asustar y mantener lejos a los indios del lugar.

Y supongo que en las cuevas se realizó algún experimento fallido y lo abandonaron. El metal sería un experimento combinando elementos nuevos.

–Puede ser...–dudó Claudia–. De repente los militares averiguan algo. Pero no creo que salga a la luz. Sea lo que sea lo van a mantener en secreto.

65

A las dos semanas tres personas de particular se presentaron muy temprano en el domicilio del arqueólogo. Serían las ocho de la mañana. Alejandra ya se había ido a trabajar y Leonardo había conseguido un trabajo nuevo en la universidad del lugar, renunciando al anterior, y también se había ido.

Los hizo sentar en el sofá de la sala y el quedó frente a ellos en otro asiento individual.

–¿En qué los puedo ayudar? –dijo–.

–Sabemos todo sobre su expedición –dijo el que se había identificado como coronel Machado–.

Rastrillamos toda la zona y no encontramos nada trascendente. Las cuevas estaban completamente vacías y abiertas. Lo único extraño eran unos dibujos en las paredes, pero no les dimos importancia. Los indígenas acostumbran a grabarlas.

Después seguimos y hallamos una ciudad en ruinas, pero ni rastro del muro ni las puertas modernas que nos dijo la arqueóloga.

Y por último, y para colmo, no hayamos por ninguna parte la ciudad subterránea ni los radares dorados que nos dijo. Y lo que más nos extraña es que ella no se hallaba en condiciones de mentir.

–¿Por qué? –preguntó Jorge, asombrado.

El visitante no se dignó a contestarle, lo miró a los ojos y le dijo:

_¿Dónde está el disco?

_¿Qué disco?

–Ya sabemos que lo tiene –afirmó mientras sacaba un arma de entre sus ropas apuntándole a la cara. El arqueólogo no se inmutó y dijo:

–No sé de qué disco me habla. El único que logramos rescatar se lo di a Claudia para que averiguara algo.

–¿Prefiere que le preguntemos a su hija? Y no vamos a ser tan amables, se lo puedo asegurar.

Ante esta amenaza el hombre cedió.

–Está bien. Se lo voy a traer.

–¡Cabo, acompáñelo! –ordenó el coronel. Uno de los soldados se levantó y fue con Jorge a su dormitorio, donde desde dentro de su mesa de luz sacó el disco que enseguida entregó al soldado.

Fueron de nuevo con los demás y Machado examinó brevemente el objeto, lo guardó entre sus ropas y luego dijo:

–Y no se le ocurra hacer ninguna denuncia porque su hija pagaría las consecuencias.

Después de esta amenaza se retiraron rápidamente del lugar.

EPÍLOGO

A última hora de la tarde llegaron Alejandra y Leonardo. La primera había pasado a buscar a su novio al trabajo.

Encontraron al arqueólogo sentado en el sillón de la sala casi a oscuras.

–¿Qué pasó? –se alarmó su hija–. ¿Estás enfermo?

–Su padre les relató todos los acontecimientos vividos, y dijo:

–No sé por qué nos delató. El tipo dijo que ella no podía mentir. –Pentotal –dijo su hija–, probablemente mezclado con otra droga- Es lo que hacen los militares corruptos. Probablemente al no encontrar nada la detuvieron de nuevo y esta vez fueron más duros. O de repente la amenazaron a ella o a alguien de su familia.

¿Pero qué pudo pasar? –se preguntó su padre–. Parece que los extraños se enteraron que estuvimos y borraron todas las evidencias. Pero no entiendo cómo...

–Significa que todavía andan por ahí –dedujo Leonardo–. Solo espero que no sigan experimentando con humanos.

–¿Pero es verdaderamente una invasión de extraterrestres? –dudó Alejandra.

–Si es así, hace muchísimos años que están en la Tierra –dedujo el arqueólogo–. Pero son invisibles o estaban escondidos en algún lugar secreto.

Y si son humanos es gente que quiere dominar el mundo y tiene tecnología de avanzada. Para el caso es lo mismo. Corremos peligro, pero quizás muramos sin saberlo.

De todas formas al año siguiente Alejandra y Leonardo se casaron. Y nunca más oyeron hablar del tema.

Fin #####

